

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO COMENTARIO SOBRE EL ECLESIASTÉS, A PAULA Y EUSTOQUIO. (C)

PREFACIO.

381-382 Recuerdo que hace aproximadamente cinco años, cuando aún estaba en Roma y leía el Eclesiastés a la santa Blesila, para incitarla al desprecio de este siglo y hacerle considerar que todo lo que veía en el mundo era nada; me pidió que, a modo de pequeño comentario, explicara las cosas oscuras para que pudiera entender lo que leía sin mi ayuda. Así que, dado que fue arrebatada por una muerte repentina en medio de nuestro trabajo, y no merecimos, oh Paula y Eustoquio, tener una compañera de vida tan valiosa, quedé mudo por el golpe de tan gran herida. Ahora, estando en Belén, en una ciudad más augusta, os devuelvo lo que debo, en memoria de ella y a vosotras. Advierto brevemente que no he seguido la autoridad de nadie; sino que, traduciendo del hebreo, me he adaptado más a la costumbre de los Setenta Intérpretes, en aquellos puntos que no diferían mucho del hebreo. A veces también he recordado a Aquila, Símaco y Teodoción, para no desalentar el interés del lector con excesiva novedad, ni, por otro lado, seguir los riachuelos de opiniones, dejando de lado la fuente de la verdad.

COMENTARIO.

383 (Capítulo primero.) Palabras del Eclesiastés, hijo de David, rey de Jerusalén. Las Escrituras enseñan clarísimamente que Salomón fue llamado con tres nombres: pacífico, es decir, SALOMÓN (); y IDIDIA (), que significa amado del Señor; y lo que ahora se llama COELETH (), es decir, Eclesiastés. Eclesiastés, en lengua griega, se refiere a quien congrega una asamblea, es decir, una Iglesia, a quien podemos llamar predicador, ya que habla al pueblo, y su discurso no se dirige especialmente a uno, sino a todos en general. Por otro lado, fue llamado pacífico y amado del Señor porque en su reino hubo paz y el Señor lo amó. Pues los salmos cuarenta y cuatro y setenta y dos llevan el título de amado y pacífico. Aunque se refieren a la profecía de Cristo y de la Iglesia, superan la felicidad y las fuerzas de Salomón; sin embargo, según la historia, fueron escritos sobre Salomón.

Así, según el número de sus nombres, publicó tres volúmenes: Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares. En los Proverbios, enseñando al niño y educándolo con sentencias sobre los deberes. Por eso, el discurso se repite frecuentemente a su hijo. En el Eclesiastés, instruyendo al hombre de edad madura, para que no considere nada en las cosas del mundo como perpetuo, sino que todo lo que vemos es caduco y breve. 384 Finalmente, al hombre ya consumado y preparado, habiendo despreciado el mundo, lo une en los abrazos del esposo en el Cantar de los Cantares. Pues si no hemos dejado primero los vicios y, renunciando a las pompas del mundo, nos hemos preparado para la venida de Cristo, no podemos decir: Que me bese con el beso [Al. con los besos] de su boca (Cant. I, 1). No muy lejos de este orden de doctrinas, los filósofos también instruyen a sus seguidores: primero enseñan ética, luego interpretan física; y a quien ven que ha progresado en estas, lo llevan hasta la lógica.

Además, es necesario atender diligentemente a que en los tres libros del autor, el título es diferente. En los Proverbios se nota: Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel. En el Eclesiastés: Palabras del Eclesiastés, hijo de David, rey de Jerusalén: pues aquí es superfluo Israel, que se encuentra erróneamente en los códices griegos y latinos. En el Cantar de los Cantares no se menciona ni hijo de David, ni rey de Israel o Jerusalén: solo, Cantar de los Cantares de Salomón. Pues así como los Proverbios y la instrucción rudimentaria pertenecen a las doce tribus y a todo Israel, y como el desprecio del mundo solo conviene a

los metropolitanos, es decir, a los habitantes de Jerusalén, así el Cantar de los Cantares es propio de aquellos que solo desean lo celestial. Para los principiantes y los que progresan, se reivindica la dignidad paterna y la autoridad del reino propio. Para los perfectos, donde el discípulo no es instruido por temor, sino por amor, el nombre propio es suficiente, y el maestro es igual y no sabe ser rey. Esto, por ahora, según la letra.

Sin embargo, según la inteligencia espiritual: pacífico y amado de Dios Padre, y nuestro Eclesiastés es Cristo; quien, destruyendo la pared intermedia y anulando las enemistades en la carne, hizo de ambos uno, diciendo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). De quien el Padre dice a los discípulos: Este es, dice (Mateo III, 17), mi hijo amado, en quien me complazco: escuchadlo, quien es el predicador de toda la Iglesia: No hablando a la sinagoga de los judíos, sino al gentío de las naciones, rey de Jerusalén construida con piedras vivas: no de aquella de la que él mismo dice: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas (Mateo XXIII, 37); y: He aquí, vuestra casa os será dejada desierta (Ibid., 38): sino de aquella por la que prohíbe jurar; porque es la ciudad del gran rey. Este es el hijo de David, a quien los ciegos en el Evangelio clamaban; Ten piedad de nosotros, hijo de David (Mateo IX, 27); y toda la multitud resonaba con una voz: Hosanna al hijo de David (Mateo XXI, 9).

Finalmente, no se dirige a él la palabra de Dios, como a Jeremías y a los demás profetas: sino que, siendo rico, rey y poderoso (pues él mismo es la Palabra y la sabiduría, y las demás virtudes), habla palabras a los hombres de la Iglesia: insinúa palabras a los apóstoles, de quienes se canta en el Salmo: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 5). Por tanto, algunos opinan erróneamente que somos incitados por este libro al placer y la lujuria: cuando, por el contrario, se enseña que todo lo que vemos en el mundo es vano: Y NO DEBEMOS DESEARLO con afán, pues, mientras se posee, perece.

Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. Si todo lo que Dios hizo es muy bueno, ¿cómo es que todo es vanidad, y no solo vanidad, sino también vanidad de vanidades? Así como en el Cantar de los Cantares se muestra un canto excelente entre todos los cantos, así en la vanidad de vanidades se muestra la magnitud de la vanidad. Algo similar está escrito en el Salmo: Ciertamente, todo hombre viviente es vanidad (Salmo XXXVIII, 6). Si el hombre viviente es vanidad; entonces el muerto es vanidad de vanidades. Leemos en Éxodo que el rostro de Moisés fue glorificado de tal manera que los hijos de Israel no podían mirarlo. Esa gloria, el apóstol Pablo dice que no es gloria en comparación con la gloria evangélica: Porque ni siquiera lo que fue glorificado es glorioso en esta parte, debido a la gloria excelente (II Cor. III, 10). Por lo tanto, también podemos decir de esta manera que el cielo, la tierra, los mares y todo lo que se contiene en este círculo son buenos en sí mismos, pero comparados con Dios, son nada. Y así como, si viendo la pequeña luz de una lámpara, estuviera satisfecho con su luz, y luego, al salir el sol, no viera lo que brillaba, y también viera que las luces de las estrellas se ocultan por el resplandor del sol: así, mirando los elementos y la múltiple variedad de las cosas, admiro la magnitud de las obras; pero al reflexionar que todo pasa, y que el mundo envejece con su fin, y que solo Dios es siempre lo que ha sido, me veo obligado a decir no una vez, sino dos: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. En hebreo, en lugar de vanidad de vanidades, está escrito ABAL ABALIM (), que, excepto los Setenta intérpretes, todos han traducido de manera similar como ἀτμός ἀτμίδων, o ἀτμῶν: lo que podemos llamar vapor de humo y aura tenue, que rápidamente se disuelve. Así, se muestra la caducidad y nada de la totalidad del universo con esta palabra. Pues lo que se ve es temporal; pero lo que no se ve es eterno. O porque la creación fue sujeta a vanidad, y gime, y sufre dolores de parto, y espera la

revelación de los hijos de Dios, y ahora conocemos en parte, y profetizamos en parte. Todo es vano hasta que venga lo perfecto.

¿Qué le queda al hombre de todo su trabajo, con el que se afana bajo el sol? Después de la sentencia general de que todo es vano, comienza con los hombres: que en vano se esfuerzan en el trabajo de este mundo; acumulando riquezas, educando hijos, buscando honores, construyendo edificios, y en medio de la obra, arrebatados por una muerte repentina, oyen: Necio, esta noche te será quitada tu alma: lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 20)? especialmente cuando de todo su trabajo no llevan nada consigo, sino que regresan desnudos a la tierra de donde fueron tomados.

Una generación va, y una generación viene: pero la tierra permanece para siempre. Mientras unos mueren, otros nacen; y a quienes habías visto, ya no los ves, y comienzas a ver a quienes no habías visto. ¿Qué hay más vano que esta vanidad, que la tierra permanezca, que fue hecha por causa del hombre, y que el mismo hombre, señor de la tierra, se disuelva repentinamente en polvo? De otra manera, la primera generación de los judíos se retira, y sucede la generación congregada de los gentiles: pero la tierra permanece mientras, al retirarse la Sinagoga, toda la Iglesia entre. Pues cuando el Evangelio haya sido predicado en todo el mundo, entonces será el fin. Pero cuando la consumación esté cerca, el cielo y la tierra pasarán. Y significativamente no dice: La tierra permanece para siempre, sino para siempre. Por lo tanto, alabamos al Señor, no en un siglo, sino en los siglos de los siglos.

El sol sale, y el sol se pone, y se apresura a su lugar, y allí vuelve a salir. El mismo sol, que fue dado como luz a los mortales, indica su desaparición diariamente con su salida y puesta. Después de sumergir su ardiente rueda en el Océano, regresa por caminos desconocidos para nosotros al lugar de donde salió: y, completando el círculo de la noche, nuevamente sale apresurado de su cámara. En lugar de lo que hemos puesto siguiendo la edición Vulgata, se apresura a su lugar, en hebreo tiene SOEPH (סוף): que Aquila interpreta como εἰσπνεῖ, es decir, aspira. Símaco y Teodoción, recurren, porque evidentemente el sol regresa a su lugar, y allí, de donde había salido antes, aspira. Todo esto para enseñar que, con los cambios de los tiempos, y con la salida y puesta de los astros, la vida humana se desliza y perece sin saberlo. De otra manera, el Sol de justicia, en cuyas alas hay sanidad, sale para los que temen a Dios y se pone para los falsos profetas al mediodía. Pero cuando ha salido, nos lleva a su lugar. ¿A dónde? evidentemente al Padre. Pues vino para levantarnos de la tierra al cielo, y dice; Cuando el Hijo del Hombre sea levantado, atraerá a todos hacia sí (Juan XII). No es de extrañar que el Hijo atraiga a los creyentes hacia sí, cuando el mismo Padre también atrae hacia el Hijo: Nadie viene a mí, dice, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI, 44). Este sol, que dijimos que se pone para unos y nace para otros: también se puso para Jacob, el patriarca, cuando salió de la Tierra Santa [Al. regresó] y nuevamente, cuando entró en la tierra de la promesa desde Siria, le salió (Gén. XXVIII). También Lot, cuando salió de Sodoma y llegó a la ciudad a la que se le había ordenado apresurarse, subió al monte, y el sol salió sobre Segor (Gén. XIX).

Va hacia el sur, y gira hacia el norte: girando y girando va el espíritu, y en sus círculos regresa el espíritu. De aquí podemos deducir que en invierno el sol corre hacia la región meridional, y en verano está cerca del septentrión, y no tiene su principio en el equinoccio de otoño: sino primero cuando sopla el favonio, cuando en tiempo de primavera todo brota en fecundidad. Pero lo que dice: Girando y girando va el espíritu, y en sus círculos regresa el espíritu, o bien llamó espíritu al mismo sol, porque anima, sopla, y da vigor, y completa los círculos anuales con su curso, como dice el poeta (Eneida III): Mientras tanto, el gran sol recorre el año; y en otro lugar (Geórgicas II): Y el año se revuelve sobre sus propias huellas; no

habla del curso anual del sol, sino de sus caminos diarios. Pues sigue una línea oblicua y quebrada desde el sur hacia el norte, y así regresa al oriente. De otra manera: El sol, cuando corre por el sur, está más cerca de la tierra; cuando corre por el norte, se eleva alto. Quizás, entonces, para aquellos que están constreñidos por el frío del invierno y las tribulaciones (pues del norte (Jerem. I, 14), surgen los males sobre la tierra) este sol de justicia está más cerca: pero para aquellos que habitan en la parte del norte, y carecen del calor estival, camina lejos, y por sus círculos, de donde partió, regresa. Pues cuando haya atraído todo hacia sí, y haya iluminado a todos con sus rayos, se produce la restitución principal, y Dios es todo en todos. Símaco interpretó este pasaje así: Va hacia el sur, y gira hacia el norte; el viento va recorriendo, y por donde ha girado, regresa el viento.

Todos los torrentes van al mar, y el mar no se llena. Al lugar de donde salen los torrentes, allí regresan, para ir. Algunos piensan que las aguas dulces, que fluyen al mar, o bien son consumidas por el sol ardiente desde arriba, o bien son alimento para la salinidad del mar. He aquí que nuestro Eclesiastés, y el mismo creador de las aguas, dice que regresan por venas ocultas a las fuentes de los manantiales, y siempre brotan de nuevo de la matriz del abismo. Pero los hebreos piensan mejor que bajo el nombre de torrentes y mar se significa metafóricamente a los hombres, que regresan a la tierra de donde fueron tomados: y se les llama torrentes, no ríos, porque desaparecen rápidamente, y sin embargo la tierra no se llena con la multitud de los muertos. Por otro lado, si ascendemos a cosas más altas, correctamente las aguas turbias regresan al mar, de donde se habían detenido. Y, si no me equivoco, sin adición alguna, en ninguna parte se lee torrente en buen sentido. Pues Con el torrente de tus delicias los abrevarás, se dice con la adición de delicias (Salmo XXXV, 9). Y por el contrario, el Salvador es entregado al torrente Cedrón (Juan XVIII, 1). 390 Y Elías, en tiempo de persecución, se oculta en el torrente de Querit (III Reyes XVII, 3). No se llena el mar insaciable, como también en los Proverbios las hijas de la sanguijuela (Proverbios XXX, 15).

Todos los discursos son pesados, no podrá el hombre hablarlos. No se saciará el ojo de ver, ni se llenará el oído de oír. No solo es difícil conocer las cosas físicas, sino también las éticas. Ni el discurso puede explicar las causas y naturalezas de las cosas, ni el ojo puede ver como lo requiere la dignidad de la cosa, ni el oído, con el maestro enseñando, puede llegar al conocimiento supremo. Pues si ahora vemos por espejo en enigma, y conocemos en parte y profetizamos en parte, consecuentemente ni el discurso puede explicar lo que no sabe; ni el ojo, en el que está ciego, puede ver; ni el oído, de lo que duda, puede llenarse. También es de notar que todas las palabras son pesadas, y se aprenden con gran esfuerzo, contra aquellos que piensan que el conocimiento de las Escrituras les viene a los ociosos y a los que hacen votos.

¿Qué es lo que fue? lo mismo que será. ¿Y qué es lo que se ha hecho? lo mismo que se hará. Y no hay nada nuevo bajo el sol. Me parece que de las cosas que enumeró antes, generación y generación, la masa de la tierra, la salida y puesta del sol, el curso de los ríos, la magnitud del Océano, y todo lo que aprendemos por pensamiento, vista o oído, ahora habla en general, que no hay nada en la naturaleza de las cosas que no haya sido ya antes. Pues desde el principio del mundo, los hombres han nacido y muerto, y la tierra ha estado establecida sobre las aguas, y el sol ha salido y se ha puesto. Y para no recorrer más, a las aves se les ha concedido volar, a los peces nadar, a los terrestres caminar, y a los reptiles deslizarse, por el artífice Dios. A esta sentencia se asemeja lo que dice el Cómico: Nada se dice, que no haya sido dicho antes. (Terencio en el Prólogo de El eunuco).

Por eso mi maestro Donato, cuando explicaba este versículo, decía: Perecen, dice, los que antes de nosotros dijeron nuestras cosas. Si en los discursos no se puede decir nada nuevo,

cuánto más en la administración del mundo, que desde el principio fue tan perfecta, que Dios descansó de sus obras en el séptimo día. Leí en un libro: Si todo lo que se ha hecho bajo el sol fue en los siglos pasados antes de que se hiciera, y el hombre fue hecho ya con el sol creado: entonces el hombre fue antes de que se hiciera bajo el sol. Pero se excluye, que con esta razón, también se diría que los animales, los insectos, y todos los pequeños y grandes animales fueron antes que el cielo. A menos que tal vez responda que, por las cosas consecuentes, se muestra que no se trata de los demás animales, sino del hombre en el discurso del Eclesiastés. Pues dice: No hay nada nuevo bajo el sol, que hable y diga: He aquí, esto es nuevo. Pero los animales no hablan, solo el hombre: y si los animales hablaran, sería nuevo, y se resolvería la sentencia de que no hay nada nuevo bajo el sol.

¿Hay alguna palabra de la que se pueda decir: mira, esto es nuevo? Ya existió en los siglos que fueron antes de nosotros. Symmachus lo tradujo más claramente: ¿Crees que hay alguien que pueda decir: Mira, esto es nuevo, y ya ha sido hecho en el siglo que fue antes de nosotros? Sin embargo, concuerda con lo anterior que nada nuevo se hace en el mundo: ni hay alguien que pueda existir y decir, he aquí esto es nuevo, ya que todo lo que se cree nuevo ya existió en los siglos anteriores. No pensemos que los signos, prodigios y muchas cosas que, por la voluntad de Dios, se hacen nuevas en el mundo, ya se hicieron en los siglos anteriores, y que Epicuro encuentra lugar, quien afirma que a través de innumerables períodos las mismas cosas se hacen en los mismos lugares y por los mismos. De lo contrario, Judas traicionó frecuentemente, y Cristo sufrió a menudo por nosotros, y las demás cosas que se hicieron y se harán, se repetirán de manera similar en los mismos períodos. Pero se debe decir que, por la presciencia y predestinación de Dios, ya se hicieron aquellas cosas que están por venir. Porque los que fueron elegidos en Cristo antes de la constitución del mundo, ya existieron en los siglos anteriores. No hay memoria de los primeros, y ciertamente de los últimos que están por venir, no habrá memoria de ellos entre los que estarán en el último. Así como el olvido oculta las cosas pasadas entre nosotros, así también las que ahora se hacen o las que están por venir, aquellos que han de nacer no podrán conocerlas, y todo pasará en silencio y se ocultará como si no hubiera sido: y se cumplirá aquella sentencia: Vanidad de vanidades y todo es vanidad. Pues los Serafines también por eso cubren su rostro y sus pies, porque lo primero y lo último están cubiertos. Según los Setenta Intérpretes, que dijeron: No hay memoria de los primeros, y ciertamente de los últimos que están por venir, no habrá memoria de ellos con aquellos que estarán en el último (Mat. XX, 16): ese es el sentido del Evangelio, que los que son primeros en este siglo, serán los últimos de todos. Y porque Dios, como benigno y clemente, también recuerda a los más pequeños y a todos, a aquellos que por su vicio merecieron ser los últimos, no les dará tanta gloria como a aquellos que, humillándose, quisieron ser los últimos en el mundo. Se dice, por tanto, también en lo que sigue: No hay memoria del sabio con el necio para siempre.

Yo, Eclesiastés, fui rey sobre Israel en Jerusalén. Hasta aquí la introducción de quien discute en general sobre todo: ahora vuelve a sí mismo, y enseña quién fue, cómo conoció todo por experiencia. Los hebreos dicen que este libro es de Salomón, haciendo penitencia, porque confiando en la sabiduría y las riquezas, ofendió a Dios por medio de las mujeres.

Y dediqué mi corazón a investigar y considerar con sabiduría todo lo que se hace bajo el sol. Esta ocupación mala dio Dios a los hijos de los hombres, para que se ocupen en ella. La palabra ANIAN () Aquila, los Setenta y Teodocio la tradujeron como περισπασμόν, que el intérprete latino expresó como distensión, porque la mente del hombre, distendida en varias preocupaciones, se desgarrá. Symmachus, sin embargo, la tradujo como ἀσχολίαν, es decir, ocupación. Por lo tanto, ya que a menudo se menciona en este volumen, ya sea que digamos

ocupación, distensión, o cualquier otra cosa, todo se refiere al sentido superior. Así que Eclesiastés primero de todo dedicó su mente a buscar la sabiduría, y extendiéndose más allá de lo permitido, quiso conocer las causas y razones: por qué los pequeños son corregidos por el demonio, por qué los naufragios absorben por igual a justos e impíos. Si estas cosas y otras similares ocurren por casualidad, ¿dónde está la providencia? Si por juicio de Dios, ¿dónde está la justicia de Dios? Deseando conocer esto, entendí que la preocupación excesiva y la ansiedad que atormenta a través de diversas cosas fue dada por Dios a los hombres, para que deseen saber lo que no es lícito saber. Sin embargo, la causa fue expuesta, la distensión fue dada por Dios. Como está escrito en la Epístola a los Romanos: Por lo cual Dios los entregó a pasiones de deshonra (Rom. I, 6). Y de nuevo: Por lo cual Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene (Ibid., 28). Y luego: Por eso Dios los entregó a los deseos de su corazón en impureza (Ibid., 24). Y a los Tesalonicenses: Por eso Dios enviará sobre ellos una operación de error (II Tes. II, 10). Y primero se muestran las causas, por qué se les concede a las pasiones de deshonra, o a la mente reprobada, o a los deseos de su corazón, o qué hicieron para recibir la operación de error. Así también en el presente, por eso Dios dio la mala distensión a los hombres, para que se distiendan en ella, porque antes por su propia voluntad hicieron esto o aquello.

Vi todas las obras que se hacen bajo el sol, y he aquí, todo es vanidad y presunción del espíritu. Nos vemos obligados a discutir más a menudo de lo que quisiéramos sobre las palabras hebreas. Pues no podemos conocer el sentido, a menos que lo aprendamos a través de las palabras. ROTH () Aquila y Teodocio lo tradujeron como νομήν, Symmachus como βόσκησιν. Sin embargo, los Setenta Intérpretes no expresaron el discurso hebreo, sino el sirio, diciendo προαίρεσιν. Ya sea νομή, ya sea βόσκησις, la palabra proviene de pastoreo: προαίρεσις suena mejor como voluntad que como presunción. Se dice, por tanto, que cada uno haga lo que quiera, y le parezca correcto, y los hombres se dejen llevar por el libre albedrío, y todo sea vano bajo el sol, mientras nos desagradecemos mutuamente en los límites de lo bueno y lo malo. Me decía el hebreo, con quien leí las Sagradas Escrituras, que la palabra ROTH escrita arriba, en este lugar significaba más aflicción y malicia que pastoreo y voluntad: no del mal que es contrario al bien, sino de lo que está escrito en el Evangelio: Basta al día su propio mal (Mat. VI, 34). Que los griegos llaman más significativamente κακουργίαν, y que el sentido es: Consideré todo lo que se hace en el mundo, y no encontré otra cosa que vanidad y malicias, es decir, miserias del espíritu, con las que el alma es afligida por diversos pensamientos.

El torcido no podrá ser enderezado, y la disminución no podrá ser contada. El que es torcido, a menos que sea corregido antes, no podrá ser adornado. Lo recto recibe ornamento, lo curvo corrección. No se dice torcido, sino de quien se ha desviado de lo recto. Esto es contra los herejes, que introducen ciertas naturalezas que no reciben sanidad. Y porque la disminución, es decir, lo que falta, no puede ser contado: por eso solo se contaron los primogénitos de Israel. Pero las mujeres, los siervos, los niños y la multitud de Egipto, no fueron contados como plenitud, sino como disminución del ejército, y fueron omitidos sin número. También puede haber aquí el sentido: Tanta malicia se mueve en la capacidad de este mundo, que apenas puede volver al estado completo de bien, ni puede fácilmente recibir su orden y perfección, en los que fue creado al principio. De otro modo, con todos restituidos a la integridad por el arrepentimiento, solo el diablo permanecerá en su error. Pues todo lo que se ha hecho bajo el sol, ha sido trastornado por su arbitrio y espíritu de maldad, mientras que por su instigación se acumulan pecados sobre pecados. Finalmente, el número de los seducidos y de aquellos que han sido arrebatados de la grey del Señor por él, es tan grande que no puede ser comprendido por el cálculo.

Hablé yo con mi corazón, diciendo: He aquí, me he engrandecido, y he añadido sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén, y mi corazón vio mucha sabiduría y conocimiento. Salomón fue más sabio, no que Abraham, Moisés y los demás Santos, sino que aquellos que fueron antes de él en Jerusalén. Leemos también en los libros de los Reyes, que Salomón fue de gran sabiduría, y que pidió este don a Dios sobre los demás. Por lo tanto, el ojo del corazón puro contempla mucha sabiduría y conocimiento; porque no dice: Hablé mucha sabiduría y conocimiento; sino, Mi corazón vio mucha sabiduría y conocimiento. Pues no podemos expresar todo lo que sentimos.

Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría y el conocimiento, los errores y la necesidad: conocí que esto también es pastoreo del viento, o presunción del espíritu. Las cosas contrarias se entienden por sus contrarios. Y la primera sabiduría es carecer de necesidad. Pero no puede carecer de necesidad quien no la ha comprendido. Por eso también muchas cosas nocivas han sido creadas, para que al evitarlas, seamos instruidos en la sabiduría. Por lo tanto, fue de igual estudio para Salomón conocer la sabiduría y el conocimiento, y por otro lado, los errores y la necesidad: para que en desear unas cosas y evitar otras, su verdadera sabiduría fuera probada. Pero también en esto, como en las demás cosas, dice que se alimentó de vientos, y no pudo comprender la verdad perfecta. Sobre la presunción del espíritu, o pastoreo del viento, que se dice a menudo en este libro, basta con haber discutido antes.

Porque en la multitud de sabiduría, hay multitud de furia: y quien añade conocimiento, añade dolor. Cuanto más alguien ha alcanzado la sabiduría, tanto más se indigna de estar sujeto a los vicios, y de estar lejos de las virtudes que busca (Sab. VI, 7). Pero porque los poderosos sufrirán poderosos tormentos, y a quien más se le confía, más se le exige, por eso añade dolor quien añade conocimiento, y se entristece con tristeza según Dios, y se duele por sus pecados. Por eso también el Apóstol dice: ¿Y quién es el que me alegra, sino el que se entristece por mí? (II Cor. II, 2). A menos que también se deba entender esto, que el hombre sabio se duele de que la sabiduría esté tan oculta y profunda, y no se ofrezca así a las mentes como la luz a la vista; sino que a través de ciertos tormentos y trabajo intolerable, con meditación y estudio constante, se obtiene.

(Cap. II.) Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré en la alegría, y veré en el bien: y he aquí, esto también es vanidad. Después de haber descubierto que en la multitud de sabiduría y en la adición de conocimiento hay trabajo y dolor, y nada más que una lucha vana y sin fin, me trasladé a la alegría, para vivir en el lujo, reunir riquezas, abundar en riquezas, y disfrutar de placeres perecederos antes de morir. Pero también en esto vi mi vanidad, ya que el placer pasado no ayuda al presente, y lo agotado no sacia. No solo la alegría corporal, sino también la espiritual es una tentación para el que la posee, para que necesite ser corregido por el aguijón, y el ángel de Satanás que me abofetee, para que no me eleve (II Cor. XII, 7). Por eso también Salomón: Riquezas, dice, y pobreza no me des (Prov. XXX, 8): Y enseguida añadió: No sea que, saciado, me vuelva mentiroso; y diga, ¿quién me ve? (Ibid., 9). Pues también el diablo cayó por la abundancia de bienes. Por eso también está escrito en el Apóstol: No sea que, envanecido, caiga en el juicio del diablo (I Tim. III, 6), es decir, en el mismo juicio en el que también cayó el diablo. Pero también podemos decir esto, que por eso ahora la alegría espiritual, como las demás cosas, se pronuncia vanidad, porque la vemos por espejo y en enigma. Pero cuando sea revelada cara a cara, entonces no se llamará vanidad, sino verdad.

A la risa dije locura, y a la alegría, ¿qué haces? Donde leemos locura, en hebreo tiene MOLAL (), que Aquila tradujo como πλάνησιν, es decir, error: Symmachus como θόρυβον, es decir, tumulto. Sin embargo, los Setenta y Teodocio, como en muchos lugares, también en este concordaron, y tradujeron περιφορὰν, que podemos decir, expresando palabra por

palabra, como circunvolución. Así como aquellos que son llevados por todo viento de doctrina son inestables y fluctúan en diversas direcciones (Ephes. IV, 14): así también aquellos que ríen con esa risa que el Señor en el Evangelio dice que será cambiada por llanto (Luc. VI, 25), son arrastrados por el error del siglo y el torbellino, sin entender la ruina de sus pecados, ni lamentando los vicios pasados; sino creyendo que los breves bienes son perpetuos, y regocijándose en aquellas cosas que más bien son dignas de llanto. Esto también puede aplicarse a los herejes, que, complaciéndose en falsas doctrinas, se prometen a sí mismos cosas alegres y prósperas.

Consideré en mi corazón, para atraer mi carne al vino, y mi corazón me condujo a la sabiduría, y para obtener la necedad, hasta que viera qué era bueno para los hijos de los hombres, que hicieran bajo el sol el número de los días de su vida. Quise entregar mi vida a los placeres, y liberar mi carne de todas las preocupaciones, y como con el vino, así con el placer adormecerla; pero mi pensamiento y razón natural, que incluso a los pecadores Dios el autor ha insertado, me retiraron y me condujeron a buscar la sabiduría y pisotear la necedad, para ver qué era ese bien que los hombres podían hacer en el curso de su vida. Elegante comparó el placer con la embriaguez. Pues la embriaguez destruye el vigor del alma, que quien pueda cambiarla por sabiduría, y (como se tiene en algunos códices) obtener la alegría espiritual; podrá llegar al conocimiento de esta cosa, qué se debe desear en esta vida, qué evitar.

Engrandecí mis obras: edificué para mí casas: planté para mí viñas, y demás hasta el lugar donde dice: Los ojos del sabio están en su cabeza, y el necio camina en tinieblas. Antes de que discuta sobre cada uno, me parece útil comprender todo en un breve discurso, y como reunir el sentido en un solo cuerpo, para que se pueda entender más fácilmente lo que se dice. Tuve todo lo que se considera bueno en el siglo, como rey y poderoso. Edifiqué para mí palacios en lo alto, planté montes y colinas con viñas. Y para que nada faltara al lujo, planté para mí huertos y vergeles, estableciendo diversos árboles, que las aguas recogidas en piscinas regaran desde arriba, para que el verdor se nutriera con humedad perpetua. También tuve una innumerable multitud de siervos, ya fueran comprados o nacidos en casa, y muchos rebaños de cuadrúpedos, es decir, de bueyes y ovejas, como ningún rey antes de mí tuvo en Jerusalén. Pero también se acumulaban tesoros de plata y oro innumerables, que me trajeron los tributos de diversos reyes y naciones. De ahí que sucediera que, con excesivas riquezas, me provocara a mayores delicias, y los coros de las artes musicales, con flauta, lira y voz, me acompañaran, y ambos sexos sirvieran en los banquetes: pero cuanto más crecían estas cosas, tanto más faltaba la sabiduría. Pues en cualquier placer que me arrastrara el deseo, me dejaba llevar sin freno y precipitadamente, y pensaba que este era el fruto de mis trabajos, si yo mismo me consumía en lujuria y lujo. Finalmente, volviendo en mí mismo, y como despertando de un profundo sueño, miré a mis manos, y vi mis obras llenas de vanidad, llenas de suciedad, llenas del espíritu de error. Pues no pude encontrar nada que se considerara bueno en el mundo, que fuera bueno. Considerando, por tanto, cuáles eran los bienes de la sabiduría, y cuáles los males de la necedad, consecuentemente estallé en alabanza de aquel hombre que, refrenándose después de los vicios, puede ser seguidor de las virtudes. Pues hay una gran distancia entre la sabiduría y la necedad, y tanto como el día dista de la noche, tanto las virtudes se separan de los vicios. Me parece, por tanto, que quien sigue la sabiduría, siempre levanta los ojos al cielo, y tiene la boca erguida hacia lo alto, y contempla aquellas cosas que están sobre su cabeza. Pero quien está entregado a la necedad y los vicios, se mueve en tinieblas, y se revuelca en la ignorancia de las cosas. Engrandecí mis obras, etc. Engrandece sus obras quien, según la imagen del creador, se eleva a lo alto. Y edifica casas,

para que vengan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y habiten en ellas. Y planta viñas, a las que Jesús ate su asna.

Hice para mí huertos y vergeles: planté en ellos todo árbol frutal. En la casa del rico no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro (II Tim. XX). Por lo tanto, también se hacen huertos para los más débiles y enfermos. Pues quien es débil, se alimenta de legumbres (Rom. XIV, 2). Se plantan árboles, no todos frutales, como tenemos en los códices latinos: sino todos frutos, es decir, de diversas frutas y manzanas, porque hay diversas gracias en la Iglesia: y uno es el ojo, otro la mano, otro el pie, y a los que son más vergonzosos, les damos mayor honor (I Cor. XII). Entre estos árboles frutales, estimo que el árbol de la vida, que es la sabiduría, tiene el primado. Pues si no se planta en medio, los demás árboles se secarán.

Hice para mí piscinas de aguas, para regar de ellas el bosque que germina árbol. Los árboles de los bosques, los árboles de las selvas, que no son frutales, que no dan frutos, no son alimentados por la lluvia celestial, no por las aguas superiores, sino por las que se recogen en piscinas de los arroyos. Pues Egipto, humilde y yacente, como un huerto de legumbres, es regado por aguas terrenales y que vienen de Etiopía. Pero la tierra de la promesa, que es montañosa y erguida, espera la lluvia temprana y tardía del cielo.

He comprado esclavos y esclavas, y tuve siervos nacidos en casa; y ciertamente poseí gran cantidad de ganado y ovejas. Si queremos referir el Eclesiastés, como dijimos antes, también ahora a la persona de Cristo, podemos decir que sus siervos son aquellos que tienen el espíritu de temor en servidumbre y desean más lo espiritual que lo que poseen. A las esclavas podemos llamar a aquellas almas que aún están dedicadas al cuerpo y a la tierra. También a los nacidos en casa, que son de la Iglesia, y preceden a los siervos y esclavas de los que hablamos, pero que aún no han sido liberados ni ennoblecidos por el Señor. Hay también otros en la familia del Eclesiastés, semejantes a bueyes y ovejas, por sus obras y simplicidad: que sin razón y conocimiento de las Escrituras trabajan en la Iglesia, pero aún no han llegado a merecer ser hombres y volver a la imagen del Creador. Nota con diligencia que en los siervos, esclavas y nacidos en casa no se añade multitud, pero en los bueyes y ovejas se dice que poseí gran cantidad de ganado y ovejas. En la Iglesia hay más ganado que hombres; más ovejas que siervos, esclavas y nacidos en casa. Lo que se dice al final:

Sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. No se refiere a la gran gloria de Salomón, por haber sido más rico que su único padre rey, porque bajo Saúl aún no se reinaba en Jerusalén, y estaba en manos de los jebuseos, que ocupaban la ciudad. Por lo tanto, es necesario tratar más profundamente qué es Jerusalén y cómo el Eclesiastés fue más rico que todos los reyes que lo precedieron en Jerusalén.

Reuní para mí plata y oro, y las riquezas de reyes y provincias. Me hice de cantores y cantoras, y de las delicias de los hijos de los hombres, servidores y servidoras de vino. La plata y el oro siempre son colocados por la Escritura divina sobre el discurso y el sentido. Por eso, en el salmo sesenta y siete, la paloma, que se interpreta en espíritu, tiene alas plateadas más manifiestas y expuestas a la vista, pero cubre el sentido más oculto con el resplandor del oro. Las riquezas de los reyes y provincias, o regiones, las reunió en la Iglesia de los creyentes; de aquellos reyes de los que canta el salmista: Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno (Sal. II, 2); y de aquellas regiones a las que el Salvador mandó levantar los ojos, porque ya están blancas para la siega (Juan IV). Las riquezas de los reyes pueden también llamarse los dogmas de los filósofos y las ciencias seculares, que el

hombre eclesiástico, entendiendo diligentemente, atrapa a los sabios en su astucia, y destruye la sabiduría de los sabios, y reprueba la prudencia de los prudentes (I Cor. I). Los cantores y cantoras son aquellos que cantan con el espíritu y con la mente. El cantor, como hombre fuerte y espiritual, canta desde lo alto. La cantora, sin embargo, aún se revuelca en la materia, que los griegos llaman ὕλη, y no puede elevar su voz a lo sublime. Dondequiera que en las Escrituras se lea mujer y sexo más frágil, trasladémoslo a la inteligencia de la materia. Por eso Faraón no quiere que los varones vivan, sino solo las mujeres, que están cerca de la materia (Éxodo I). Y al contrario, ninguno de los Santos, salvo raramente, se narra que haya engendrado mujeres. Solo Salfaad, que murió en pecados, engendró todas hijas (Núm. XXV). Jacob, entre los doce Patriarcas, es padre de una hija, y por ella se pone en peligro (Gén. XXX). Las delicias de los hijos de los hombres deben entenderse sobre la sabiduría, que tiene como el paraíso huertos variados y múltiples placeres. Y de ella se ordena: Deléitate en el Señor, y él te concederá las peticiones de tu corazón (Sal. XXXVI, 4). Y en otro lugar: Los saciarás con el torrente de tus delicias (Sal. XXXVIII, 2). En cuanto a los servidores y servidoras de vino (para distinguir ahora en género masculino y femenino, lo que el latín no admite), Aquila interpreta algo mucho más profundo que lo evidente. No nombra hombres, es decir, varones y mujeres, sino tipos de vasos, llamándolos κυλίκιον y κυλίκια, que en hebreo se dice SADDA () y SADDOTH (). Finalmente, Símaco, aunque no pudo expresar palabra por palabra, no está lejos de esta opinión, diciendo: Tipos de mesas y disposiciones. Por lo tanto, se debe creer que Salomón tenía jarras, copas o cráteras, ordenadas en los ministerios, adornadas con oro y gemas: y que de una κυλίκη, es decir, crátera, se vertía en otras κυλικίαις, vasos menores, y que la multitud recibía el vino a través de las manos de los servidores. Porque interpretamos al Eclesiastés en Cristo: y la sabiduría en la crátera mezclada en los Proverbios llama a los que pasan: ahora debemos entender el Cuerpo del Señor como la gran crátera, en la que no está la Divinidad pura, como en los cielos, sino que por nosotros está templada con humanidad, y a través de los Apóstoles, la sabiduría se ha derramado en todo el mundo en menores κυλίκια, pequeñas copas y cráteras, para los creyentes.

Y me engrandecí, y añadí sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén: y ciertamente mi sabiduría permaneció conmigo. El engrandecimiento del Eclesiastés no parece convenir al Señor, a menos que le apliquemos aquello: Crecía en sabiduría, en estatura y en gracia (Luc. II, 52). Y: Por lo cual Dios lo exaltó (Fil. II, 9). Pero lo que dice: Los que fueron antes de mí en Jerusalén, se refiere a aquellos que antes de su venida gobernaron la congregación de los Santos y la Iglesia. Si entendemos espiritualmente las Escrituras, Cristo es más rico que todos los hombres: si solo carnalmente, se entiende mejor la Sinagoga que la Iglesia. Quitó, pues, el velo que estaba puesto sobre el rostro de Moisés (Éxodo XXXIV), y nos hizo ver su rostro con plena luz (II Cor. III). Por lo demás, que la sabiduría permaneciera con él, significa que incluso estando en la carne, la sabiduría permaneció con él. Quien tiene progreso en sabiduría, no le permanece la sabiduría; pero quien no recibe progreso, ni crece por momentos, sino que siempre está en plenitud, este puede decir: Y mi sabiduría permaneció conmigo.

Y todo lo que mis ojos desearon, no lo aparté de ellos: ni prohibí a mi corazón de toda alegría: porque mi corazón se alegró en todo mi trabajo. Y esta fue mi porción de todo mi trabajo. Los ojos del alma y la mente desean la contemplación espiritual, que el pecador ignorante prohíbe a su corazón de la verdadera alegría. A esto, pues, se entregó todo el Eclesiastés, y compensó la leve tribulación en el mundo con la gloria eterna. Esta es nuestra porción, y la recompensa perpetua, si aquí trabajamos por las virtudes.

Y miré yo todas mis obras que habían hecho mis manos, y en el trabajo que trabajé haciéndolo. Quien actúa con diligencia y cautela en todo, puede decir esto.

Y he aquí todo es vanidad y aflicción de espíritu. Y no hay abundancia bajo el sol. Así como en las demás cosas consideró todo vil, que está bajo el sol, y por la variedad de voluntades diversas. Y no hay abundancia bajo el sol (Sal. XVIII, 6). Cristo puso su tabernáculo en el sol. Por lo tanto, quien aún no ha llegado a la claridad, orden y constancia del sol, en este Cristo no podrá habitar ni abundar.

Y miré yo para ver la sabiduría, y los errores y la necedad: porque ¿quién es el hombre que pueda ir tras el rey y su hacedor? Porque en lo anterior hasta el lugar donde la Escritura dice: Los ojos del sabio están en su cabeza, comprendí todo en un solo discurso, queriendo indicar brevemente el sentido, y por eso nuevamente según la anagogía, toqué algunos puntos, ahora debo exponer según lo que comencé. Pues el sentido es muy diferente en este lugar de la interpretación de los Setenta. Dice que, después de condenar las delicias y placeres, volvió a buscar la sabiduría, en la que encontró más error y necedad que verdadera y cierta prudencia. Pues no puede el hombre conocer tan claramente y puramente la sabiduría del creador y rey suyo, como la conoce aquel que es el creador. Por lo tanto, incluso lo que sabemos, lo opinamos más que lo poseemos, y lo estimamos más que lo sabemos, lo que es verdad.

Y vi yo que hay abundancia de sabiduría sobre la necedad, como hay abundancia de luz sobre las tinieblas. Aunque, dice, vi que la misma sabiduría de los hombres está mezclada con error, y no puede entrar tan puramente en nuestras almas como está en nuestro rey y creador; sin embargo, también en lo que es, conocí que hay gran diferencia entre ella y la necedad, tanto como puede distar el día de la noche, la luz de las tinieblas.

Los ojos del sabio están en su cabeza, y el necio anda en tinieblas. Y conocí yo que un mismo suceso acontecerá a todos ellos. Quien ha llegado a ser un hombre perfecto, y ha merecido que Cristo sea su cabeza, tendrá siempre sus ojos puestos en Cristo, y elevándolos a lo alto, nunca pensará en las cosas inferiores. Si estas cosas son así, y hay tanta diferencia entre el sabio y el necio, que uno se compara al día, y el otro a las tinieblas, aquel levanta sus ojos al cielo, este los baja a la tierra: de repente me asaltó este pensamiento, ¿por qué el sabio y el necio terminan en la misma destrucción, por qué las mismas plagas, el mismo suceso, la misma muerte, las mismas angustias oprimen a ambos?

Y dije yo en mi corazón, como el suceso del necio, así me sucederá a mí, ¿y para qué me he hecho sabio? Y hablé en mi corazón, que esto también es vanidad. Pues no habrá memoria del sabio con el necio para siempre, porque he aquí que en los días que vendrán, todo será cubierto por el olvido: ¿y cómo morirá el sabio con el necio? Dije, el sabio y el necio, el justo y el impío, morirán con igual suerte, y todo en este mundo sufrirán el mismo evento malo; ¿qué me aprovecha, pues, haber seguido la sabiduría, y haber trabajado más que los demás? Nuevamente, pensando y considerando diligentemente en mi mente, descubrí que mi sentencia era vana. Pues no tendrán el sabio y el insensato la misma memoria en el futuro, cuando venga la consumación del universo: y no serán retenidos con el mismo fin, porque este irá al refrigerio, aquel irá al castigo. Los Setenta tradujeron más claramente el sentido hebreo en este lugar, aunque no siguieron el orden de las palabras: ¿Y para qué me he hecho sabio yo? Entonces hablé abundantemente en mi corazón, porque el insensato habla con abundancia: porque esto también es vanidad, porque no hay memoria del sabio con el necio para siempre, y lo demás. Que evidentemente, convencido de que su anterior opinión era insensata, testificó que había hablado insensatamente, y que había errado, porque antes había pensado así.

Y odié la vida, porque la obra que se hace bajo el sol es mala para mí, porque todo es vanidad y aflicción de espíritu. Si el mundo está puesto en el maligno, y en este tabernáculo el Apóstol gime diciendo: ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24), con razón odia todo lo que se hace bajo el sol. En comparación con el paraíso y aquella vida de bienaventuranza, en la que disfrutábamos de frutos espirituales y delicias de virtudes: ahora estamos como en un ergástulo y cárcel y valle de lágrimas, comiendo el pan con el sudor de nuestro rostro.

Y odié yo todo mi trabajo, que trabajé bajo el sol, porque lo dejaré al hombre que vendrá después de mí. ¿Y quién sabe si será sabio o necio? y se enseñoreará de todo mi trabajo, en el que trabajé y en el que me hice sabio bajo el sol: pero esto también es vanidad. Parece que está reconsiderando sobre las riquezas y posesiones, que según el Evangelio, al ser arrebatados por una muerte repentina, no sabemos qué tipo de heredero tendremos: si será necio o sabio, quien disfrutará de nuestro trabajo. Lo que también le sucedió a Salomón: pues no tuvo un hijo semejante a él, Roboam. De lo cual entendemos que ni siquiera el hijo es digno de la herencia del padre, si es necio. Pero a mí, contemplando más profundamente, parece que está hablando del trabajo espiritual, que el hombre sabio trabaja día y noche en las Escrituras, y compone libros, para dejar memoria de sí a los pósteros, y sin embargo caen en manos de necios, que frecuentemente según la perversidad de su corazón, toman de allí semillas de herejías, y calumnian los trabajos ajenos. Pues si ahora el discurso del Eclesiastés es sobre las riquezas corporales, ¿qué necesidad había de hablar del trabajo y las posesiones: Y se enseñoreará de todo mi trabajo, en el que trabajé y en el que me hice sabio bajo el sol? ¿Qué sabiduría hay en acumular riquezas terrenales?

Y me volví yo para renunciar a mi corazón en todo mi trabajo, que trabajé bajo el sol, porque hay un hombre cuyo trabajo es en sabiduría, y conocimiento, y virtud, y al hombre que no trabajó, le dará su parte. Y esto también es vanidad y gran mal. ¿Qué obtiene el hombre de todo su trabajo, y de la voluntad de su corazón, con la que él trabaja bajo el sol? Porque todos sus días son de dolores e ira y preocupaciones, y en la noche su corazón no descansa; pero esto también es vanidad. Antes habla del heredero incierto, porque se ignora si será necio o sabio quien será señor de los trabajos de otro. Ahora repite lo mismo, pero en este sentido es diferente, que incluso si deja la sustancia y trabajos a un hijo, a un pariente, a alguien conocido; sin embargo, la cosa vuelve al mismo círculo, para que otro disfrute del trabajo de otro, y el sudor del muerto sea delicia del vivo. Que cada uno se considere a sí mismo, y verá cuánto trabajo le cuesta componer libros, cómo frecuentemente vuelve el estilo para escribir de nuevo lo que sea digno de leerse; y al hombre que no trabajó, le da su parte. Pues, como ya dije antes, ¿qué tienen que ver con las riquezas de la tierra la sabiduría, el conocimiento y la virtud, en las que testifica haber trabajado, cuando es propio de la sabiduría, el conocimiento y la virtud, pisotear lo terrenal?

No hay bien para el hombre, sino que coma y beba, y muestre a su alma el bien en su trabajo. Y esto vi yo, que es de la mano de Dios. ¿Quién comerá, y quién se abstendrá sin él? porque al hombre bueno delante de él le dio sabiduría, y conocimiento, y alegría, y al pecador le dio la preocupación, para que aumente y reúna lo que se da al bueno delante de Dios. Pero esto también es vanidad y aflicción de espíritu. Después de haber tratado todo, y haber visto que no hay nada más injusto que disfrutar del trabajo de otro, entonces me pareció que esto es lo más justo en las cosas, y como un don de Dios, que cada uno disfrute de su propio trabajo, bebiendo y comiendo, y por el momento ahorrando las riquezas reunidas. Si bien es un don de Dios, dar tal mente al hombre justo, para que consuma lo que ha buscado con cuidados y vigilias. Así como, por el contrario, es ira de Dios sobre el pecador, para que día y noche

acumule riquezas, y sin usarlas, las deje a quienes son justos ante Dios. Pero también esto, dice, observándolo diligentemente y viendo que todo termina en muerte, lo juzgué vanísimo. Esto por ahora según la letra, para que no parezca que pasamos completamente por alto el sentido simple, y mientras seguimos las riquezas espirituales, despreciamos la pobreza de la historia. Pues, ¿qué bien hay, o qué don de Dios es, o anhelar sus propias riquezas, y como si fuera una fuga, apresurarse a la voluptuosidad, o convertir el trabajo ajeno en delicias propias: y pensar que esto es un don de Dios, si disfrutamos de las miserias y trabajos ajenos? Es bueno, pues, tomar los verdaderos alimentos y la verdadera bebida, que encontramos en los divinos Volúmenes de la Carne y Sangre del Cordero. ¿Quién puede comer, o cuando es necesario, abstenerse sin Dios? quien mandó que lo santo no se dé a los perros (Mat. VII, 6), y enseña cómo dar el alimento a los consiervos a su tiempo (Mat. XXIV, 45); y según otro sentido, encontrar miel y comer solo lo que basta (Prov. XXV, 16). Hermosamente, pues, Dios da al hombre bueno sabiduría, conocimiento y alegría: porque si no es bueno, y no corrige sus costumbres por su propio juicio, no merece sabiduría, conocimiento y alegría, según lo que se dice en otro lugar: Sembrad para vosotros en justicia, cosechad en fruto de vida, iluminad para vosotros la luz del conocimiento (Ose. X, 12, según los LXX). Porque primero se debe sembrar la justicia, y cosechar el fruto de la vida, y después podrá aparecer la luz del conocimiento. Así como Dios dio al bueno delante de él sabiduría, y lo demás: así al pecador, dejándolo a su propio juicio, lo hizo acumular riquezas, y de aquí y de allá coser almohadillas de dogmas perversos. Que cuando el hombre santo y agradable a Dios lo vea, entenderá que son vanos, y compuestos por presunción de espíritu. No es de extrañar que haya dicho: Al pecador le dio la preocupación, y lo demás. Pues esto debe referirse al sentido del que he tratado a menudo: Por eso se le dio la preocupación o aflicción, porque fue pecador, y no es causa de la aflicción en Dios, sino en aquel que voluntariamente pecó antes.

(Cap. III.) Hay un tiempo para todo, y un tiempo para cada cosa bajo el cielo. En lo anterior enseñó el estado incierto y fluctuante de la condición humana: ahora quiere mostrar que todo en el mundo es contrario a sí mismo, y nada permanece perpetuo, de aquellas cosas que están bajo el cielo, y dentro del tiempo, porque las demás sustancias espirituales, no están contenidas ni por el cielo ni por el tiempo.

Tiempo de nacer, y tiempo de morir. Tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado. No hay duda de que tanto el nacimiento como la muerte de los hombres son conocidos y predeterminados por Dios, y que parir es lo mismo que plantar: morir, y arrancar lo plantado. Pero como leemos en Isaías: "Por tu temor, Señor, concebimos, y dimos a luz, y parimos", se debe decir que para el hombre perfecto, este parto, que nace del temor, muere cuando comienza a amar a Dios. Porque el amor perfecto expulsa el temor (1 Juan 4, 18). Los hebreos entienden todo esto, que está escrito sobre la contrariedad de los tiempos, hasta el lugar donde dice: "Tiempo de guerra, y tiempo de paz", sobre Israel. Y como no es necesario exponer en cada verso lo que interpretan y sienten, lo resumiré brevemente, dejando una disertación más amplia al ingenio del lector. Hubo un tiempo de engendrar y plantar a Israel, un tiempo de morir y llevarlo al cautiverio. Tiempo de matarlos en Egipto, y tiempo de liberarlos de Egipto. Tiempo de destruir el templo bajo Nabucodonosor, y tiempo de edificarlo bajo Darío. Tiempo de llorar la destrucción de la ciudad, y tiempo de reír y bailar bajo Zorobabel, Esdras y Nehemías. Tiempo de dispersar a Israel, y tiempo de reunirlo en uno. Tiempo de ceñir al pueblo judío como un cinturón y faja a Dios, y tiempo de llevarlos al cautiverio en Babilonia, y allí pudrirse más allá del Éufrates. Lee "cinturón" (lumbare) en Jeremías (Jerem. XIII, 1 ss.). Tiempo de buscarlos y salvarlos, y tiempo de perderlos, y tiempo de arrojarlos. Tiempo de desgarrar a Israel, y tiempo de coserlo de nuevo. Tiempo de callar a los profetas, ahora en el cautiverio romano, y tiempo de hablarles, entonces cuando

incluso en tierra hostil no carecían de la consolación y el discurso de Dios. Tiempo de amor, con el que los amó bajo los padres, y tiempo de odio, porque pusieron sus manos sobre Cristo. Tiempo de guerra, ahora que no hacen penitencia, y tiempo de paz en el futuro, cuando al entrar la plenitud de los gentiles, todo Israel será salvo.

Tiempo de matar, y tiempo de sanar. Y es tiempo de matar y de sanar, quien dice: "Yo mataré, y yo haré vivir" (Deut. XXXII, 19). Sana provocando al arrepentimiento. Mata, según aquel sentido: "Por la mañana mataba a todos los pecadores de la tierra" (Sal. C, 8).

Tiempo de destruir, y tiempo de edificar. No podemos edificar lo bueno, a menos que primero destruyamos lo malo. Por eso, así fue dado el verbo a Jeremías por Dios, para que antes arrancara, cavara y perdiera; y después edificara y plantara (Jerem. I).

Tiempo de llorar, y tiempo de reír. Ahora es tiempo de llorar, y en el futuro de reír: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán" (Luc. VI, 21).

Tiempo de lamentar, y tiempo de bailar. Por eso son reprendidos en el Evangelio, a quienes el Señor dice: "Os tocamos flauta, y no bailasteis; os lamentamos, y no llorasteis" (Luc. VII, 32). Debemos lamentarnos ahora, para que después podamos bailar con aquel baile con el que David bailó ante el arca del Testamento: y aunque desagradó a la hija de Saúl, agradó más a Dios (II Reg. VI).

Tiempo de esparcir piedras, y tiempo de recoger piedras. Me sorprende cómo un hombre elocuente dijo algo ridículo en este lugar: "Se trata de la destrucción y edificación de las casas de Salomón, que los hombres ahora destruyen, ahora edifican: unos recogen piedras para construir edificios, otros destruyen lo que está construido", según aquel de Horacio (Epist. lib. II, ep. 1): "Derriba, edifica, cambia lo cuadrado por redondo. Se agita, y se desvía del orden de la vida". Si esto lo dijo correctamente o incorrectamente, lo dejo al juicio del lector. Sigamos el orden de la explicación anterior: diciendo que es tiempo de esparcir y recoger piedras, según lo que está escrito en el Evangelio: "Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham" (Mat. III, 9). Que hubo un tiempo de dispersar al pueblo gentil, y un tiempo de reunirlos de nuevo en la Iglesia. Léi en un libro (según los Setenta Intérpretes, que dijeron: "Tiempo de arrojar piedras, y tiempo de recogerlas") que la severidad de la antigua Ley fue templada por la gracia del Evangelio. La Ley, rígida, inbenigna, no perdonando, mata al pecador. La gracia del Evangelio se compadece y llama al arrepentimiento. Y esto es el tiempo de arrojar piedras, o de recogerlas, que las piedras se arrojan en la Ley, se recogen en el Evangelio. Si esto se dijo verdaderamente o no, que se impute a su autor.

Tiempo de abrazar, y tiempo de alejarse del abrazo. Según la simple inteligencia, el sentido es manifiesto, coincidiendo con las mismas palabras del Apóstol: "No os defraudéis el uno al otro, a no ser por mutuo consentimiento por un tiempo, para que os dediquéis a la oración" (I Cor. VII, 5), dedicándose a los hijos, y de nuevo a la continencia. O que hubo un tiempo de abrazar, cuando prevalecía aquella sentencia: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gen. I, 28). Y tiempo de alejarse del abrazo, cuando sucedió: "El tiempo es corto. Resta, pues, que los que tienen esposa, sean como si no la tuvieran" (I Cor. VII, 29). Pero si queremos ascender a cosas más altas, veremos que la sabiduría abraza a sus amantes: "Honra, dice, a ella, y te abrazará" (Prov. IV, 8), y te tendrá en sus brazos y regazo con un abrazo más estrecho. Además, como el alma humana no puede siempre tender hacia lo sublime, y pensar en cosas divinas y más altas, ni estar continuamente en la contemplación de las cosas celestiales, sino que a veces debe atender a las necesidades del cuerpo; por eso hay un tiempo

de abrazar la sabiduría, y de contenerla más estrechamente, y un tiempo de relajar la mente de la contemplación y abrazo de la sabiduría, para que sirvamos a las necesidades del cuerpo, y a aquellas cosas que nuestra vida necesita sin pecado.

Tiempo de adquirir, y tiempo de perder. Tiempo de guardar, y tiempo de desechar. Bajo diferentes palabras, es el mismo sentido ahora, que arriba y abajo, en lo que dice: "Tiempo de destruir, y tiempo de edificar". Y luego: "Tiempo de rasgar, y tiempo de coser". Porque así como la Sinagoga es destruida, para que se edifique la Iglesia, y se hace una separación de la Ley, para que se cosan los Evangelios, lo que los Evangelistas realizaron, cosiendo testimonios de la Ley y los Profetas sobre la venida del Señor: así también hubo un tiempo de buscar y guardar a Israel, un tiempo de perder y desecharlo. O ciertamente un tiempo de buscar al pueblo de entre las naciones, y un tiempo de perder al pueblo judío. Tiempo de guardar a los creyentes de entre las naciones, y tiempo de desechar a los incrédulos de Israel.

Tiempo de callar, y tiempo de hablar. Creo que los pitagóricos, cuya disciplina es guardar silencio durante cinco años, y después hablar instruidos, tomaron de aquí el origen de su decreto. Aprendamos, pues, también nosotros primero a no hablar para que después abramos la boca para hablar. Callemos por un tiempo determinado, y estemos atentos a las palabras del maestro, que nada nos parezca correcto, sino lo que aprendemos, para que después de mucho silencio, de discípulos nos convirtamos en maestros. Ahora bien, por el vicio de los tiempos que cada día caen en peor, enseñamos en las Iglesias lo que no sabemos. Y si con la composición de palabras, o por instinto del diablo, que es el favorecedor de los errores, hemos excitado los aplausos del pueblo, contra nuestra conciencia creemos saber lo que hemos podido persuadir a otros. No aprendemos ninguna arte sin maestro: solo esta es tan vil y fácil, que no necesita preceptor.

Tiempo de amar, y tiempo de odiar. Tiempo de amar después de Dios, a los hijos, esposa, parientes, y tiempo de odiarlos en el martirio, cuando por la confesión de Cristo la piedad enemiga los ataca. O ciertamente tiempo de amar la Ley, y lo que fue mandado por la Ley, la circuncisión, los sacrificios, el sábado, las neomenias, y tiempo de odiarlos, sucediendo la gracia del Evangelio. También se puede decir esto, que ahora vemos por espejo en enigma (I Cor. XIII, 12), es tiempo de amar las cosas presentes, y en el futuro vendrá el tiempo, cuando viendo cara a cara, y mejorando, comenzaremos a odiar y despreciar lo que amamos.

Tiempo de guerra, y tiempo de paz. Mientras estamos en este mundo presente, es tiempo de guerra: pero cuando hayamos migrado de este mundo, vendrá el tiempo de paz. En la paz está el lugar de Dios, y nuestra ciudad Jerusalén, que ha tomado su nombre de la paz (Sal. LXXV, 3). Nadie, pues, se crea ahora seguro: en tiempo de guerra hay que ceñirse, y manejar las armas, para que un día descansemos victoriosos en paz.

¿Qué provecho tiene el que trabaja, en aquello en que se afana? He visto la ocupación que Dios ha dado a los hijos de los hombres, para que se ocupen en ella. Todo lo hizo hermoso en su tiempo, y también puso eternidad en sus corazones, sin que el hombre pueda descubrir la obra que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin. No me escapa lo que muchos han dicho en este lugar, que por eso Dios en este mundo presente ha concedido ocupación incluso a los maestros de doctrinas perversas, para que la mente del hombre no se entorpezca en la ociosidad, y que esto es lo bueno que Dios hizo en su tiempo, y sin embargo no pueden comprender la naturaleza y la ciencia de las cosas. Pero a mí, por el hebreo que me instruyó en las Escrituras, me fue expuesto así: Cuando todo se desliza en su tiempo, y hay tiempo de destruir y edificar, de llorar y reír, de callar y hablar, y las demás cosas que se han dicho sobre el tiempo, ¿por qué nos esforzamos y tendemos en vano, y creemos que los trabajos de

la vida breve son perpetuos? Y no estamos contentos según el Evangelio, con la malicia del día: y no pensemos en el mañana (Mat.). ¿Qué podemos tener en este mundo más trabajando, en el que solo se ha dado a los hombres por Dios, que cada uno, siguiendo diferentes cosas, tenga en qué instruirse y ejercitarse? Porque todo lo que Dios hizo, es bueno, pero bueno en su tiempo. Es bueno vigilar y dormir: pero no siempre es bueno vigilar o dormir, porque cada cosa es buena según la disposición de Dios, cuando es necesario. También Dios dio el mundo para que los hombres lo habiten, para que disfruten de las variedades de los tiempos, y no busquen las causas de las cosas naturales, cómo fueron creadas todas las cosas: por qué esto o aquello ha hecho crecer, permanecer, cambiar desde el principio del mundo hasta su consumación.

He conocido que no hay nada mejor que alegrarse, y hacer el bien en su vida. Y también que todo hombre que come y bebe, y ve el bien en todo su trabajo, es un don de Dios. Por eso el hombre ha sido dado como colono y huésped del mundo, para que disfrute del breve tiempo de su vida, y con la esperanza de una vida más larga cortada, mire todo lo que posee, como si fuera a partir hacia otras cosas, y haga el bien en su vida tanto como pueda: y no se atormente en vano con pensamientos para acumular riquezas. Ni piense que puede ganar más de su trabajo que comida y bebida, y si algo de sus riquezas gasta en buenas obras, esto es el único don de Dios. De lo cual, no, como algunos piensan, somos provocados a la lujuria y delicias, y a la desesperación, según aquello de Isaías: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos" (Isaías XXII, 31), como animales; sino según el Apóstol: "Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto" (I Tim. VI, 8), para que todo lo que podamos tener de más, lo gastemos en alimentar a los pobres y en la generosidad hacia los necesitados. Además, porque la carne del Señor es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida, según la anagogía, esto es lo único bueno que tenemos en este mundo presente, si nos alimentamos de su carne, y bebemos de su sangre, no solo en el misterio (Eucaristía), sino también en la lectura de las Escrituras. Porque la verdadera comida y bebida, que se toma de la palabra de Dios, es el conocimiento de las Escrituras. Y que nadie piense que lo profetizado por Balaam: "No habrá trabajo en Jacob, ni dolor en Israel" (Num. XXIII, 23). Sea contrario a esto, que se dice que es un don de Dios: "Si alguno come y bebe, y ve el bien en todo su trabajo". Porque muchas son las tribulaciones de los justos. Y de estas se queja el Apóstol, diciendo que ha sudado en trabajo y dolor (II Cor. II). Pero cuando el Señor nos libere de estas en el futuro: "No habrá trabajo en Jacob, ni dolor en Israel". Y así como leemos: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán" (Luc. VI, 21): y nuestra risa seguirá las palabras del profeta Job: "La boca de los veraces se llenará de gozo" (Job VIII, 21); así ahora disfrutamos de nuestro trabajo en buenas obras, por el cual somos angustiados y oprimidos, para que después cesemos de trabajar.

He conocido que todo lo que Dios hace, será para siempre, sobre ello no se puede añadir, y de ello no se puede quitar: y Dios lo hizo, para que teman delante de él. No hay nada nuevo en el mundo. El curso del sol, y las fases de la luna, y la sequedad o verdor de la tierra y los árboles, nacieron y se formaron con el mundo mismo. Y por eso Dios ha moderado todo con cierta razón, y ha ordenado que los elementos sirvan a los usos humanos, para que los hombres, viendo esto, entiendan que hay providencia, y teman delante de Dios, al comprender al creador por la igualdad, curso, orden y constancia de las cosas. Porque las cosas invisibles de Dios, entendidas por las cosas hechas, se ven: también su eterna virtud y divinidad (Rom. I, 20). Si queremos, habiendo terminado el sentido anterior, leer como desde el principio: "Y Dios lo hizo, para que teman delante de él", este es el sentido: Dios hizo todo, para que los hombres teman desviarse de lo que Dios dispuso una vez. Hermosamente

ha temperado, diciendo: "Para que teman delante de él" (Sal. XXXIII, 17). Porque el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal.

¿Qué es lo que fue? Lo mismo que es, y lo que ha de ser, ya fue: y Dios buscará al perseguido. Ya sea lo pasado, lo presente, o lo futuro, todo lo que vemos, ya fue, es, y será. El sol que ahora sale, y antes de que estuviéramos nosotros en el mundo, fue, y después de que hayamos muerto, saldrá. Nombramos al sol, para que de esto entendamos que las demás cosas son las mismas, que fueron. Si parecen perecer por la condición de la muerte, no perecen, porque de nuevo renacen, y nada perece para siempre, sino que renace, y como con cierto interés revive. Esto es lo que dice: "Y Dios buscará al perseguido", lo que en griego se dice mejor καὶ ὁ Θεὸς ζητήσῃ τὸν διωκόμενον, es decir, lo que pasó, lo que fue expulsado, lo que dejó de ser. Si esto se dice de todas las cosas que están en el mundo, no hay duda de que el hombre muerto renacerá. Si a alguien le agrada leer como desde un principio propio: "Y Dios buscará al perseguido", use este testimonio en la persecución de los gentiles, para consolar al que persevera en el martirio. Y porque todos, según el Apóstol (II Tim. III), que quieren vivir piadosamente en este mundo, sufren persecución, tengan consuelo, porque Dios busca al que sufre persecución, así como busca la sangre del asesinado, y vino a buscar lo que se había perdido, y la oveja errante la llevó de vuelta al rebaño sobre sus hombros (Luc. XIX, XV).

Y aún vi bajo el sol el lugar del juicio: allí la impiedad; y el lugar de la justicia: allí la iniquidad. Dije yo en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío: porque hay un tiempo para todo propósito y para toda obra allí. El sentido es manifiesto, pero está envuelto en la niebla de la interpretación. Bajo este sol, dice, busqué la verdad y el juicio, y vi incluso entre los mismos asientos de los jueces, que no prevalece la verdad, sino los sobornos. O de otra manera: Pensé que algo de justicia se hacía en este mundo presente, y que el piadoso recibía ahora su mérito, o el impío era castigado por su crimen: y encontré lo contrario de lo que pensaba. Porque vi al justo sufrir muchos males aquí, y al impío reinar por su crimen. Pero después, hablando con mi corazón y reflexionando, entendí que Dios no juzga ahora por partes y por cada uno, sino que reserva el juicio para el futuro, para que todos sean juzgados juntos, y reciban según su voluntad y obras allí. Esto es lo que dice: "Y hay un tiempo para todo propósito, y para toda obra allí", es decir, en el juicio, cuando el Señor comience a juzgar, entonces habrá verdad, ahora la injusticia domina en el mundo. Algo similar leemos en la Sabiduría, que se inscribe como hijo de Sirac: "No digas, ¿qué es esto o qué es aquello? porque todo será requerido a su tiempo".

Dije yo en mi corazón acerca del discurso de los hijos de los hombres, que Dios los separa, y para mostrar que ellos son como animales para sí mismos, porque el destino de los hijos de los hombres y el destino de los animales es un mismo destino para ellos. Como la muerte de uno, así también la muerte del otro, y un mismo espíritu para todos, y nada más tiene el hombre que el animal, porque todo es vanidad. Todos van a un mismo lugar, todos fueron hechos del polvo, y todos volverán al polvo. ¿Y quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube hacia arriba, y el espíritu del animal desciende hacia abajo, a la tierra? No es de extrañar que en la vida presente no haya diferencia entre el justo y el impío, ni valgan las virtudes, sino que todo se revuelque en un destino incierto, ya que incluso entre los animales y el hombre, según la vileza del cuerpo, no parece haber diferencia, y es la misma condición de nacer, una misma suerte de morir: igualmente procedemos a la luz, igualmente nos disolvemos en polvo. Si parece haber esta diferencia, que el espíritu del hombre asciende al cielo, y el espíritu del animal desciende a la tierra, ¿cómo sabemos esto con certeza? ¿Quién puede saber si lo que se espera es verdadero o falso? Esto lo dice, no porque crea que el alma

perece con el cuerpo, o que se prepara un mismo lugar para bestias y hombres, sino que antes de la venida de Cristo todos eran llevados igualmente al infierno. De ahí que Jacob diga que descenderá al infierno (Gén. XXXVII y XLIV). Y Job se queja de que los piadosos y los impíos son retenidos en el infierno (Job VII y XVII). Y el Evangelio testifica que hay un gran abismo interpuesto en el infierno, y que Abraham está con Lázaro, y el rico en tormentos (Luc. XVI). Y en verdad, antes de que Cristo abriera con el ladrón aquella rueda flamígera, y la espada ígnea, y las puertas del paraíso, los cielos estaban cerrados, y la vileza igual del espíritu del hombre y del animal los constreñía. Y aunque pareciera que uno se disolvía y otro se reservaba, sin embargo, no había mucha diferencia entre perecer con el cuerpo o ser retenido en las tinieblas del infierno.

Recurramos a cada uno de los puntos, y con un estilo de discurso fragmentado, discutamos brevemente según su orden. Dije yo en mi corazón acerca del discurso de los hijos de los hombres, para que Dios los eligiera. Esto solo, dice, quiso Dios que fuera entre los hombres y los animales, porque nosotros hablamos, ellos son mudos, nosotros expresamos la voluntad con palabras, ellos permanecen en silencio. Y aunque solo nos diferenciamos de las bestias por el habla, sin embargo, se nos muestra que según la fragilidad del cuerpo somos como animales. Como muere el animal, así muere el hombre, y uno es el aliento para todos, y este aire con el que nos alimentamos. Pues dice: Y un mismo espíritu para todos, y nada más tiene el hombre que el animal. Para que no pensáramos que esto se dice también del alma, añade: Todos fueron hechos de tierra, y volverán a la tierra. De la tierra, sin embargo, no se hizo otra cosa que el cuerpo. Y significativamente se dice del cuerpo: Eres polvo, y al polvo volverás (Gén. III, 11). Pero lo que parece ser blasfemo: ¿Quién conoce si el espíritu de los hijos de los hombres sube hacia arriba, y el espíritu del animal desciende hacia abajo, a la tierra? no sostiene que no haya diferencia entre las bestias y el hombre según la dignidad del alma, sino que al añadir quién, quiso demostrar la dificultad del asunto. Pues el pronombre quién en las Escrituras santas no se toma por imposible, sino por difícil. Como allí: ¿Quién contará su generación? (Isa. LIII, 8). Y en el salmo decimoquinto: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, y en tu monte santo? (Sal. XIV, 1), y lo demás que sigue. Y en Jeremías, aunque en hebreo es diferente: Y es hombre, ¿y quién lo conocerá? (Jer. XVII, 9). Entre los hombres y las bestias, por tanto, esta es la única diferencia, que el espíritu del hombre asciende al cielo, y el espíritu del animal desciende a la tierra, y se disuelve con la carne: sí, sin embargo, algún hombre eclesiástico y erudito en disciplinas celestiales, y como un defensor seguro de una cosa dudosa, lo afirma. Esto por ahora según la letra.

En cuanto a la inteligencia espiritual: Porque el Señor salvará a hombres y animales (Sal. XXXV, 7); y en otro lugar: Como un animal soy, dice, ante ti, y yo siempre contigo (Sal. LXXII, 23): y en todos los profetas se dice que hombres y animales serán salvados en Jerusalén, y que la tierra de la promesa se llenará de animales y ganados; ¿quién sabe si el santo, que es digno de ser llamado hombre, asciende al cielo, y si el pecador, que es llamado animal, desciende a la tierra? Pues puede suceder, debido a la incertidumbre de esta vida y al estado resbaladizo, que tanto el justo caiga, como el pecador se levante, y a veces sucede que el más racional y erudito en las Escrituras, es decir, el hombre, no viva con la circunspección que su ciencia merece, y sea llevado al infierno, y cualquier persona más simple y rústica, que en comparación con el hombre se llame animal, viva mejor, y sea coronado con el martirio, y sea colono del paraíso.

Y vi que no hay nada bueno, sino que el hombre se alegre en su obra, porque esta es su parte. ¿Quién lo llevará para que vea lo que será después de él? Porque lo que nosotros pusimos: Para que vea lo que será después de él, Symmachus lo interpretó más claramente, diciendo: Para que vea las cosas que serán después de estas. No hay, por tanto, nada bueno en esta vida,

sino que el hombre se alegre en su obra, haciendo limosna, y preparándose tesoros futuros en el reino de los cielos. Esta es la única porción que tenemos, que ni ladrón ni tirano pueden quitar, y que nos sigue después de la muerte. Pues no podemos, cuando esta vida se haya disuelto, disfrutar de nuevo de nuestros trabajos, ni saber qué cosas serán en el mundo después. De otra manera: Turbado por el error anterior, al pensar que no había diferencia entre hombres y bestias, fui llevado a esta opinión errónea, para decir que no había otro bien que disfrutar del placer presente. Pues no podemos, una vez que la muerte nos haya disuelto, disfrutar de aquello de lo que nos alejamos ingratos. Otros han referido esto que dice: ¿Quién lo llevará para que vea las cosas que serán después de él?, a la inteligencia de que es mejor que el hombre disfrute de sus trabajos; porque esto solo podría llevarse de su sustancia. Cuando venga la muerte, no saber con qué heredero morirá, si digno o indigno, disfrutará de sus riquezas.

(Cap. IV). Y me volví, y vi todas las opresiones que se hacen bajo el sol, y he aquí las lágrimas de los que sufren opresión, y no hay quien los consuele, y en manos de sus opresores hay poder: y no tienen consolador. Después de esta reflexión, volví mi mente y mis ojos allí, para ver a los opresores y a los oprimidos. Y he aquí, aquellos que son injustamente oprimidos por los más poderosos, protestando con lágrimas, que es lo único que se les permite en las calamidades, no pueden encontrar consolador. Y cuanto mayor es la miseria, y el dolor inconsolable, los opresores se ven más fuertes en sus iniquidades. Y esta es la razón por la que no pueden ser consolados. Este lugar es tratado más plenamente en el salmo setenta y tres por David, y por Jeremías en su volumen.

Y alabé a los muertos, que ya están muertos, más que a los vivos que aún viven. Y mejor que estos dos, el que aún no ha nacido, que aún no ha visto la obra mala que se hace bajo el sol. En comparación con las miserias que en este siglo oprimen a los mortales, juzgué más felices a los muertos que a los vivos, según aquello de Job que discute sobre los infiernos. Allí descansaron los cansados de cuerpo, con aquellos que habían sido prisioneros, ya seguros, sin oír la voz del opresor (Job III, 17 y 18). Pero mejor que estos dos, el viviente y el difunto, es el que aún no ha nacido. Pues uno aún sufre males, otro ha escapado desnudo como de un naufragio. Pero el que aún no ha nacido, es más feliz en que aún no ha experimentado los males del mundo. Esto lo dice, no porque el que aún no ha nacido exista antes de nacer, y sea más feliz porque aún no está agobiado por el cuerpo: sino porque es mejor no ser en absoluto, ni tener sentido de la existencia, que ser o vivir infeliz. Como también el Señor habla de Judas, significando sus futuros tormentos: Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido (Mat. XXVI, 24): que le hubiera sido mejor no ser en absoluto, que sufrir tormentos eternos. Otros entienden este lugar de esta manera: Diciendo que son mejores aquellos que han muerto, que aquellos que viven, aunque antes hayan sido pecadores. Pues los vivientes aún están en la batalla, y como encerrados en la prisión del cuerpo son retenidos; pero los que han muerto, ya están seguros, y han dejado de pecar. Como también Juan, de quien no hubo mayor entre los nacidos de mujer (Mat. II), es menor que el que es el menor en el reino de los cielos, y liberado del peso del cuerpo, no sabe decir con el Apóstol: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 14). Y mejor que estos dos es aquel que aún no ha nacido, ni ha visto los males con los que los hombres son oprimidos en el mundo. Pues nuestras almas, antes de descender a estos cuerpos, habitan en los cielos, y son felices mientras permanecen en la Jerusalén celestial y en el coro angélico.

Y vi todo el trabajo, y toda la virtud de la obra: porque la emulación del hombre es de su compañero; y esto es vanidad y presunción de espíritu. Me volví de nuevo a otras cosas, y vi toda la fortaleza y gloria de los que trabajan, y descubrí que el bien de uno es el mal de otro, mientras el envidioso se atormenta con la felicidad ajena, y el glorioso está expuesto a las

insidias. Pues ¿qué hay más vano, qué más inestable, y así de nada, que los hombres no lloren sus propias miserias, ni lamenten sus propios pecados, sino que envidien a los mejores?

El necio se cruza de brazos, y come su propia carne (Prov. XXIV). Este es el que también en los Proverbios se describe como perezoso, con las manos sobre el pecho. A quien, como un corredor veloz, le llega la pobreza, y que por el hambre extrema (aunque se diga hiperbólicamente) come su propia carne. Que piensa que es mejor tener un puñado de harina, y vivir ocioso y perezoso, que llenar ambas manos trabajando. Pero todo lo que dice es para mostrar que tanto el que trabaja y tiene algo, está expuesto a la envidia en el mundo, como el que quiere vivir tranquilo, es oprimido por la pobreza, y ambos son miserables, mientras uno peligra por las riquezas, y el otro se consume por la indigencia. O ciertamente así. Quien envidia la felicidad ajena, y es arrebatado por el furor del espíritu, y ha recibido la envidia en su seno, y la ha alimentado en su pecho: este come su alma, y su carne. Pues cuanto más vea feliz a aquel a quien envidia, tanto más se consume y perece, y poco a poco se destila por el celo y la envidia. De otra manera: Las manos a menudo se toman por las obras, como allí: La palabra del Señor que fue hecha en mano de Hageo (Hageo I, 1), ya sea de este o aquel profeta, que hizo tales obras, que fue digno de que en su obra se hiciera la palabra del Señor. A esto se ajusta también lo de David: Que enseña mis manos para la batalla (Sal. CXLIII, 1). El necio, por tanto, se cruza de brazos, es decir, las contrae, y no quiso extenderlas, por lo que no come los trabajos de sus manos que no tiene; sino su carne, viviendo según la sabiduría de la carne, y alimentándose de las obras de la carne.

Mejor es un puñado lleno con descanso, que la plenitud de manos de trabajo y presunción de espíritu. Mejor es tener poco el justo, que muchas riquezas los pecadores. Y en los Proverbios: Mejor es poco con justicia, que muchas ganancias con iniquidad (Prov. XVI, 8). Elegantemente la justicia tiene descanso, la iniquidad trabajo. Y porque el número singular siempre se toma en el bien, el doble en el mal: por eso un puñado tiene descanso, y dos manos están llenas de trabajo.

Y me volví, y vi vanidad bajo el sol. Hay uno, y no hay segundo, y ciertamente hijo, y hermano no tiene: y no hay fin a todo su trabajo. Y ciertamente su ojo no se sacia de riquezas: y ¿para quién trabajo yo, y privo a mi alma de bondad? Pero esto también es vanidad, y una mala ocupación. Me volví a otros, y vi que trabajan más de lo necesario, acumulando riquezas por medios justos e injustos, y no usan lo acumulado, tienen todo, se aferran a las riquezas, las guardan para otro, y no disfrutan de su trabajo: especialmente cuando no tienen ni hijo, ni hermano, ni pariente para que parezca que el piadoso trabajo se reserva para los necesitados. Por tanto, descubrí que no hay nada más vano que ese hombre que acumula riquezas, sin saber para quién las dejará. Lo cual podemos entender también según la interpretación anterior de aquellos que escriben libros, y los dejan a lectores fastidiosos. Algunos interpretan este lugar desde lo que dice: Hay uno, y no hay segundo, sobre el Salvador, que descendió solo y sin compañero para salvar al mundo. Y aunque muchos son hijos de Dios, y hermanos suyos por adopción: sin embargo, ninguno fue digno de unirse a él en esta obra. Cuyo trabajo no tiene fin, llevando nuestras faltas y pecados, y sufriendo por nosotros: y su ojo no se saciará de riquezas, siempre deseando nuestra salvación, y cuanto más vea pecar a alguien, tanto más lo exhorta a la penitencia.

Mejores son dos que uno, porque tienen buena recompensa por su trabajo: porque si uno cae, levantará a su compañero. Y ¡ay del que está solo, cuando caiga, y no haya segundo que lo levante! Y si duermen dos juntos, también tendrán calor; pero uno solo, ¿cómo se calentará? Y si prevalece uno contra él, dos estarán contra él, y un cordón de tres dobleces no se rompe fácilmente. Después de las preocupaciones y miserias en las que se ve atrapado aquel que se

afana en adquirir riquezas sin un heredero cierto; ahora se traslada el discurso a la compañía. Y se dice qué bien tiene la convivencia de amigos, y el consuelo común, porque la caída de uno se levanta con la ayuda del otro, y las preocupaciones domésticas, incluso el descanso nocturno, se lleva mejor aquel que tiene un amigo fiel, que el que solo se aferra a las riquezas adquiridas. Lo cual, si un enemigo más fuerte se levanta contra uno, la debilidad del otro se sostiene con el consuelo del amigo. Y cuanto más dos difieren de uno, si están unidos por amor, tanto más también la convivencia de tres es más fuerte. Pues la verdadera caridad, no violada por ninguna envidia, cuanto más se aumenta en número, tanto más crece en fuerza. Y esto por ahora se ha dicho simplemente.

Sin embargo, porque en el lugar anterior pusimos la interpretación de algunos sobre Cristo, también los demás deben ser discutidos en el mismo orden. Es mejor que dos estén juntos que uno. Pues es mejor tener a Cristo habitando en uno mismo, que habitar solo, y estar expuesto a las insidias del adversario. La recompensa de la convivencia se muestra inmediatamente en la utilidad de la sociedad. Pues si uno cae, Cristo levantará a su compañero. ¡Ay de aquel que, cuando caiga, no tiene a Cristo en sí para levantarlo! Y si uno duerme, es decir, si es disuelto por la muerte, y tiene a Cristo consigo, calentado y vivificado, pronto revivirá. Y si el diablo, más fuerte en el ataque, se levanta contra el hombre, el hombre estará firme, y Cristo estará firme por su hombre, por su compañero. No porque la virtud de Cristo solo contra el diablo sea débil, sino porque se deja al hombre el libre albedrío, y al esforzarnos nosotros, él se hace más fuerte en la batalla. Pero si también el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo vienen, no se rompe fácilmente esta sociedad. Pero lo que no se rompe fácilmente, sin embargo, alguna vez se romperá. Pues también en el apóstol Judas estuvo este triple cordón: pero porque después del bocado Satanás entró en él, este cordón se rompió. Por lo que dijo antes: Y si duermen dos juntos, también tendrán calor: y uno solo, ¿cómo se calentará? tomemos el ejemplo de Eliseo, que se contrajo con el niño, y durmió, y calentó su cuerpecito, y así lo vivificó resucitándolo (IV Reg. IV). A menos que Cristo duerma con nosotros, y descanse en la muerte, no podemos recibir el calor de la vida eterna.

Es mejor un niño pobre y sabio que un rey viejo y necio, que no sabe prever el futuro. Porque de la casa de los prisioneros sale para ser rey, aunque en su reino nació pobre. Vi a todos los vivientes que caminan bajo el sol con el joven segundo, que se levantará en su lugar. No hay fin para todo el pueblo, todos los que estuvieron antes de ellos. Y ciertamente los últimos no se alegrarán en él: pero esto también es vanidad y presunción del espíritu. Símaco tradujo este pasaje así: Es mejor un pobre con sabiduría que un rey viejo e insensato que no sabe prever la vicisitud. Pues uno sale de la cárcel para reinar: el otro, aunque nació rey, fue oprimido por la pobreza. Vi a todos los vivientes que caminan bajo el sol con el joven segundo, que se levantó en su lugar. Infinito es todo el pueblo que estuvo antes de ambos: y los posteriores no se alegrarán en él. Pero esto también es viento y pasto del viento. Mi hebreo, de quien a menudo hago mención, cuando leía el Eclesiastés conmigo, testificó que Baracibam, a quien uno o más admiran, había transmitido sobre este lugar presente. Es mejor el hombre interior, que surge en nosotros después del decimocuarto año de pubertad, que el hombre exterior, que nació del vientre de la madre, que no sabe apartarse del vicio, y que salió de la casa de los prisioneros, es decir, del útero materno, para reinar en los vicios. Quien también en su poder se hizo pobre, perpetrando todos los males. Vi a aquellos que vivieron en el primer hombre, y después se relacionaron con el segundo hombre, es decir, con aquel que fue engendrado en lugar del predecesor: y entendí que todos pecaron en el primer hombre, antes de que, al nacer el segundo, se convirtieran en dos hombres. Porque, al convertirse a cosas mejores, y después de dejar el camino izquierdo tras la letra Y de los filósofos, se dirigieron al ápice derecho, y siguieron al segundo, es decir, al último hombre, no se alegrarán en él, es decir, en el

primero. Estos dos hombres también los atestigua el Apóstol (II Tes. II) y el Levítico no calla: Hombre, hombre si quiere esto o aquello (Lev. XVII). El santo varón Gregorio, obispo de Ponto, oyente de Orígenes en la Metáfrasis del Eclesiastés, entendió este lugar así: «Yo, en verdad, prefiero al joven pobre y sabio, al rey viejo y necio, a quien nunca se le ocurrió que fuera posible que alguno de los que había encadenado saliera del calabozo al reino, y que él mismo cayera de su injusto poder. Pues a veces sucede que aquellos que estuvieron bajo el joven sabio, están sin tristeza: pero habiendo estado antes bajo el rey viejo. Porque los que nacieron después, al no conocer los males pasados, tampoco pueden alabar al joven que se levantó después, llevados por una opinión perversa y el ímpetu de un espíritu adverso.»

El intérprete de Laodicea, tratando de expresar grandes cosas en breve discurso, habló aquí también a su manera habitual: «Sobre el cambio, dice, de bienes en males, ahora es el discurso del Eclesiastés, tratando de expresar al hombre insensato, que no pensando en el futuro, se deleita en las cosas presentes y caducas como si fueran grandes y perpetuas. Y después de diversas cosas que suelen suceder a los hombres en su vida, y cambiar, introduce como una sentencia general sobre la muerte, que una innumerable multitud perece, y poco a poco se consume y pasa, dejando cada uno en su lugar a otro, y de nuevo a otro, al morir el sucesor.»

Orígenes y Victorino no difirieron mucho entre sí. Pues después de aquella sentencia general, que es evidente para todos: que es mejor un joven pobre y sabio que un rey viejo e insensato, y que frecuentemente sucede que aquel, por su sabiduría, incluso saliendo de la cárcel del rey, gobierna en lugar del dominador perverso, y el rey insensato pierde el imperio que tenía: interpretaron este lugar sobre Cristo y el diablo, queriendo que el joven pobre y sabio sea Cristo. Joven, según aquello: Es grande para ti ser llamado mi joven (Isa. XLIX, 6). Pobre, porque se hizo pobre, siendo rico (II Cor. VIII, 9). Y sabio, porque crecía en edad y sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (Luc. II, 52). Este nació en el reino del viejo. Y por eso dice: Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros ciertamente lucharían por mí, para que no fuera entregado a los judíos: Pero ahora mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36). En el reino de aquel viejo necio, que le mostró todos los reinos del mundo; y su gloria, nació el mejor joven, y de la casa de los prisioneros, de los cuales Jeremías habla en las Lamentaciones, diciendo: Para humillar bajo sus pies a todos los prisioneros de la tierra (Lam. III, 34), salió al reino, y fue a una región lejana, y contra aquellos que no querían que él reinara sobre ellos, después de algún tiempo el rey regresó. Con espíritu profético, pues, vio el Eclesiastés a todos los vivientes, que pueden ser partícipes del joven que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6), y dejando al viejo rey necio, seguir a Cristo. Al mismo tiempo, se significan dos pueblos de Israel. El primero que fue antes de la venida del Señor, y el posterior que recibirá al Anticristo en lugar de Cristo: que el primero no está completamente rechazado (pues la primera Iglesia fue congregada de los judíos y los apóstoles) y al final los judíos, que recibirán al Anticristo en lugar de Cristo, no se alegrarán en Cristo.

Guarda tu pie cuando vayas a la casa de Dios, y acércate para escuchar. Porque el sacrificio de los insensatos es un don; porque no saben que hacen mal. Da preceptos de vida, y no quiere que ofendamos al ir a la Iglesia. No es entrar en la casa de Dios, sino entrar sin ofensa, lo que es digno de alabanza. Y si fuera de todos los que están en la Iglesia de Dios, escuchar el sermón, nunca habría añadido, acércate para escuchar (Éxodo XXIV, 2 y ss.). Finalmente, Moisés solo se acercaba para escuchar a Dios: los demás no podían acercarse. Porque los insensatos, ignorando que es un remedio para el pecado, piensan que pueden satisfacer a Dios con la ofrenda de dones, e ignoran que esto también es malo, y pecado, querer enmendar lo que han hecho no con obediencia y buenas obras, sino con dones y víctimas. A esto se ajusta

lo que se dice en otro lugar: La obediencia es mejor que el sacrificio (I Sam. XV, 21). Y: Misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI, 6).

(Cap. V.) No te apresures con tu boca, y tu corazón no se apresure a proferir palabra en presencia de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra. Por eso sean pocas tus palabras, porque vendrá el sueño en la multitud de preocupaciones, y la voz del insensato en la multiplicación de palabras. Muchos piensan que en este lugar presente se ordena que no prometamos fácilmente algo ante Dios, y sin considerar nuestras fuerzas, prometamos lo que no podemos cumplir. Pues está presente Dios, y aunque él esté en el cielo, nosotros parezcamos estar en la tierra: sin embargo, escucha lo que decimos, y nuestra insensatez se reprende por la multiplicación de palabras. Otros, entendiendo mejor, afirman que se ordena que no hablemos ni pensemos más de Dios de lo que podemos, sino que sepamos nuestra debilidad, que, cuanto dista el cielo de la tierra, tanto separe nuestra opinión de su naturaleza: y por eso nuestras palabras deben ser moderadas. Pues así como quien tiene muchas preocupaciones, frecuentemente sueña con lo que piensa: así quien quiera hablar mucho de la divinidad, cae en la insensatez. O ciertamente así: nuestras palabras deben ser pocas porque incluso lo que creemos saber, lo vemos por espejo y en enigma, y lo comprendemos como un sueño, que creemos tener. Y aunque digamos mucho (como nos parezca), el fin de nuestra disputa será la insensatez. Pues por mucho hablar no escapamos del pecado.

Cuando hagas un voto a Dios, no tardes en cumplirlo, porque no hay voluntad en los insensatos. Todo lo que prometas, cúmplelo. Es mejor no prometer, que prometer y no cumplir. La simple inteligencia no necesita interpretación. Es mejor no prometer, que prometer y no cumplir, porque desagradan a Dios, y se cuentan entre los insensatos, quienes no cumplen sus votos. Pero lo que dice: No hay voluntad en los insensatos, se entiende, de Dios, según aquello del Apóstol (I Cor. XVI, 22): Y ciertamente no fue voluntad que ahora viniera a vosotros. Si queremos decir algo más curioso, se ordena al cristiano que complete su fe con obras, y no sea como los judíos, que prometiendo y diciendo: Todo lo que el Señor ha mandado, haremos (Éxodo XXIV, 3), adoraron ídolos. Y después de golpear a los siervos, y oprimirlos con piedras, finalmente también mataron al hijo del padre de familia. Es mejor, pues, sopesar largamente una sentencia dudosa, que ser fácil en palabras y difícil en obras. Pues el siervo que conoce la voluntad de su señor, y no la hace, será azotado con muchos (Lucas XII, 47).

No des tu boca para que haga pecar a tu carne. Y no digas en presencia del ángel, que es ignorancia; no sea que Dios se enoje por tu voz, y destruya las obras de tus manos. El hebreo lo entendió así: Lo que no puedes hacer, no lo prometas. Pues las palabras no pasan al viento, sino que son llevadas inmediatamente al Señor por el ángel presente, que acompaña a cada uno. Y tú que piensas que Dios ignora lo que prometiste, lo provocas a la ira, para que todas tus obras se disipen. Pero en lo que dice: Para que no hagas pecar a tu carne, no examinando diligentemente, lo entendió como si hubiera dicho: No des tu boca para no pecar. A nosotros nos parece otro sentido, que se reprendan aquellos que se quejan del vicio de la carne y dicen que son forzados por la necesidad del cuerpo a hacer lo que no quieren, según aquello del Apóstol (Rom. VII, 15): Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, y demás. No busques, pues, excusas vanas, y no des ocasión a tu carne para pecar, y digas: No peco yo, sino el pecado que habita en mi carne. Finalmente, en el lugar donde dice: No digas ante el ángel, que es ignorancia: Aquila, interpretando la palabra hebrea SEGAGA, por ignorancia, tradujo ἀκούσιον, es decir, no espontáneo. Pues si dices esto, provocas a Dios como autor del mal y del pecado, para que enojado, si ves que tienes algo bueno, lo quite de tus manos. O ciertamente, entregando a quien tal piensa a un sentido reprobado, para que hagas lo que no conviene.

Porque en la multitud de sueños y vanidades, y muchas palabras. Pero teme a Dios. Y este lugar lo explicaron así los hebreos. No hagas tampoco las cosas anteriores, de las que ya se ha dicho, no creas fácilmente en los sueños. Pues cuando veas diversas cosas en el descanso nocturno, y el alma sea agitada por varios terrores, o incitada por promesas, desprecia lo que es de sueño. Y teme solo a Dios. Pues quien cree en los sueños, se entrega a vanidades y necedades. De otro modo: Porque dije y ordené: No des tu boca para que haga pecar a tu carne, y busques varias excusas: ahora añadido, porque en el sueño de esta vida, y en la imagen de la sombra de nube, en la que vivimos, podemos encontrar muchas cosas que nos parezcan verosímiles, y excusar nuestros pecados. Por eso te advierto, que solo evites pensar que Dios está ausente, sino que lo temas, y sepas que está presente en todas tus obras: y que, creado con libre albedrío, no eres forzado, sino que haces lo que quieres.

Si ves la opresión del pobre, y el robo del juicio, y las injusticias en la región, no te maravilles del asunto: porque el alto sobre el alto vigila, y hay uno más alto sobre ellos, y el rey es más útil para la tierra en el campo cultivado. La túnica de Cristo tejida de arriba (Juan XIX, Luc. VIII), ni pudo ser rasgada por los que lo crucificaron: y a aquel de quien el Salvador había expulsado demonios, le ordenó ir vestido con las vestiduras de los apóstoles. Así que también nosotros nos esforcemos por no rasgar las vestiduras de nuestro Eclesiastés, ni coser aquí y allá los harapos de nuestras opiniones a nuestro antojo, sino mantener un solo tejido de discusión, y seguir el mismo sentido y orden. Antes había dicho: No digas en presencia del ángel, que es ignorancia, no sea que Dios se enoje por tu voz, y demás: y había hablado contra aquellos que negaban que la providencia gobernara las cosas humanas. Porque contra este precepto surgía la cuestión de por qué los justos sufrían opresión, y por qué se hacían juicios injustos en todo el mundo, y no hay vengador Dios; ahora introduce y resuelve lo que se podía oponer, diciendo: Si ves la opresión del pobre, que es proclamado bienaventurado en el Evangelio, y las cosas hechas por la fuerza, no por justicia, no te maravilles, y te parezca algo nuevo. Pues el alto sobre los altos, Dios, observa estas cosas, que ha puesto a sus ángeles sobre los jueces y reyes de la tierra, que ciertamente pueden prohibir la injusticia, y prevalecer más en la tierra que cualquier poder humano. Pero como guarda el juicio para el final, y en la consumación del mundo, cuando la cosecha esté madura, y vengan los segadores, ordenará que se separe el trigo, y la cizaña se entregue al fuego: por eso ahora espera y difiere la sentencia, mientras el campo de este mundo sea cultivado. Que el campo se interprete como el mundo, el Señor lo expuso en la parábola de la cizaña y el trigo (Mat. XIII).

Quien ama el dinero, no se saciará de dinero, y quien ama las riquezas, no se beneficiará de ellas. Pero esto también es vanidad. Porque en la multitud de bienes hay muchos que los comen, y ¿cuál es la fortaleza del que los posee, sino verlos con sus ojos? Dondequiera que pongamos dinero, según la ambigüedad del idioma griego, puede también traducirse como riqueza: ἀργύριον significa ambas cosas. Por su parte, Cicerón refiere que los ricos fueron llamados así primero porque tenían más peculios, es decir, ganado. Así los llamaban antiguamente. Pero poco a poco, por abuso, el nombre se trasladó a otra cosa. Así pues, se describe al avaro, que nunca se sacia de riquezas, y cuanto más tiene, más desea. También concuerda la sentencia de Flaco sobre esto, quien dice (Horacio, l. I, Epístolas, epíst. 2, a Lelio): Siempre el avaro necesita. y del historiador noble, que la avaricia no se disminuye ni con la escasez ni con la abundancia. Nada, pues, dice el Eclesiastés, aprovechan las riquezas al que las posee, sino solo esto, que vea lo que posee. Pues cuanto mayor sea la riqueza, más ministros tendrá, que devoren las riquezas acumuladas. Pero él solo verá lo que tiene, y no podrá consumir más que el alimento de un solo hombre.

Dulce es el sueño del que trabaja, ya sea que coma poco o mucho. Y la saciedad del rico no le deja dormir. Aún se habla del rico y avaro, y se le compara con el que trabaja, y duerme sin preocupación, ya sea que coma poco o mucho, porque aquel digiere cualquier alimento con el trabajo y sudor, y disfruta de un dulce sueño. Pero el rico, distendido por los banquetes, y desgarrado por pensamientos en diversas direcciones, no puede dormir, con la indigestión, y el alimento no digerido ardiendo en las estrecheces del estómago. Además, porque el sueño, y la salida común de esta vida se llama, mejor será el descanso de aquel que trabaja en el presente, y según sus fuerzas se comporta en buenas obras, que las riquezas de aquellos de quienes se escribe: Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo (Luc. VI, 24).

Hay un mal grave que he visto bajo el sol, riquezas guardadas por su dueño para su mal. Y esas riquezas perecieron en una mala empresa. Y engendró un hijo, y no hay nada en sus manos. Como salió del vientre de su madre, desnudo volverá, como vino, y no llevará nada de su trabajo, para ir en sus manos. Pero esto también es un mal grave, porque como vino, así se va. ¿Qué, pues, tendrá más, porque trabajó en vano? Y todos sus días comerá en tinieblas, y en mucha indignación, y en enfermedad, y en ira. Une lo que sigue con lo anterior: describiendo el Eclesiastés al rico, que ni él mismo puede disfrutar de sus riquezas, y frecuentemente por ellas se pone en peligro, ni deja al heredero lo que acumuló; sino que tanto él como su hijo, como vinieron desnudos, así desnudos volverán a la tierra, y nada de sus trabajos los acompañará. ¿No es acaso un mal grave atormentarse con pensamientos por las riquezas, y buscar en tristeza, gemido, indignación, disputas, un trabajo vano, riquezas que perecerán, y que no podemos llevar con nosotros al morir? Y esto según el sentido simple. Pero para elevarnos más, me parece que habla de los filósofos, o herejes, que acumulan riquezas de doctrinas para su mal, y ni los inventores pueden obtener alguna utilidad, ni dejar a sus seguidores un fruto perpetuo. Sino que tanto ellos como sus discípulos vuelven a la tierra, y pierden las riquezas por aquel que dijo: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes (I Cor. I, 19). Pues verdaderamente, como salieron del vientre de su madre, de la Iglesia perversa, y contraria a ella, de la cual está escrito: Pero la Jerusalén de arriba es libre, que es madre de todos nosotros (Gál. IV, 26), así desnudos irán al viento, y trabajarán en vano. Quienes se agotaron investigando con investigación (Sal. LXIII, 7), y son llevados por todo viento de doctrina, ni tienen luz, sino que comen sus sacramentos en tinieblas. Siempre están en debilidad, siempre en ira, atesorando para sí ira en el día de la ira, y no teniendo a Dios propicio.

He aquí lo que yo he visto que es bueno y óptimo: comer, beber y disfrutar de la felicidad en todo su trabajo, en el cual ha trabajado bajo el sol, durante el número de días de su vida que Dios le ha dado, pues esta es su parte. Y también todo hombre a quien Dios ha dado riquezas y bienes, y le ha concedido que disfrute de ellos, tome su parte y se alegre en su trabajo, esto es un don de Dios. Porque no recordará mucho los días de su vida, ya que Dios ocupa su corazón en la alegría. En comparación con aquel que se alimenta de sus riquezas en las tinieblas de las preocupaciones, y con gran tedio de vida acumula lo que perecerá, se dice que es mejor aquel que disfruta de lo presente. Pues aquí hay al menos un pequeño placer en disfrutar: allí, en cambio, solo hay preocupación por la magnitud. Y da razones de por qué es un don de Dios poder disfrutar de las riquezas. Porque no recordará mucho los días de su vida. Dios lo distrae en la alegría de su corazón: no estará en tristeza, no será atormentado por pensamientos, llevado por la alegría y el placer presente. Pero es mejor, según el Apóstol (I Cor. X, 3), entender que el alimento espiritual y la bebida espiritual son dados por Dios, y ver la bondad en todo su trabajo, porque con gran esfuerzo y dedicación podemos contemplar los verdaderos bienes. Y esta es nuestra parte, alegrarnos en nuestro esfuerzo y trabajo. Lo cual,

aunque es bueno, sin embargo, hasta que Cristo se manifieste como nuestra vida, no es aún plenamente bueno. Y por eso Dios no recordará mucho los días de nuestra vida. También se debe notar que aquí περιπασμός se toma en el mejor sentido como ocupación de la verdadera alegría espiritual.

(Cap. VI.) Hay un mal que he visto bajo el sol, y es frecuente entre los hombres. Un hombre a quien Dios ha dado riquezas, bienes y gloria, y no le falta nada de todo lo que su alma desea, pero Dios no le ha dado el poder de disfrutar de ello, sino que un extraño lo consume. Esto es vanidad y un mal doloroso. Si un hombre engendra cien hijos, y vive muchos años, y son más los días de sus años, y su alma no se llena de bienes, y no tiene sepulcro, digo que es mejor que él un aborto. Porque viene en vanidad, y va en tinieblas, y su nombre se oculta en las tinieblas. Y aunque no ha visto el sol, ni lo ha conocido, tiene más descanso que aquel. Y si viviera mil años dos veces, y no viera la bondad, ¿no van todos al mismo lugar? Describe al rico avaro, y afirma que este mal es frecuente entre los hombres, que no le falta nada de lo que en el mundo se considera bueno, y sin embargo se tortura con la más estúpida avaricia, guardando para que otros lo devoren. También añade hiperbólicamente que incluso si engendrara cien hijos, y no, como Adán, viviera cerca de mil, sino dos mil años, y su alma se consumiera por la codicia y la avaricia: estaría en una condición mucho peor que un aborto, que tan pronto como nace, perece. Porque aquel no vio ni el mal ni el bien: pero este, aunque poseyó bienes, siempre fue atormentado por tristezas y pensamientos: y el aborto tiene más descanso que el avaro longevo: y sin embargo ambos son arrebatados por un fin igual, ya que tanto este como aquel son llevados por una muerte similar. Esto también puede aplicarse a Israel, que Dios le dio la Ley, los Profetas, el Testamento y la promesa, diciendo el Salvador: Porque el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que produzca sus frutos (Matt. XXI, 43). Todo esto ha sido trasladado a un pueblo extraño y extranjero de entre las naciones, y ven sus bienes, y no los disfrutan. Y nosotros somos de una condición mucho mejor, que éramos considerados como abortivos y novatos por aquellos que se jactaban de sus padres en la antigüedad y decían: Nuestro padre es Abraham (Joan. VIII, 39): y sin embargo, tanto nosotros como ellos nos apresuramos a un mismo lugar, es decir, al juicio de Dios. Pero lo que dice en medio: Y ciertamente no tuvo sepulcro; o bien significa que ese rico no piensa en su muerte, y aunque lo posee todo, incluso en la construcción de su sepulcro es avaro; o que a menudo, debido a esas riquezas, es asesinado por insidias, y arrojado sin sepultura; o, lo que creo mejor, que no ha hecho ninguna buena obra de la que pueda obtener memoria entre los descendientes, y no pasar su vida en silencio, como las bestias, teniendo la materia por la cual podría haber mostrado que vivió.

Todo el trabajo del hombre es para su boca, y sin embargo su alma no se llenará. ¿Qué más tiene el sabio que el necio, qué el pobre, sino saber cómo ir contra la vida? Todo lo que los hombres trabajan en este mundo, se consume en la boca, y triturado por los dientes, se entrega al vientre para ser digerido. Y aunque deleite un poco el paladar, parece proporcionar placer solo mientras se retiene en la garganta. Pero cuando ha pasado al estómago, deja de haber diferencia entre los alimentos. Y después de todo esto, el alma del que come no se llena: ya sea porque desea de nuevo lo que ha comido, y tanto el sabio como el necio no pueden vivir sin alimento, y el pobre no busca otra cosa que cómo puede sostener el órgano de su pequeño cuerpo, y no perecer de inanición: o porque el alma no obtiene ninguna utilidad de la alimentación del cuerpo, y el alimento es común tanto para el sabio como para el necio, y el pobre va donde ve que hay riquezas. Pero es mejor entender esto del hombre eclesiástico, que instruido en las Escrituras celestiales, tiene todo su trabajo en su boca, y su alma no se llena, mientras siempre desea aprender. Y en esto el sabio tiene más que el insensato: porque al sentir que es pobre (y ese pobre es el que en el Evangelio se llama

bienaventurado) se apresura a comprender las cosas que son de vida, y camina por el camino estrecho y angosto que lleva a la vida, y es pobre en malas obras, y sabe dónde mora Cristo, que es la vida.

Mejor es la vista de los ojos que el andar del alma. Pero esto también es vanidad y presunción del espíritu. Symmachus lo interpretó claramente, diciendo: Es mejor prever que andar como se quiere; es decir, es mejor actuar según el sentido, que es el ojo del alma, que seguir la voluntad del corazón. Esto es andar en el alma, como dice Ezequiel: Que andan en la voluntad de su corazón (Ezech. II, 21). O ciertamente reprende al soberbio y complaciente consigo mismo, y dice que es mejor aquel que prevé todo, que aquel a quien no le agrada nada, sino lo que él mismo ha hecho: que no hay nada peor, ni más vano que cualquier viento. Nuevamente aquí, la presunción del espíritu, Aquila y Theodotio la interpretaron como pasto del viento; Symmachus, como aflicción del espíritu. Además, se debe saber que entre los hebreos, tanto el espíritu como el viento se llaman de la misma manera, es decir, RUHA.

¿Qué es lo que ha de ser? Ya se ha llamado su nombre, y se ha conocido que es hombre, y no podrá ser juzgado con uno más fuerte que él. Se predica abiertamente sobre la venida del Salvador, que el que ha de venir, antes de ser visto en el cuerpo, ya se ha llamado su nombre en las Escrituras, y ha sido conocido por los profetas y santos de Dios: que es hombre, y según esto, que es hombre, no puede compararse con el Padre, y en el Evangelio dice: El Padre que me envió, es mayor que yo (Joan. XIV, 28). Por lo tanto, en lo que sigue se nos advierte que no busquemos más de lo que está escrito sobre él, no sea que el hombre quiera saber más de lo que la Escritura ha testificado. Porque cuando ignoramos nuestro estado, y nuestra vida pasa como una sombra, y el futuro es incierto, no nos conviene buscar cosas mayores de lo que podemos. Algunos creen que en este lugar se significa que Dios ya conoce el nombre de todos los que han de ser, y que han de ser rodeados de cuerpo humano: y que el hombre no puede responder contra su artífice, por qué ha sido hecho así o de otra manera. Porque cuanto más busquemos, más se mostrará nuestra vanidad y palabras superfluas: y no se quita el libre albedrío por la presciencia de Dios, sino que las causas preceden a cada cosa que ha sido hecha así.

Porque hay muchas palabras que multiplican la vanidad. ¿Qué más tiene el hombre? ¿Quién ha conocido qué es bueno para el hombre en la vida, el número de los días de su vida de vanidad? y los hará como una sombra, porque ¿quién anunciará al hombre qué será después de él bajo el sol? Cuando, dice, el hombre ignora su estado, y lo que parece saber y ver, no es como la verdad de la cosa, sino que ve a través de un espejo, y sombra e imagen, y no conoce el futuro, y en la mucha palabrería no escapa del pecado; ponga silencio en su boca, y crea que ha venido el que está escrito, cómo, y cuánto, y de qué manera ha venido, sin indagar.

(Cap. VII.) Mejor es el buen nombre que el buen ungüento, y el día de la muerte que el día de su nacimiento. Considera, dice, oh hombre, tus días breves, y que pronto, al disolverse la carne, cesarás: hazte una fama más larga, para que así como el ungüento deleita las narices con su olor, así toda la posteridad se deleite con tu nombre. Symmachus lo interpretó claramente, diciendo: Mejor es el buen nombre que el ungüento de buen olor. Pues es costumbre de los hebreos llamar al buen ungüento, aceite. Y lo que dice: Y el día de la muerte que el día de su nacimiento, o bien muestra que es mejor salir del mundo, y carecer de tribulaciones y del estado incierto de la vida, que al entrar en el mundo, soportar todo esto. O ciertamente que en la muerte, se sabe cómo somos: en el comienzo del nacimiento, se ignora cómo seremos. O que el nacimiento ata al cuerpo la libertad del alma, la muerte la libera.

Mejor es ir a la casa de luto que a la casa de banquete, en la cual es el fin de todo hombre: y el que vive, lo pondrá en su corazón. Es más útil ir a un funeral que a una casa de banquete, porque allí se nos recuerda nuestra condición y fragilidad humana por el cadáver presente. En la alegría del banquete, incluso si parece que teníamos algún temor, lo perdemos. Symmachus interpretó el último verso más claramente, diciendo: Y el que vive, mirará a su mente. De lo cual se aprueba que, en lo que antes parecía aprobar el alimento y la bebida, no prefiere el placer a todas las cosas, como muchos piensan erróneamente: sino que en comparación con la avaricia y la excesiva parsimonia, aunque sea breve, es mejor si al menos por un momento alguien disfruta de sus riquezas. Pues nunca habría preferido la tristeza del luto a la festividad del banquete, si hubiera pensado que beber y comer tenía algún valor.

Mejor es la ira que la risa, porque en la tristeza del rostro se enmendará el corazón. La risa disuelve al que ríe: la ira corrige y enmienda. Enfurezcámonos también con nosotros mismos, si alguna vez pecamos, enfurezcámonos también con los demás. Pues por la tristeza del rostro, el alma se hará mejor, como interpretó Symmachus. Y por eso: Ay de vosotros que ahora reís, porque lloraréis (Luc. VI, 25).

El corazón de los sabios está en la casa de luto, y el corazón de los insensatos en la casa de la alegría. Bienaventurados, dice el Salvador, los que lloran, porque ellos serán consolados (Matt. V, 5). Y Samuel lloraba por el rey Saúl todos los días de su vida (II Reg. XVI). Y Pablo dice que llora por aquellos que después de varios pecados no quisieron hacer penitencia (II Cor. XII). Por lo tanto, el corazón del sabio debe ir a la casa de tal hombre, que se corrija a sí mismo cuando peca, para que lo lleve a las lágrimas, que provoque a llorar por sus propios pecados, y no vaya a la casa de la alegría, donde el maestro adula y engaña, donde no busca la conversión de los oyentes, sino aplausos y alabanza. Tal maestro es lamentado, rico en palabras, rico en discursos, que porque está saciado, por eso recibe su consolación. Finalmente, los versículos siguientes también concuerdan con esta exposición. Pues dice:

Mejor es oír la reprensión del sabio que al hombre que escucha la canción de los necios. Porque como el sonido de las espinas bajo la olla, así es la risa del necio. Pero esto también es vanidad. Pues es mejor ser reprendido por un sabio que ser engañado por la adulación del que halaga. Lo cual es similar a aquello: Mejores son las heridas del amigo que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6). Porque como el sonido de las espinas ardiendo bajo la olla, produce un ruido desagradable: así las palabras del maestro que halaga no serán de provecho, ya sea exhortando a sus oyentes a las preocupaciones del mundo, que se interpretan como espinas, o preparándolos para el fuego futuro. Symmachus, en lugar de lo que hemos puesto: Porque como el sonido de las espinas bajo la olla, así es la risa del necio, interpretando este sentido que hemos discutido antes, dice: Porque por la voz de los inexpertos, alguien puede ser atado con cadenas, es decir, a la voz de tales maestros, el oyente se enreda más, mientras cada uno es atado con las cadenas de sus propios pecados.

La calumnia perturba al sabio, y pierde el corazón de su fortaleza (Prov. IX, 8). Ahora toma al sabio en progreso, según aquello: Reprende al sabio, y te amará. Pues el sabio perfecto no necesita corrección, no es perturbado por ninguna calumnia. Usemos este versículo si alguna vez vemos a un hombre justo y sabio soportar calumnias, y ser perturbado por la iniquidad del juicio, y que Dios no acuda inmediatamente en su ayuda. En lugar de lo que los Setenta, Aquila y Theodotio han interpretado, pierde el corazón de su fortaleza, o vigor; Symmachus dice, y pierde el corazón MATTHANA (), es decir, don: uniendo tanto la palabra hebrea como su interpretación, y haciendo aquel sentido que está escrito en otro lugar: Los regalos ciegan incluso los ojos de los sabios (Deut. XVI, 19).

Mejor es el final del discurso que su principio. Son mejores los epílogos en el discurso que el exordio. Pues en aquellos se termina la preocupación del que habla, en este comienza. O ciertamente así: El que comienza a escuchar el discurso, y va al maestro, está en el principio; pero el que escucha lo último, está consumado y perfecto. Pero también puede entenderse de esta manera: Mientras estamos en este mundo, todo lo que sabemos es principio: pero cuando venga lo que es perfecto, estaremos en lo último y consumado. El hebreo ha discutido este lugar con el siguiente versículo: Es mejor considerar el fin del asunto que su principio, y ser paciente que ser arrebatado por la furia de la impaciencia. Aprendemos también de esta pequeña sentencia, que no hay sabiduría en los hombres, ya que es mejor callar que hablar; y porque cuando el discurso ha terminado, el oyente reflexiona dentro de sí mismo sobre lo que se ha dicho: pero cuando comenzamos a hablar, aún no ha recibido ninguna utilidad.

Mejor es el paciente que el altivo de espíritu. Porque antes había concedido la ira, diciendo: Mejor es la ira que la risa, no pensemos que se alaba la ira que está en la pasión, ahora ordena que se quite completamente la ira. Pues allí la puso para la corrección de los pecadores, y la instrucción de los menores: aquí, en cambio, refrenó la impaciencia. Pero la paciencia no solo es necesaria en las angustias, sino también en las alegrías, para que no nos exaltemos más de lo que conviene. Me parece que el que ahora se llama altivo de espíritu en el Evangelio, es contrario al pobre de espíritu, que también se pone en la bienaventuranza.

No te apresures en tu espíritu a enojarte, porque la ira reposa en el seno de los necios. No porque conceda que se debe enojar más lentamente, por eso ahora dice: No te apresures en tu espíritu a enojarte; sino que cuando la ira es furiosa y reciente, si se difiere, se calma más fácilmente, y puede ser quitada. Y porque la ira siempre está unida a la soberbia, deseando venganza, antes dijo que el paciente es mejor que el altivo de espíritu, y ahora da una señal de insensatez: porque aunque alguien sea considerado poderoso y sabio, si es iracundo, se le acusa de insensato: Pues la ira reposa en el seno de los necios.

No digas: ¿Por qué ha sucedido esto? Porque los días anteriores eran mejores que estos; pues no has preguntado sabiamente sobre esto. No prefieras el siglo antiguo al presente, porque uno y otro tienen a Dios como creador. Las virtudes hacen buenos los días para el que vive, los vicios, malos. No digas, por tanto, que los días eran mejores bajo Moisés, y bajo Cristo, que ahora. Pues también en aquel tiempo hubo muchos incrédulos, y sus días se hicieron malos, y ahora se encuentran muchos creyentes, de los cuales dice el Salvador: Bienaventurados los que no vieron, y creyeron (Joan. XX, 29). De otra manera: Debes vivir de tal manera que siempre los días presentes sean mejores para ti que los pasados, no sea que cuando comiences a decaer poco a poco, se te diga: Corríais bien, ¿quién os impidió obedecer a la verdad? (Gal. V, 7). Y de nuevo: Comenzando en el espíritu, ahora os perfeccionáis en la carne (Ibid. III, 3). De otra manera: No digas que los tiempos eran mejores en la época de Moisés que ahora en la de Cristo, de la Ley que de la Gracia. Pues si quisieras buscar esto, lo haces imprudentemente, no viendo cuánto dista el Evangelio del Antiguo Testamento.

Buena es la sabiduría con herencia, y más para los que ven el sol, porque como la sombra de la sabiduría, así es la sombra del dinero: y lo que es más, la ciencia de la sabiduría vivificará al que la posee. Es de mayor gloria el sabio con riquezas, que solo el sabio. Pues algunos necesitan sabiduría, otros riquezas, y el que es sabio y no rico, puede enseñar lo que es bueno, pero a veces no puede proporcionar lo que se pide. Y por eso dice: Porque como la sombra de la sabiduría, así es la sombra del dinero, es decir, como protege la sabiduría, así a veces protege el dinero. Y para que no parezca que ha disminuido la sabiduría, al someterla a un bien fortuito (pues no está en nuestro poder tener riquezas, que a menudo poseen más los injustos) por eso demuestra que la sabiduría es mayor, diciendo: Y más, la ciencia de la

sabiduría vivificará al que la posee. En esto, dice, la sabiduría es mayor que las riquezas, porque sin ningún bien material vivifica al que la posee.

Algunos interpretan este pasaje de la siguiente manera: La herencia, dicen, se refiere a la buena conducta, por la cual somos herederos de Dios y coherederos de Cristo. Por lo tanto, el Eclesiastés quiere enseñar cuán diferentes son aquellos que merecen ver el sol de justicia y tienen sabiduría con buena conducta, de aquellos que, sin sabiduría, solo se han dedicado a la vida y al estudio de la conducta. Esto también lo muestra Daniel, diciendo: Los entendidos brillarán como el resplandor del firmamento (Dan. XII, 3). O como lo interpretó Teodocio: Como el resplandor del firmamento. Pero aquellos que cumplan mis palabras, como las estrellas del cielo. La sombra del dinero, o de la riqueza, debemos entenderla según la anagogía de la que se recogen los talentos y las minas en las parábolas del Evangelio (Mat. XXV, Luc. XIX), para que cuando estemos bajo la sombra de la sabiduría y bajo la sombra de tal riqueza: De día el sol no nos quemará, ni la luna de noche (Sal. CXX). Pero también se puede decir que nuestra vida en la tierra es una sombra: Y el espíritu de nuestro rostro es Cristo el Señor, a quien dijimos: Viviremos en su sombra entre las naciones (Lam. IV, 20). Toda nuestra protección en esta tierra es como una sombra, ya sea de sabiduría o de la riqueza mencionada, hasta que llegue el día y se disipen las sombras. Símaco, como es su costumbre, también interpretó este pasaje de manera más clara, diciendo: Como protege la sabiduría, así protege la riqueza. El siguiente versículo claramente exhorta al estudio de la ciencia.

Observa las obras de Dios, porque ¿quién podrá enderezar lo que Él ha torcido? Y en este pasaje, Símaco tradujo: Aprende las obras de Dios, porque nadie podrá corregir lo que Él ha disminuido, es decir, te basta con las Escrituras sagradas o con la misma contemplación de los elementos, saber y entender lo que ha sido hecho: sin embargo, no busques las causas y razones de por qué cada cosa ha sido hecha así, o por qué debería haber sido hecha de otra manera. Por ejemplo, si alguien quiere preguntar por qué Dios le habla a Moisés de esta manera: ¿Quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego, no soy yo el Señor Dios? (Éxodo IV, 12). Y diga: ¿Por qué fueron creados el ciego, el sordo y el mudo, y otras cosas similares? Debemos tomar en este pasaje el testimonio del salmo diecisiete, en el que se dice al Señor: Con el santo serás santo, y con el perverso te pervertirás. Y se debe decir que el Señor es santo con aquel que es santo, y se pervierte con aquel que por su propia voluntad ha sido antes perverso. Según lo que también está escrito en el Levítico: Si andan conmigo con perversidad, yo también andaré con ellos en mi furia perversa (Lev. 26, 27). Esto también puede explicar por qué el Señor endureció el corazón del faraón. Porque así como una misma operación del sol derrite la cera y seca el barro, y por su sustancia la cera se derrite y el barro se seca: así una misma operación de los signos de Dios en Egipto ablandaba los corazones de los creyentes y endurecía a los incrédulos, quienes según su dureza y corazón impenitente, atesoraban para sí mismos ira en el día de la ira por estas maravillas, que al verlas suceder, no creían.

En el día de la bondad, sé bueno, y en el día malo, observa. Y ciertamente esto lo hizo Dios para hablar, para que el hombre no encuentre nada después de Él. Sé que escuché en la Iglesia de aquel que se consideraba tener conocimiento de las Escrituras, que estos versículos fueron explicados así. «Mientras estés en este siglo presente, y puedas hacer alguna obra buena, trabaja, para que después tú mismo, seguro en el día malo, es decir, en el día del juicio, veas a otros ser atormentados. Porque así como Dios hizo este siglo presente, en el cual podemos preparar el fruto de las buenas obras; así también el futuro, en el cual no se da la oportunidad de hacer buenas obras.» Pareció ciertamente persuadir al decir esto a los

oyentes: pero me parece que el sentido es otro, que también Símaco tradujo, diciendo: En el día bueno, sé bueno; pero observa el día malo. Porque esto lo hizo Dios de manera similar, para que el hombre no encuentre nada de qué quejarse contra Él. Y soporta tanto lo bueno como lo malo, según te sucedan. No pienses que solo hay naturaleza de cosas buenas o malas en el mundo, ya que este mundo subsiste de contrarios diversos, cálidos y fríos, secos y húmedos, duros y blandos, oscuros y luminosos, malos y buenos. Esto lo hizo Dios para que la sabiduría tenga lugar en elegir el bien y evitar el mal, y se deje al hombre el libre albedrío, para que no diga que fue creado insensible y necio por Dios; sino que Él hizo las cosas diversas para que el hombre no pueda quejarse de su condición. Al mismo tiempo, este testimonio se unirá consecuentemente a los anteriores, en los que dice: ¿Quién podrá adornar lo que Dios ha pervertido?

Todo lo vi en los días de mi vanidad. Hay un justo que perece en su justicia, y hay un impío que prolonga su vida en su maldad. A esto, el Salvador en el Evangelio dice algo similar: El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará (Mat. X, 59). Los Macabeos, por la ley de Dios y la justicia, parecieron perecer en su justicia, y los mártires que derramaron su sangre por Cristo. Por el contrario, aquellos que en ese tiempo comieron carne de cerdo y después del advenimiento del Señor sacrificaron a los ídolos, estos parecieron vivir en este siglo y perseverar en su maldad por mucho tiempo. Pero la paciencia de Dios es en secreto, y tribula ahora a los santos, para que reciban males en su vida, y no visita a los pecadores por su crimen, y como si los reservara para el sacrificio, para que pueda restituirles bienes eternos a aquellos, y a estos infligirles males perpetuos. Los hebreos sospechan que los justos que perecen en su justicia son los hijos de Aarón, que al pensar que actuaban justamente, ofrecieron fuego extraño. Y al impío que prolonga su vida en su maldad lo llaman Manasés, quien después de la cautividad fue restituido en el reino y vivió mucho tiempo.

No seas demasiado justo, y no busques más para que no te asombres. Si ves a alguien rígido y severo ante todos los pecados de los hermanos, que ni siquiera perdona al que peca en palabra, ni al que a veces se demora por pereza natural, debes saber que este es más justo de lo que es justo. Porque cuando el Salvador manda, diciendo: No juzguéis, para que no seáis juzgados (Luc. VI, 37); y no hay nadie sin pecado, ni siquiera si su vida fuera de un solo día, es una justicia inhumana no perdonar la fragilidad de la condición humana. No seas, pues, demasiado justo, porque un peso grande y un peso pequeño son abominación ante el Señor. Por eso, entre los filósofos, las virtudes están en el medio, y todo lo que es demasiado, ya sea hacia arriba o hacia abajo, se considera un vicio. Lo que dice: No busques más, para que no te turbes, o, para que no te asombres; sabe que nuestra mente no puede comprender la sabiduría perfecta, y nos manda conocer la medida de nuestra fragilidad. Finalmente, también Pablo, a quien podía saber más que un hombre, preguntaba, diciendo: ¿Por qué todavía se queja? Porque, ¿quién resistirá a su voluntad? respondió: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? (Rom. IX, 19), y demás. Porque si aquel que es introducido preguntando hubiera escuchado las causas de la cuestión del Apóstol, tal vez se hubiera quedado atónito de asombro, y hubiera sentido la gracia inútil. Porque hay un don, según el mismo Apóstol, que no beneficia a quien se le da. Los hebreos interpretan este mandato, es decir: No seas demasiado justo, sobre Saúl, quien tuvo piedad de Agag, a quien el Señor había mandado matar (I Sam. XV). Pero también aquel siervo del Evangelio (Mat. XVIII), a quien el Señor perdonó, y él mismo no quiso perdonar a su consiervo, puede ser adaptado a este versículo, que fue demasiado justo.

No actúes impiamente mucho, y no seas necio; ¿por qué morirás antes de tu tiempo? Cuando el Señor dice: No quiero la muerte del que muere, solo que se convierta y viva (Ezequiel

XVIII, 32): Basta con haber pecado una vez; debemos levantarnos después de la caída. Porque si, según aquellos que discuten sobre lo físico, la golondrina sabe curar a sus crías con su hierba, y las cabras heridas buscan el dictamo; ¿por qué nosotros ignoramos que la medicina del arrepentimiento está propuesta para los pecadores? Lo que dice: No mueras antes de tu tiempo (Num. XVI); sabemos que Coré, Datán y Abirón, por la sedición contra Moisés y Aarón, fueron devorados por la repentina apertura de la tierra, y para la corrección de otros, muchos han sido juzgados en esta vida antes del día del juicio. Lo que dice, por tanto, es: No añadas pecado a pecado, para que no provoques a Dios a infligirte castigo incluso aquí.

Es bueno que te aferres a esto. Y ciertamente de esto no sueltes tu mano; porque el que teme a Dios saldrá de todo. Es bueno hacer el bien a los justos, pero también hacer el bien a los pecadores no es injusto. Es bueno sostener a los domésticos de la fe, pero también está mandado dar a todo el que pide. Porque el que teme a Dios, e imitador de su Creador, que hace llover sobre justos e injustos, se apresura a hacer el bien a todos sin distinción de personas. De otra manera: Porque esta vida miserable varía diariamente con diversos eventos, tanto adversos como prósperos, el ánimo del justo debe prepararse y pedir la misericordia del Señor, para que lo que sea que suceda, lo soporte con mente equilibrada. Porque el que teme a Dios, ni se eleva con lo próspero, ni se deprime con lo adverso.

La sabiduría fortalecerá al sabio, sobre diez que tienen poder en la ciudad: porque no hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque. Por eso la sabiduría fortalece al justo, y el auxilio de todos los príncipes de la ciudad lo supera, porque aunque alguien sea justo, sin embargo, mientras esté en esta carne, está sujeto a vicios y pecados, y necesita mayor auxilio. De otra manera: Los diez que tienen poder y están en la ciudad son ángeles, que han alcanzado el número perfecto de diez, y ayudan al género humano. Pero si alguien considera todos los auxilios, el auxilio de la sabiduría, es decir, de nuestro Señor Jesucristo, es mayor. Porque después de que los ángeles dijeron: Curamos a Babilonia, y no fue curada, dejémosla, y que cada uno se vaya a su tierra (Jer. LI, 8), entonces el maestro de los médicos mismo descendió, y rociados con su sangre, y empapados en el cruento de los pecados que habíamos gastado toda nuestra sustancia en médicos, nos sanó con el toque de su manto (Luc. VIII). Sin embargo, sanó en la ciudad, es decir, en este mundo, y fortaleció al sabio, o, como tradujeron los Setenta, ayudó. Porque a todo el que tiene, se le dará, y se le añadirá. Pero como el hombre, puesto en pecados y hundido en el lodo del abismo, necesitaba mayor auxilio; por eso vino la misma Sabiduría. De otra manera: Arriba había dicho que se debe hacer el bien tanto a los domésticos como a los extraños. Por lo tanto, alguien podría responder: Si quiero hacer el bien a todos, no tengo con qué hacerlo. Y el justo no puede tener tantas riquezas, que suelen abundar más en los pecadores; por eso ahora dice: A quienes no puedes ayudar con bienes, ayúdalos con consejo, consuélalos. Porque más puede la sabiduría en la angustia que cualquier gran poder. Y haz esto mismo con prudencia. Porque la balanza de la justicia es grande, y a quién, y cuánto, y por cuánto tiempo, y qué tipo de ayuda, ya sea en bienes o en consejo, se debe dar.

Y ciertamente en todas las palabras que hablen, no pongas tu corazón: porque no escucharás a tu siervo maldiciéndote. Porque frecuentemente sabe tu corazón que también tú maldijiste a otros. Haz lo que está mandado, y fortalecido con la ayuda de la sabiduría, prepara tu corazón tanto para lo bueno como para lo malo, y no te preocupes por lo que digan de ti los enemigos, ni por la opinión que haya afuera. Porque así como es de un hombre prudente no escuchar al siervo murmurante, ni prestar oído curioso a lo que diga de él en su ausencia: si hace esto, siempre estará en tribulación, y se moverá a ira por la murmuración del siervo; así también es de un hombre sabio seguir la sabiduría que le precede, y no considerar los rumores vanos.

Pero también enseña con otro ejemplo que el hombre justo no debe preocuparse en absoluto por lo que los hombres digan, diciendo: Así como tu conciencia sabe que tú has hablado de muchos, y a menudo has criticado a otros: así también debes perdonar a los que te critican. Y enseña al mismo tiempo que no se debe juzgar fácilmente, y que quien tiene una viga en su ojo, no debe hablar de la paja en el ojo ajeno.

Todo esto lo intenté en sabiduría, y dije: Me haré sabio, y ella se hizo más lejana de mí, más de lo que era: y una profundidad alta, ¿quién la encontrará? Dice que, como también testifican los libros de los Reyes (III Reg. III, y IV), buscó la sabiduría más allá de todos los hombres, e intentó llegar a su fin, pero cuanto más la buscó, menos la encontró, y sumido en la oscuridad media, rodeado de las tinieblas de la ignorancia. De otra manera: El hombre que ha sido instruido en las Escrituras, cuanto más comienza a saber, tanto más cada día le surge mayor oscuridad en ellas. De otra manera: La contemplación de la sabiduría en esta vida se ve en un espejo y en imagen: cuando, por tanto, recuerde que en el futuro se revelará el conocimiento de ella cara a cara, entonces reconoceré claramente que ahora estoy lejos de su conocimiento.

Recorrí yo y mi corazón, para saber, y considerar, y buscar sabiduría, y razón, y para conocer la impiedad del necio y el error de los imprudentes. Y encuentro yo más amarga que la muerte a la mujer, que es un lazo, y su corazón es una red, sus manos son cadenas. El bueno delante de Dios se librará de ella, el pecador será atrapado en ella. Por lo que los Setenta pusieron: Recorrí yo y mi corazón, para conocer, Símaco interpretó, diciendo: Pasé por todo con mi sentido, para saber, y aprender, e investigar. Porque, por tanto, el Eclesiastés había dicho que intentó todo en sabiduría, y cuanto más la buscó, tanto más ella se alejó; ahora dice que también buscó en su sabiduría qué mal en las cosas humanas precede a todos los males, y qué cosa en impiedad, necedad, error, locura tiene el principado. Y dice que encontró que la cabeza de todos los males es la mujer: porque por ella la muerte entró en el mundo, y captura las preciosas almas de los hombres. Todos los que adulteran, como horno son sus corazones: que hizo volar los corazones de los jóvenes. Y cuando cae en la mente del miserable amante, lo arrastra al precipicio: ni le permite mirar sus propios pies, sino que como un lazo, y una red, atrapa el corazón del joven. Porque sus manos son cadenas. Por lo que Aquila interpretó: Sus manos están atadas, lo que en lengua hebrea se dice ASSURIM. Puede persuadir, pero no puede forzar: ni atraer a los que no quieren. El justo que sea, y bueno delante de Dios, se librará de ella: el pecador será llevado a la muerte. No pensemos que Salomón pronunció esta sentencia sobre el género femenino sin razón: lo que experimentó, lo dice. Por eso ofendió a Dios, porque fue capturado por mujeres. Y esto según la letra. Pero según la inteligencia espiritual, o llamamos mujer a todo pecado en general y a la iniquidad, que bajo la apariencia de mujer se sienta en Zacarías sobre el talento de plomo (Zac. V, 7): o tomamos al diablo tropológicamente como mujer, por sus fuerzas afeminadas: o ciertamente la idolatría, y para acercarnos más, la Iglesia de los herejes, que llama al insensato de mente a sí misma, para que inducido acepte panes robados, y agua robada, es decir, el falso sacramento, y el bautismo contaminado.

He aquí lo que he encontrado, dijo el Eclesiastés, una a una, para encontrar el número que aún buscaba mi alma, y no lo encontré. Encontré un hombre entre mil, y una mujer entre todas estas no encontré. Solo esto encontré: que Dios hizo al hombre recto; pero ellos buscaron muchas artimañas. Esto, dice, descubrí, examinando todo diligentemente, que pecando poco a poco, y añadiendo un delito a otro, hacemos una gran suma de pecados. Esebon, que todos con voz unánime tradujeron como λογισμὸν, según la ambigüedad del idioma hebreo, podemos decir número, suma, razón y pensamiento. Pero también esto, dice,

buscó mi alma, si se encuentra una mujer recta. Y aunque apenas encontré pocos hombres buenos, de modo que de mil uno pudo ser encontrado, no pude encontrar en absoluto una mujer buena. Pues todas me llevaron no a la virtud, sino a la lujuria. Y porque el corazón del hombre está inclinado al mal desde su juventud (Gén. VIII, 21), y casi todos ofendieron a Dios: en esta ruina del género humano, la mujer es más propensa a caer. De la cual también el poeta gentil dice: "Mujer, siempre variable y mudable" (Virg. IV, Eneida. V. 35). Y el Apóstol: "Siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad" (II Tim. III, 7). Y para que no pareciera condenar la naturaleza común de los hombres, y hacer a Dios autor del mal, siendo creador de tales que no pueden evitar el mal, prudentemente previno, y dijo que fuimos creados buenos por Dios: pero porque fuimos dejados con libre albedrío, por nuestro vicio caemos a lo peor, mientras buscamos lo más grande, y pensamos en cosas más allá de nuestras fuerzas. De otra manera: Cada día, poniendo la razón de cada cosa conmigo, no pude encontrar ningún pensamiento que no fuera perturbado externamente por un pensamiento perverso. Pero entre mil hombres encontré a uno que fue creado a imagen del creador: y entre mil no cualquiera, sino entre mil hombres: cuyo número la mujer no pudo completar. Y entre mil que no se acercaron a la mujer, y por eso permanecieron purísimos. Todo esto debe ser entendido de manera tropológica. Pues en muchos estudiosos, y sudando en la meditación diaria, apenas se encuentra un pensamiento puro, y digno del nombre de hombre. Podemos también tomar pensamientos por hombres, mujeres por obras, y decir que difícilmente se puede encontrar un pensamiento puro de alguien. Las obras, porque se administran a través del cuerpo, siempre están mezcladas con algún error. Por lo que interpretamos el discurso hebreo diciendo: "Una a una, para encontrar el número, o suma, o razón, o pensamiento": Symmachus lo interpretó más claramente como "encontrar una razón una a una". Pues lo que solemos llamar absolutamente y de manera neutral, es decir, esto busqué, esto quise encontrar, los hebreos lo pronuncian en género femenino, como en el salmo: "Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré" (Sal. XXVI, 4), por lo que es, uno.

(Cap VIII) ¿Quién es como el sabio; y quién conoce la solución de la palabra? La sabiduría del hombre iluminará su rostro: y el fuerte cambiará su semblante. Antes había enseñado que es difícil encontrar un hombre bueno, y había resuelto la cuestión que venía en contra: que Dios creó a los hombres buenos, pero por su propia voluntad cayeron en pecados. Ahora, como jactándose, enumera lo que Dios ha dado de bueno al hombre, a saber, sabiduría, razón y providencia, conocer los misterios ocultos de Dios, entrar en sus secretos con el sentido del corazón. Habla oblicuamente de sí mismo, que nadie ha sido tan sabio como él, y nadie ha sabido así las soluciones de los problemas, y su sabiduría ha sido alabada por todo el pueblo, que no solo ha estado oculta internamente; sino que también ha brillado en la superficie del cuerpo y en el espejo del rostro, y ha pintado en su rostro la prudencia de la mente más allá de todos los hombres. Los Setenta, por lo que nosotros pusimos: "¿Quién es como el sabio?", tradujeron: "¿Quién conoce a los sabios?". Y por lo que dijimos: "Y el fuerte cambiará su semblante", pusieron: "Y el impudente será odiado por su rostro". Y en verdad, aunque hay muchos que prometen sabiduría, es difícil encontrar quién pueda discernir al verdadero sabio de aquellos que parecen ser sabios. Y aunque hay muchos que dicen poder resolver los secretos de las Escrituras, es raro encontrar quien halle la verdadera solución. Lo que sigue: "La sabiduría del hombre iluminará su rostro, y el impío será odiado por su rostro", podemos explicarlo poniendo las palabras de Pablo: "Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor" (II Cor. III, 18): y del salmista que canta: "Señor, la luz de tu rostro ha sido sellada sobre nosotros" (Sal. IV, 7). Aquí no se refiere a otra sabiduría del hombre que no sea la sabiduría de Dios. Que siendo la sabiduría de Dios, comienza a ser de aquel que ha merecido tenerla, según la capacidad del hombre. Todo hereje y defensor de un dogma falso, tiene un rostro impudente. De hecho, Marción y Valentín dicen ser de una

naturaleza mejor que la del creador. Y esto podría soportarse en parte, si afirmaran tener la esperanza de esta cosa, y no ya poseer la naturaleza.

Yo guardo la boca del rey, y la palabra del juramento de Dios. No te apresures a alejarte de su presencia, y no te mantengas en una mala palabra, porque todo lo que quiera, lo hará. Como diría el rey, teniendo poder: y ¿quién le dirá, qué haces? Parece, en efecto, ordenar según el Apóstol, obediencia a los reyes y potestades (A Tito, III, 1), especialmente los Setenta Intérpretes diciendo en modo imperativo: "Guarda la boca del rey"; pero yo creo que ahora se dice de aquel rey, de quien David dice: "Señor, el rey se alegrará en tu poder" (Sal. XX, 1). Y en otro lugar, para significar el reino único del Padre y del Hijo, la Escritura menciona: "Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey" (Sal. LXXI, 1). Pues el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo (Juan V, 22). Este rey, el Hijo de Dios, es el Hijo del rey Padre. Por lo tanto, deben guardarse sus preceptos, su voluntad debe cumplirse. Y esto es lo que se escribe en el libro de Tobías: "Es bueno ocultar el misterio del rey" (Tob. XII, 7). Y especialmente advierte, que no investiguemos por qué Dios ha ordenado cada cosa, sino que cualquier cosa que veamos que es un mandato, la mente piadosa del hombre se apresure a cumplirla. Y en la ley del Señor estará su voluntad. Porque los Setenta lo tradujeron de otra manera, diciendo: "Y del juramento y de la palabra de Dios no te apresures a alejarte de su presencia": se debe saber que el juramento de Dios está escrito en los volúmenes divinos. Este juramento, del verbo de Dios sagrado y arcano, no debemos narrarlo a cualquiera, ni sacarlo a la luz, ni emitir una sentencia apresurada sobre él. Ni, como Moisés, te apresures a ver el rostro de Dios, sino espera hasta que él pase, y solo contemples sus espaldas. También lo que sigue: "No te mantengas en una mala palabra", y demás, lo entendamos sobre aquel que ha sido prevenido por el error de la herejía: o sobre aquel que, aunque tiene la fe de la Iglesia, sin embargo es vencido por los pecados, para que sea infiel. No perseveres en la detracción, ni en el lenguaje obsceno, el lujo, la avaricia, la lujuria. Si perseveras, el rey de los vicios y del pecado, el diablo, operará tu perdición, y hará lo que quiera.

Quien guarda el mandamiento, no conocerá la palabra mala: y el corazón del sabio conoce el tiempo y el juicio. Es de notar que "no conocerá la palabra mala" se ha puesto por "no sufrirá", o "no estará en él". Pues también del Salvador está escrito así: "Quien no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado" (II Cor. V, 21). Symmachus interpretó la palabra como "cosa", diciendo: "Quien guardare el mandamiento, no experimentará cosa mala". Ha ordenado, por tanto, que se conserve el mandato del rey, y saber qué, y por qué, y en qué tiempo lo ordena.

Porque para todo negocio hay tiempo y juicio. La aflicción del hombre es mucha sobre él, porque no sabe lo que será; como será, ¿quién se lo anunciará? Aunque sucedan cosas diversas, y el justo no pueda saber lo que le sucederá, ni conocer las causas y razones de cada cosa (pues nadie es consciente de lo futuro), sin embargo, sabe que todo se hace por Dios para la utilidad de los hombres, y no se dispone sin su voluntad. Pues es una gran aflicción del género humano, porque como dice el Poeta (Eneida. X, 501): "La mente de los hombres, ignorante del destino y de la suerte futura, espera una cosa, y otra sucede: espera al enemigo de un lugar, y es herido por el dardo de otro". Por lo que los Setenta Intérpretes y Teodocio dijeron: "Porque la ciencia del hombre es mucha sobre él", en hebreo tiene "maldad", no "ciencia": pero porque las letras RES y DALETH del hebreo, excepto por un pequeño ápice, son similares, en lugar de RAATH (), leyeron DAATH (), es decir, en lugar de "maldad", "ciencia". Esto lo sabrá mejor quien tenga conocimiento de esa lengua. También lo que está escrito al final de estos versículos: "Porque no sabe lo que ha sido hecho; y lo que será después de él, ¿quién se lo anunciará?", lo hemos traducido ahora palabra por palabra del

hebreo, para que sepamos que hay otro sentido, que no podemos conocer ni lo que ha pasado, ni lo que será, tal como será.

No hay hombre que tenga poder sobre el espíritu, para retener el espíritu, y no hay poder en el día de la muerte, y no hay liberación en la guerra, y la impiedad no salvará al que la tiene. No está en nuestro poder que nuestra alma no sea quitada de nosotros, y cuando el espíritu sale al mandato del Señor, no sirve de nada cerrar la boca, y retener la vida que huye. Y cuando llega la destrucción, enemigo de nuestra vida y adversario, no podemos obtener tregua. Ni los reyes de antaño en el mundo, devastando todo con nuestra impiedad, pueden oponer manos a la muerte: sino que seremos disueltos en ceniza y tierra. No hay, por tanto, que lamentarse si no podemos conocer lo futuro, y a menudo somos oprimidos por inicuos más poderosos, cuando todo termina con la muerte, y el soberbio y poderoso, que ha devastado todo, no puede retener su alma cuando es arrebatada. De otra manera: El espíritu, que dispensa todo, no puede ser prohibido por ningún hombre, ni recibir leyes para respirar. De lo cual también se dijo antes: "Girando, girando, va el espíritu". En el día de la muerte no somos poderosos: pues en el día de la vida el enemigo se evita fácilmente. De igual manera, quien está en guerra, y no tiene la paz de Dios, que supera todo entendimiento, no tendrá liberación, de la cual se dice a la esposa: "Tus emanaciones son un paraíso con fruto de manzanas" (Cant. IV). Y porque la impiedad no salvará al que la tiene, la piedad, por el contrario, salvará. La impiedad puede llamarse el diablo, y la piedad nuestro Señor Jesucristo.

Todo esto vi, y puse mi corazón en toda obra que se hace bajo el sol, y el hombre dominó al hombre para afligirlo. Y entonces vi a los impíos sepultados, y vinieron, y salieron del lugar santo, y fueron alabados en la ciudad, porque así hicieron: pero esto también es vanidad. Porque no hay contradicción para los que hacen el mal rápidamente: por eso el corazón de los hijos de los hombres está lleno en ellos, para que hagan el mal. Puse, dice, mi corazón para observar todo lo que se hace bajo el sol, y esto especialmente, que el hombre recibió poder sobre el hombre, para afligir y condenar a quienes quiera. Así que, dirigiendo mi mente a observar estas cosas, vi a los impíos muertos con tal reputación, y sepultados de tal manera que se les consideraba santos en la tierra, quienes, incluso cuando vivían, se pensaba que eran dignos de la Iglesia y del templo de Dios, además caminando altivos, eran alabados en sus males, como está escrito: "Porque el pecador es alabado en los deseos de su alma, y el que hace iniquidad es bendecido" (Sal. IX, 24). Esto sucede porque nadie se atreve a contradecir a los pecadores, ni Dios castiga inmediatamente el crimen, sino que difiere el castigo, esperando el arrepentimiento. Pero los pecadores, porque no son inmediatamente reprendidos y corregidos, pensando que no habrá juicio, perseveran en el crimen. Podemos usar este testimonio contra los obispos, que han recibido poder en la Iglesia, y escandalizan más a aquellos a quienes debieron enseñar e incitar a mejores cosas. Estos a menudo son alabados después de la muerte en la Iglesia, y se les proclama bienaventurados en lo que no hicieron de manera aprobable, públicamente ya sea por sus sucesores o por los pueblos. Y esto también es vanidad, porque no oyen según lo que hicieron, ni son corregidos inmediatamente en su pecado (pues nadie se atreve a acusar a un superior), por eso, como santos y bienaventurados, y caminando en los preceptos del Señor, aumentan pecados con pecados. Es difícil acusar a un obispo. Si peca, no se le cree, y si es convicto, no se le castiga.

Porque el pecador hace el mal cien veces, y se le alarga. De esto reconozco yo, que será bueno para los que temen a Dios, que temerán ante su rostro. De que al pecador mucho, esto significa cien veces, Dios le da lugar para el arrepentimiento, y no lo castiga inmediatamente en el crimen, sino que espera que se convierta de su iniquidad: yo entiendo cuán benigno y misericordioso será Dios sobre aquellos que tienen su temor, y tiemblan ante su palabra. Symmachus tradujo este lugar así: "Porque el malo pecando murió, con longanimidad

concedida a él. Por lo demás, yo sé que será bien para los que temen a Dios, que temieron ante su rostro. Pero no será bien para el impío, ni prolongará sus días como sombra, porque no temió ante el rostro de Dios". Y porque está claro lo que este tradujo, esto debe decirse que la palabra hebrea MAATH (), que los Setenta tradujeron como "desde entonces", y nosotros pusimos "cien veces", Aquila y Symmachus y Theodotio interpretaron como "murió", para que el sentido sea, quien pecó, e hizo el mal, murió: pues en lo que pecó, inmediatamente murió. Si, sin embargo, según los Setenta Intérpretes, en lugar de "murió", leemos "desde entonces", según algunos este sentido tendría: El pecador no peca por primera vez cuando parece hacer el pecado, sino que ya antes pecó: "Se apartaron los pecadores desde el vientre, erraron desde el útero" (Sal. LVII, 4); y buscan esto, que sigue, "hablaron mentiras", cómo puede ser expuesto: pues la simple inteligencia no parece tener consecuencia, que los pequeños pecadores, tan pronto como son expulsados del útero, hablen mentira.

Y no será bien para el impío, y no prolongará sus días como sombra, quien no teme ante el rostro de Dios. Maldice a aquellos que no tienen temor de Dios, y desea que no se difiera mucho su castigo, sino que inmediatamente, sustraídos por la muerte, reciban los tormentos que merecen. Algo similar dice el Apóstol: "Ojalá se mutilasen los que os perturban" (Gál. V, 12). Y en otro lugar: "Alejandro el calderero me ha hecho mucho mal: el Señor le pague conforme a sus obras" (II Tim. IV, 14). Cómo estas cosas se dijeron con clemencia, debe investigarse. Esto según la verdad del sentido hebreo. Si alguien sigue a los Setenta Intérpretes, que como comenzando desde otro sentido, dijeron: "Y yo reconozco, que será bien para los que temen a Dios, para que teman ante su rostro, y no será bien para el impío, y no prolongará sus días en sombra: porque no teme ante el rostro de Dios"; esto podrá decir: Ciertamente sucederán también aquellas cosas de las que traté poco antes; sin embargo, yo reconozco manifiestamente, que será bien para aquellos que temen ante el rostro de Dios: "Porque el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal" (Sal. XXXIII, 17). Y no será bien para el impío: pues no teme ante el rostro de Dios, y no prolongará sus días en sombra, es decir, los días de su vida, que son como sombra para los vivientes. Pues no aquellos que viven mucho tiempo prolongan sus días, sino quienes los hacen grandes por la magnitud de las buenas obras. Por eso también Jacob, como confesándose pecador, dice: "Pocos y malos han sido mis días" (Gén. XLVII, 9). Y en el salmo confesando: "Mis días como sombra se han inclinado" (Sal. CI, 12), "y yo como heno me he secado". No porque buscara una larga vida en el presente, en el cual todo lo que vivimos es breve y sombra, e imagen: "Porque en imagen camina el hombre" (Sal. XXXVIII, 7): sino que teme por el futuro, no sea que la longitud de su vida, donde está la verdadera vida, se acorte.

Hay vanidad que se hace sobre la tierra: porque hay justos a quienes les suceden cosas como si fueran hechos de impíos, y hay impíos a quienes les suceden cosas como si fueran hechos de justos. Dije que esto también es vanidad. Entre otras vanidades, que en el mundo se llevan con diversos eventos, también descubrí esto, que a los justos frecuentemente les suceden cosas que debieron suceder a los impíos, y los impíos viven tan felizmente en este mundo, que podrías pensar que son justísimos. El Evangelio dará ejemplo del rico vestido de púrpura, y del pobre Lázaro (Luc. XVI). También el salmo setenta y dos discute sobre esto: por qué a veces suceden males a los justos, y bienes a los impíos. Por lo que nosotros pusimos: "Hay vanidad que se hace sobre la tierra". Symmachus lo tradujo absolutamente, diciendo: "Es difícil conocer lo que se hace sobre la tierra". Los hebreos interpretan a los justos a quienes les suceden males, y a los impíos a quienes les llegan obras de justos, como los hijos de Aarón y Manasés, porque aquellos sacrificando perecieron, y este después de tantos males y cautiverio fue restituido al poder.

Y alabé yo la alegría; porque no hay nada mejor para el hombre bajo el sol que comer, beber y alegrarse. Y esto le acompañará en su trabajo durante los días de su vida, que Dios le ha dado bajo el sol. Esto lo hemos interpretado más ampliamente antes, y ahora lo decimos brevemente: aunque sea breve y pronto termine, es preferible disfrutar del placer de comer y beber que las angustias del mundo, y de las cosas que parecen hacerse injustamente en el mundo: porque esto es lo único que el hombre parece obtener de su trabajo, si al menos disfruta de un pequeño alivio. Sin embargo, esta interpretación haría miserables a los que ayunan, tienen hambre, sed y lloran, a quienes el Señor llama bienaventurados en el Evangelio (Mat. V), si se toma tal como está escrito. Por lo tanto, tomemos el alimento y la bebida espiritualmente, y sobre ellos la alegría, que apenas podemos encontrar en el trabajo de nuestra vida. Que estas cosas deben ser entendidas de esta manera, como hemos dicho, lo demuestra el siguiente versículo, en el que dice: "Dedi cor meum, ut viderem sapientiam et occupationem": que los hombres se ocupan en la tierra, y día y noche se dedican a la meditación de las Escrituras: de tal manera que a menudo, por la búsqueda de la verdad, el sueño huye de sus ojos.

Por lo tanto, dediqué mi corazón a conocer la sabiduría y a ver la ocupación que se hace sobre la tierra. Porque ni de día ni de noche ve el sueño en sus ojos. Y vi todas las obras de Dios: porque el hombre no puede encontrar la obra que se ha hecho bajo el sol, en la que el hombre ha trabajado para buscar, y no la encontrará. Aunque el sabio diga que la conoce, no podrá encontrarla. Quien busca las causas y razones de las cosas, por qué esto o aquello ha sucedido, y por qué el mundo es gobernado por diversos eventos: por qué uno nace ciego y débil, otro ve y es sano: este tiene pobreza, aquel riquezas: este es noble, aquel sin gloria; no logra nada más que atormentarse en su propia búsqueda, y tener la disputa como tormento, sin embargo, no encuentra lo que busca... Y cuando dice que ha conocido estas cosas, entonces tiene el principio de la ignorancia, y se encuentra en un profundo error. Sin embargo, insinúa que hay causas de todas las cosas y justicia, por qué cada cosa se hace así: pero están ocultas y no pueden ser comprendidas por los hombres.

(Cap. IX.) Todo esto lo puse en mi corazón, para considerar todo: porque los justos, y los sabios, y sus obras están en la mano del Señor. Y ciertamente el amor, y ciertamente el odio: el hombre no conoce todo en su apariencia. También este lugar lo interpretó más claramente Símaco, diciendo: "Todo esto lo establecí en mi corazón, para examinar todo: porque los justos y los sabios, y sus obras están en la mano de Dios. Y además, ni amistades ni enemistades conoce el hombre: sino que todo está incierto ante ellos, porque a todos les suceden cosas similares, al justo y al injusto. Por lo tanto, este es el sentido: También en esto puse mi corazón, y quise saber a quiénes ama Dios, a quiénes odia. Y encontré que las obras de los justos están en la mano de Dios, y sin embargo, si son amados por Dios o no, ahora no pueden saberlo, y fluctúan en la ambigüedad, si soportan lo que soportan para la prueba o para el castigo. En el futuro, por lo tanto, lo sabrán, y en su rostro están todas las cosas, es decir, les precede, cuando se han ido de esta vida, el conocimiento de esta cosa, porque entonces es el juicio, y ahora la lucha. Y cualquiera que soporte adversidades, si las soporta por el amor de Dios, como Job, o por odio, como muchos pecadores, ahora se considera incierto.

En todos hay un mismo destino, justo e impío, bueno y malo, puro e impuro, el que sacrifica y el que no sacrifica. Así el bueno como el pecador, así el que jura como el que teme el juramento. Las cosas que por sí mismas no son ni buenas ni malas, sino que los sabios del mundo llaman intermedias (porque igualmente suceden a justos e injustos) perturban a los simples, por qué suceden así, y por eso no creen que haya juicio, cuando el juicio de todas las

cosas será en el futuro, y aquí todo está confuso. Pero lo que dice: "El mismo destino es para todos, justo e impío", significa el destino de las angustias o de la muerte: y por eso no conocen el amor de Dios en ellos, ni el odio. También el que sacrifica y el que no sacrifica, y las otras cosas que se enumeran como contrarias, deben entenderse espiritualmente, según aquello: "El sacrificio a Dios es un espíritu contrito" (Sal. L, 19).

Esto es lo peor de todo lo que se ha hecho bajo el sol: que el mismo destino es para todos. Pero el corazón de los hijos de los hombres está lleno de maldad, y errores en su corazón durante su vida, y después de esto a los muertos. Porque ¿quién es el que participa en todos los vivientes? Y esto lo interpretó más claramente Símaco, diciendo: "Pero el corazón de los hijos de los hombres se llena de maldad, y de procacidad junto a su corazón en su vida. Pero su fin llega a los muertos. ¿Quién puede perseverar eternamente viviendo?" La Escritura repite el mismo sentido, del que hablamos un poco antes, que cuando todo sucede igualmente a todos, y no hay distinción en soportar bienes o males, o ciertamente somos retirados de este mundo por una muerte igual: sin embargo, estamos llenos de errores, procacidad y maldad, y después de todo esto somos arrebatados repentinamente a la destrucción, y ya no podemos tener comunión con los vivientes. O ciertamente así: Porque las angustias comunes oprimen a justos e injustos; por eso los hombres son provocados al pecado: y sin embargo, después de todos los esfuerzos, en los que se esfuerzan en vano, mientras ignoran, descienden al infierno.

Hay confianza, porque un perro vivo es mejor que un león muerto: porque los vivientes saben que morirán, y los muertos no saben nada, y no tienen más recompensa. Porque su memoria ha caído en el olvido. Pero también su amor y su odio, y su celo ya han perecido: y no tienen parte en el mundo en todo lo que se hace bajo el sol. Porque antes había dicho que el corazón de los hijos de los hombres se llena de maldad y procacidad, y después de todo esto termina en muerte: ahora completa y repite lo mismo, mientras los hombres viven, pueden hacerse justos, pero después de la muerte no se da ninguna ocasión de buenas obras. Porque el pecador vivo puede ser mejor que el justo muerto, si quiere pasar a sus virtudes. O ciertamente, aquel que se jactaba en maldad, poder, procacidad, y ha muerto, puede ser mejor un pobre y vil. ¿Por qué? Porque los vivientes, por miedo a la muerte, pueden realizar buenas obras: pero los muertos no pueden añadir nada a lo que una vez llevaron consigo de la vida: y todo está envuelto en el olvido, según lo que está escrito en el salmo: "He sido olvidado, como un muerto del corazón" (Sal. XXX, 13). Pero también su amor y su odio, y su emulación, y todo lo que pudieron tener en el mundo, termina con la llegada de la muerte: y ya no pueden hacer nada justo, ni pecar, ni añadir virtudes, ni vicios. Aunque algunos contradicen esta exposición, afirmando que incluso después de la muerte podemos crecer y decrecer, y en lo que ahora dice: "Y no tendrán parte en el mundo, en todo lo que se ha hecho bajo el sol", lo entienden así, que dicen que en este mundo, y bajo este sol, que vemos, no tienen comunión: pero sí bajo otro mundo, del que el Salvador dice: "No soy de este mundo" (Juan VIII, 23); y bajo el sol de justicia; y no se excluye la opinión que sostiene que, después de que hayamos partido de este mundo, podemos ofender a las criaturas racionales, y merecer. De otra manera, el hebreo refería este versículo, en el que se dice: "Porque mejor es un perro vivo que un león muerto", así se expone entre los suyos: Que es más útil cualquier ignorante, y aquel que aún vive y enseña, que un maestro perfecto, que ya ha muerto. Por ejemplo, que entendiera al perro como uno cualquiera de los muchos maestros: y al león como Moisés, o cualquier otro de los profetas. Pero como esta exposición no nos agrada, vayamos a cosas mayores: y digamos que aquella cananea, a quien se le dijo: "Tu fe te ha salvado" (Mat. IX, 23), es un perro según el Evangelio; y el león muerto, el pueblo de la circuncisión, como dice el profeta Balaam: "He aquí un pueblo que se levantará como un cachorro de león, y como un león exultante" (Num. XXIII, 24). Por lo tanto, el perro vivo

somos nosotros de las naciones: pero el león muerto es el pueblo judío abandonado por el Señor. Y mejor es ante el Señor este perro vivo, que aquel león muerto. Porque nosotros, los vivientes, conocemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: pero ellos, los muertos, no saben nada, ni esperan ninguna promesa ni recompensa: sino que su memoria se ha completado. Ni ellos recuerdan lo que debieron saber, ni el Señor ya se acuerda de ellos. También el amor con el que alguna vez amaron a Dios ha perecido, y el odio del que hablaban audazmente: "¿No odié, Señor, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos?" (Sal. CXXXVIII, 21), y también su celo, según el cual Finees tuvo celo, y las rodillas de Matatías temblaron [en griego, νεφροί]. Es evidente, además, que su parte no está en el mundo. No pueden decir: "Mi parte es el Señor" (Sal. LXXII, 26).

Ve y come con alegría tu pan, y bebe con buen corazón tu vino, porque ya han agradado a Dios tus obras. En todo tiempo sean tus vestiduras blancas, y no falte el aceite sobre tu cabeza (Ecl. IX, 7): hasta el lugar donde dice: "Como los peces que son atrapados en una mala captura, y como las aves que son atrapadas en el lazo: así serán atrapados los hijos de los hombres en un mal tiempo, cuando caiga sobre ellos de repente". Antes de que discutamos cada cosa, todo debe ser brevemente resumido, para que aparezca con qué sentido se dicen todas las cosas juntas. Porque en el capítulo anterior había dicho que después de que los hombres mueran, caen del corazón de los vivientes, y nadie tiene amor ni odio hacia ellos, según aquello del poeta (Eneida II): "No hay lucha con los vencidos y despojados del éter": y porque bajo el sol ya no pueden hacer nada: ahora introduce, como un error humano y costumbre, por la cual se exhortan mutuamente a disfrutar de los bienes de este mundo, y hace una prosopopeya al modo de los retóricos y poetas, diciendo: Oh hombre, porque después de la muerte no eres nada, y la muerte misma no es nada, escucha mi consejo, y mientras vivas en esta breve vida, disfruta del placer, usa los banquetes, oprime las preocupaciones con el vino, y entiende que te han sido dados por Dios para usarlos. Adornado con vestiduras blancas, camina, que tu cabeza exhale perfumes: cualquiera de las mujeres que te plazca, disfruta de su abrazo, y recorre esta vida vana y breve con un placer vano y breve. Porque no tendrás nada más fuera de esto, de lo que puedas disfrutar: lo que pueda deleitarte, apresúrate a tomarlo, para que no se pierda. No debes temer cuentos frívolos, que se te pedirá cuenta de cada obra, ya sea buena o mala, en el infierno. Porque no hay sabiduría en la muerte: no queda ningún sentido después de la disolución de esta vida. Y esto, dice, lo diría algún Epicuro, y Aristipo y los cirenaicos, y las demás bestias de los filósofos. Pero yo, reflexionando diligentemente conmigo mismo, encuentro que no, como algunos piensan mal, todo se hace al azar, y la fortuna juega variadamente en los asuntos humanos, sino que todo se hace por el juicio de Dios. Porque ni el veloz en los pies debe pensar que su carrera es suya, si corre. Ni el fuerte debe confiar en su fuerza, ni el sabio debe considerar que las riquezas y las posesiones se reúnen por la prudencia: ni el elocuente y docto debe pensar que puede encontrar gracia entre el pueblo por su elocuencia y doctrina: sino que todo se hace por disposición de Dios. Y si Él no dirige todo con su arbitrio, y construye la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si Él no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan (Sal. CXXVI, 1). Por lo tanto, no es, como ellos piensan, un destino único, e incierto el estado de esta vida: porque cuando no lo esperan, arrebatados por una muerte repentina, vendrán al juicio. Y como los peces son atrapados por el anzuelo y las redes, y las aves libres en el aire son atrapadas por el lazo sin saberlo: así también los hombres serán llevados a castigos eternos según su mérito, cuando de repente venga la muerte, y el juicio sobre ellos, que pensaban que todo se movía en un estado incierto. Esto según el sentido en el que brevemente quisimos comprender todo: ahora, como si hablara no desde la persona de otro, sino desde la suya propia, cada cosa debe ser interpretada: "Ve, come con alegría tu pan, y bebe con buen corazón tu vino: porque han agradado a Dios tus

obras". Porque has aprendido que todo termina con la muerte, y en el infierno no hay penitencia, ni hay retorno a las virtudes, mientras estés en este mundo, apresúrate, esfuérzate por hacer penitencia: mientras tienes tiempo, trabaja. Porque Dios recibe con gusto al penitente. De otra manera: Y el entendimiento simple es útil, según aquello: "Ya sea que comáis, ya sea que bebáis, o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo en el nombre del Señor" (I Cor. X, 31). Y en otro lugar: "Bebe vino con consejo". Porque no tiene verdadera alegría y buen corazón quien abusa de las criaturas en exceso. Pero es mejor entenderlo así: Aquel cuyas obras han agradado a Dios, no podrá carecer del verdadero pan y vino, que ha sido pisado de la viña de Sorech. Dado el precepto que dice: "Deseaste la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la ministrará" (Ecli. I, 33): guardemos los mandamientos, y podremos encontrar el pan y el vino espirituales. Pero quien no guarda los mandamientos, y se gloria en la abundancia de pan y vino, se le dice por Isaías: "No digas que también la conozco: ni la conociste, ni sabes, ni desde el principio te abrí los oídos. Porque sé que despreciando despreciarás" (Isa. XLVIII, 8, según LXX). Además, lo que en los Setenta Intérpretes se dice: "Ven, come con alegría tu pan": es la voz del Eclesiastés, que en el Evangelio dice: "El que tenga sed, venga a mí y beba" (Juan VII, 37). Y en los Proverbios: "Venid, comed mis panes, y bebed mi vino" (Prov. IX, 5). En todo tiempo sean tus vestiduras blancas, y no falte el aceite sobre tu cabeza. Ten, dice, el cuerpo limpio, y sé misericordioso. O así: No haya tiempo en el que no tengas vestiduras blancas, cuida de no vestirte con vestiduras manchadas. Porque el pueblo pecador se describe llorando con vestiduras oscuras. Pero tú vístete de luz, y no de maldición, que está escrita sobre Judas: "Vístase de maldición, como de vestidura" (Sal. CVIII, 18). Vístete de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre, paciencia (Col. III). Y cuando te hayas despojado del hombre viejo con sus obras, vístete del nuevo, que se renueva de día en día. Pero lo que dice: "Y no falte el aceite sobre tu cabeza": se debe saber que esta es la naturaleza del aceite, que alimenta la luz, y alivia el trabajo de los cansados. Hay un aceite espiritual, aceite de alegría, del que está escrito: "Por eso te ungió Dios, tu Dios, con aceite de alegría sobre tus compañeros" (Sal. XLV, 8). Con este aceite debe alegrarse nuestro rostro. Con este debe ungirse la cabeza del que ayuna, que los pecadores no pueden tener, a quienes se les dice: "No hay ungüento para poner, ni aceite, ni vendajes" (Isa. I, 6). Porque tienen un aceite contrario, que el justo detesta, diciendo: "El aceite del pecador no unja mi cabeza" (Sal. CIV, 5). Este aceite lo tienen los herejes, y con él desean ungir las cabezas de los engañados.

Vive la vida con la mujer que amaste todos los días de tu vida de vanidad, que te han sido dados bajo el sol: porque esta es tu parte en la vida y en el trabajo con el que trabajas bajo el sol. Sigue la sabiduría y el conocimiento de las Escrituras, y únete a ella en matrimonio, de la que se dice en los Proverbios: "Ámala, y te guardará: abrázala y te rodeará" (Prov. IV, 8). Los días de vanidad significan los días de este siglo malo. De lo cual también el Apóstol no guarda silencio. Pero lo que dice: "Vive la vida con la mujer que amaste", se dice ambiguamente, ya sea que veas y contemples la vida, tú y tu esposa contigo (porque no podrás ver la vida sin tal esposa), o considera ambos, y ve la vida, y la mujer en los días de tu vanidad. Y ordena bien que en los días de nuestra vanidad busquemos la verdadera vida con la esposa sabiduría. Porque esta es nuestra parte, y este es el fruto del trabajo, si en esta vida sombría podemos encontrar la verdadera vida.

Todo lo que encuentren tus manos para hacer, hazlo con tu fuerza: porque no hay obra, ni pensamiento, ni conocimiento, ni sabiduría en el infierno adonde vas. Haz lo que puedas ahora y trabaja: porque cuando descendas al infierno, no habrá lugar para el arrepentimiento. Algo similar a esto es lo que el Salvador ordena: Trabajad mientras es de día: viene la noche, cuando nadie podrá trabajar (Juan IX, 4). Y lo que dice: En el infierno adonde vas, nota que

también creas que Samuel estuvo verdaderamente en el infierno: y antes de la venida de Cristo, aunque santos, todos estaban detenidos por la ley del infierno. Sin embargo, que los santos después de la resurrección del Señor no están retenidos en el infierno, lo testifica el Apóstol, diciendo: Es mejor disolverse y estar con Cristo (Filip. I, 23). Y quien está con Cristo, ciertamente no está retenido en el infierno.

Me volví y vi bajo el sol que no es de los veloces la carrera, ni de los fuertes la batalla, ni de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los entendidos la gracia: porque el tiempo y el suceso ocurren a todos ellos. Quien está encadenado con grilletes de hierro, y agobiado con pesadas ataduras de plomo: Porque la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo (Zacarías V, 7): y en el Salmo se dice: Como carga pesada se han agravado sobre mí (Salmo XXXVII, 5): no es apto para aquella carrera, de la cual se dice: He acabado la carrera, he guardado la fe (II Tim. IV, 7). Pero quien es ligero, y su alma no está agobiada, sin embargo, tampoco él puede llegar al final sin la ayuda de Dios. Y cuando haya batalla contra los poderes contrarios, de lo cual está escrito: Santificad la guerra (Jeremías VI, 4): aunque sea robusto, no podrá vencer con sus propias fuerzas. Tampoco el perfecto entre los hijos de los hombres y sabio podrá tener el pan viviente y celestial, a menos que sea por la sabiduría que exhorta: Venid, comed de mis panes: Y porque hay riquezas, de las cuales el Apóstol dice: Enriquecerse en buenas obras (I Tim. VI, 18): Y en otro lugar: Fuisteis enriquecidos en toda palabra y en todo conocimiento (I Cor. I, 5): se debe saber que el hombre prudente no puede acumular estas riquezas, a menos que las reciba del Señor, de quien son estas riquezas. De las cuales también se ha dicho en otro lugar: La redención del alma del hombre, sus propias riquezas (Prov. XV, 8). La gracia también, a menos que esté acompañada de conocimiento, y concedida por Dios, aunque el hombre erudito no podrá encontrarla. Lo cual también Pablo sabiendo: Más, dice, que todos ellos he trabajado: no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo (I Cor. XV, 10). Y de nuevo: Su gracia en mí no fue en vano. Y al final, el hombre no sabe cuándo vendrá el tiempo en el que sucederá el variado suceso y el fin de todo. Esto según la anagogía.

Sin embargo, para hablar más simplemente: La Epístola a los Romanos se ajusta a este lugar: Porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Y lo que dice: No es de los sabios el pan, se prueba diariamente con el ejemplo de muchos, que aunque sean muy sabios, carecen de lo necesario. Y, No es de los entendidos la gracia. Pues ves en la Iglesia a los más ignorantes florecer: y porque han alimentado la audacia de su frente, y han conseguido la volubilidad de la lengua, mientras no reflexionan sobre lo que dicen, se consideran prudentes y eruditos: especialmente si tienen el favor del vulgo, que se deleita y conmueve más con palabras ligeras. Y por el contrario, el hombre erudito permanece en la oscuridad, sufre persecuciones: y no solo no tiene gracia entre el pueblo, sino que se consume en la pobreza y la indigencia. Pero estas cosas suceden porque todo se lleva en un estado incierto, y no hay en el presente retribución de méritos, sino en el futuro.

Y el hombre no conoce su tiempo, como los peces que son atrapados en una mala red, como las aves que son atrapadas en un lazo: de igual manera caerán los hijos de los hombres en un tiempo malo, cuando caiga sobre ellos de repente. Ya hemos dicho antes, que mientras los hombres no saben, así les vienen las angustias o la destrucción. Pero según la alegoría, se debe saber que el reino de los cielos es semejante a una red echada en el mar (Mateo XIII). Y por el contrario, los herejes tienen una red, por la cual capturan peces para la destrucción. Su red es un discurso afable, un elocuente discurso, ayunos simulados o forzados, vestimenta humilde, imitación de virtudes. Que si comienzan a discutir sobre las cosas superiores, y a elevar su boca a lo sublime, ponen un lazo en las alturas. Así como los peces y las aves son

rápidamente capturados por tal red y por tal lazo: así cuando se multiplique la iniquidad, y se enfríe la caridad de muchos, y se hagan señales y prodigios, de modo que se engañen, si es posible, aun los elegidos (Mateo XXIV): se debe saber que también los hombres eclesiásticos, que son llamados hijos de los hombres, y son de poca fe, pueden caer rápidamente. También se debe notar que en todo el libro donde se dice, hijos de los hombres, en hebreo tiene hijos del hombre, es decir, hijos de Adán. Y casi toda la Escritura está llena de este idioma, llamando a toda la raza humana hijos de Adán.

Pero también vi esta sabiduría bajo el sol, y es grande para mí. Una ciudad pequeña y pocos hombres en ella: y vino contra ella un gran rey y la rodeó, y construyó contra ella una gran máquina. Y encontró en ella a un hombre pobre y sabio, y este salvó la ciudad con su sabiduría: y el hombre no se acordó de aquel hombre pobre. Mientras otros dicen que todo es incierto, y que el justo no tiene más que el injusto: yo también he comprobado que la sabiduría es máxima en esto: que a menudo sucede que una ciudad es pequeña, y sus habitantes son pocos, y está rodeada por un ejército de enemigos innumerables, y el pueblo dentro muere de hambre y asedio: y de repente, contra toda sospecha, se encuentra un hombre humilde y pobre, que porque tiene una sabiduría mayor que todos los ricos, grandes y poderosos y soberbios en peligro, y temiendo el asedio, piensa e investiga, y encuentra cómo salvar la ciudad de los males. Y oh ingrato olvido de los hombres, después de haber sido liberados, y la cautividad disuelta, y la libertad devuelta a la patria, nadie recuerda a aquel sabio pobre, nadie da gracias por la salvación: sino que todos honran a los ricos, que en el peligro no pudieron ayudar. De otra manera, el hebreo interpretó este lugar así: La ciudad pequeña es el hombre, que incluso entre los filósofos es llamado el mundo menor. Y los pocos hombres en ella son los miembros de los cuales el hombre mismo está compuesto. Pero cuando viene contra ella el gran rey diablo, y busca un lugar por donde pueda irrumpir, se encuentra en ella un pensamiento humilde y sabio, y tranquilo del hombre interior, y salva la ciudad que estaba sitiada por los enemigos. Y cuando el hombre ha sido rescatado del peligro ya sea de persecución, o de angustias, o de cualquier adversidad y pecado, el hombre exterior, que es enemigo de aquel hombre pobre y sabio, no recuerda al hombre interior, ni se somete a sus consejos: sino que nuevamente disfruta de su libertad. De otra manera: La ciudad pequeña es, y los pocos hombres en ella, en comparación con todo el mundo, es la Iglesia: contra la cual a menudo se levanta el gran rey diablo (no porque sea grande, sino porque se jacta de ser grande) y la rodea con asedio ya sea de persecución, o de otro tipo de angustias. Y encuentra en ella a un hombre pobre y sabio, al Señor Jesucristo, que por nosotros se hizo pobre (II Cor. VIII, 9) y es la misma sabiduría: y ese hombre pobre libera la ciudad con su sabiduría. Cuántas veces hemos visto al león sentado en emboscada con los ricos, es decir, con los senadores y príncipes de este siglo, y conspirando contra la Iglesia, caer por la sabiduría de este pobre. Y cuando este pobre ha vencido, y la ciudad ha sido restaurada a la paz, apenas alguien lo recuerda, apenas considera sus mandamientos: sino que entregándose completamente a la lujuria y los placeres, buscan riquezas, que en la necesidad no liberan.

Y yo dije, mejor es la sabiduría que la fortaleza, y la sabiduría del pobre que es despreciada, y sus palabras que no son escuchadas. Aunque nadie recuerde a aquel sabio pobre, cuando todo es alegre; pero todos admiran el poder y las riquezas: yo, sin embargo, según todas las interpretaciones anteriores, honro más la sabiduría despreciada, y las palabras que nadie se digna escuchar.

Las palabras de los sabios se escuchan en quietud, más que el clamor del que tiene poder entre los necios. A quienquiera que veas en la Iglesia como declamador, y con cierto atractivo y belleza de palabras provocar aplausos, sacar risas, incitar a los oyentes a afectos de alegría: sabe que es un signo de insensatez, tanto de quien habla, como de quienes escuchan. Porque

las palabras de los sabios se escuchan en quietud, y con moderado silencio: pero quien es insensato, aunque sea poderoso, y tenga el clamor ya sea de su propia voz, ya sea del pueblo aclamando, será contado entre los insensatos.

Mejor es la sabiduría que los utensilios de guerra, y un pecador destruirá mucho bien. Ahora también prefiere la sabiduría a la fortaleza, y dice que vale más en las batallas que las armas de los combatientes. Que si uno es insensato, aunque sea pequeño y nada, a menudo por su insensatez, grandes riquezas y tesoros se subvierten. Porque en hebreo se puede leer: Y quien peca uno destruirá mucho bien, también se debe entender así: que por un pecado, muchas justicias pasadas perecen, y las virtudes se siguen mutuamente, y quien tiene una, las tiene todas. Y quien en una peca, está sujeto a todos los vicios (Santiago II, 10).

(Cap. X.) Las moscas muertas corrompen el ungüento del perfumista: más preciosa es sobre la sabiduría y la gloria la pequeña insensatez. Dio un ejemplo del sentido anterior, en el cual dice: por un insensato se pueden subvertir muchos bienes, que así como el mal mezclado con los buenos contamina a muchos, como las moscas si mueren en el ungüento, pierden tanto su olor como su color. Y porque a menudo la astucia está mezclada con la sabiduría, y la prudencia tiene malicia, ordena que busquemos la sabiduría simple, mezclada con la inocencia de las palomas: seamos prudentes para el bien, pero simples para el mal. Y el sentido es: Conviene al justo tener un poco de simplicidad, y por demasiada paciencia, mientras reserva la venganza a Dios, parecer insensato, que inmediatamente vengarse bajo el velo de la prudencia ejerciendo malicia. De otra manera: Las moscas que según Isaías (Cap. VII, 18) gobiernan la parte del río de Egipto, pierden la suavidad del aceite, dejando en cada uno de los creyentes el olor y las huellas de su inmundicia. De estas moscas también se llamó al príncipe de los demonios Beelzebub (Mateo XII, 24), que se interpreta o ídolo de las moscas, o hombre de las moscas, o que tiene moscas.

El corazón del sabio está a su derecha, y el corazón del insensato a su izquierda. Pero también en el camino, cuando el insensato camina, su corazón se disminuye: y dice, todo insensato es. Y en el Evangelio se ordena, que no sepa la izquierda lo que hace la derecha del sabio (Mateo VI, 3; V, 39). Y cuando somos golpeados en la mejilla derecha, no se nos ordena ofrecer la mejilla izquierda al que golpea, sino la otra derecha (Mateo V, 39). Porque el justo no tiene izquierda en sí, sino que todo en él es derecho. Y cuando el Salvador venga a juzgar, los corderos estarán a la derecha: pero los cabritos estarán a la izquierda (Mateo XXV, 33). Y en los Proverbios está escrito: Conoce el Señor los caminos de la derecha; pero los que son perversos, están a la izquierda (Prov. IV, 27). Quien es sabio, siempre piensa en el mundo futuro, que lleva a la derecha. Pero quien es insensato, en el presente, que está puesto a la izquierda. Que de hecho siguió el mismo filósofo y poeta, dijo (Virgilio. Eneida. VI): La derecha que lleva bajo las murallas del gran Dite. Este es el camino al Elíseo para nosotros: pero la izquierda de los malvados ejerce castigos, y envía a los impíos al tártaro.

También nuestro Firmiano en su obra destacada de Instituciones mencionó la letra Y, y sobre las derechas e izquierdas, es decir, sobre las virtudes y los vicios, discutió plenamente. Y no pensemos que esta pequeña sentencia sea contraria a aquello en lo que se dice: No te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda (Prov. IV, 27). Aquí la parte derecha se toma por el bien: allí no se acusa tanto la derecha, como la desviación de la derecha: no seamos más sabios de lo que es necesario ser: porque las virtudes están en el medio, y todo exceso está en el vicio. Del siguiente versículo en el que dice: Pero también en el camino cuando el insensato camina, su corazón carece, y dice: toda insensatez es, o insensato, este es el sentido: El insensato como él mismo peca, espera que todos pequen de igual manera, y juzga a todos según su propio ingenio. De hecho, Símaco lo interpretó así: Pero, también en el camino el insensato cuando

camina, él mismo insensato sospecha de todos, que son insensatos. Los Setenta hicieron otro sentido, diciendo: Todo lo que el insensato piensa, es vanísimo.

Si el espíritu del que tiene poder sube sobre ti, no dejes tu lugar, porque la salud hace descansar los grandes pecados. El príncipe de este mundo y el rector de estas tinieblas, y el que obra en los hijos de desobediencia, del cual también el Apóstol hace mención (Efesios II, 2: y VI, 12), ahora la Escritura lo significa. Que si sube a nuestro corazón, y el ánimo recibe la herida de un mal pensamiento, no debemos dar más lugar, sino luchar contra el pensamiento malo, y liberarnos del gran pecado, es decir, no completar el pensamiento con la obra: porque es diferente pecar con el pensamiento, que con la obra. De este gran pecado también está escrito en el salmo: Si no se enseñorean de mí, entonces seré inmaculado, y seré limpiado del gran delito (Salmo XVIII, 4). Símaco tradujo la palabra hebrea MARPHE, que todos tradujeron como sanidad o curación, al sentido, y dijo: Si el espíritu del príncipe irrumpe en ti, no te apartes de tu lugar: porque la castidad reprime los grandes pecados. Es decir, si el diablo ha excitado tu mente, y te ha incitado a la lujuria, no sigas el mal pensamiento y la voluptuosidad halagadora: sino mantente fuerte y rígido, y con el frío de la castidad apaga la llama de la voluptuosidad. El hebreo en este lugar sospechó algo así. Si has recibido alguna dignidad en el mundo, y has sido ordenado mayor entre los pueblos, no dejes tus obras anteriores, y no comiences a olvidar las virtudes antiguas, y no tener el trabajo anterior: porque el remedio de los pecados nace de la buena conversación, y no de la dignidad hinchada y superflua.

Hay un mal que he visto bajo el sol, como ignorancia que sale de la presencia del poderoso: dar al insensato en grandes alturas, y a los ricos sentados en humildad. He visto siervos sobre caballos, y príncipes caminando como siervos sobre la tierra. Por lo que nosotros pusimos: Como ignorancia que sale de la presencia del poderoso, Aquila y Teodocio y los Setenta interpretaron: Como no voluntario, es decir, como involuntario, de la presencia del príncipe. A lo cual añadiendo Símaco, dijo: Puesto el insensato en gran altura: pero los ricos sentados humildes. Y por tanto, recuerda haber visto esta iniquidad en el mundo, que parece ser injusto el juicio de Dios: y ya sea por ignorancia, ya sea sin su voluntad, que ya sea en los poderes del mundo, ya sea en el principado de la Iglesia, aquellos que son ricos en palabra y sabiduría, ricos también en buenas obras, se sienten ignobles, y cualquier imprudente tenga el principado en la Iglesia. Pero esto no lo calla el Apóstol que es hecho por el diablo, que tiene poder en el mundo, para que oprima a los poderosos y doctos hombres, y no les permita aparecer entre los pueblos. Pero aquellos que sabe que son imprudentes en las Iglesias, los haga ser mayores, para que los ciegos sean guiados por ciegos a la fosa. En este sentido también hace lo que sigue: He visto siervos sobre caballos, y príncipes caminar como siervos sobre la tierra. Que aquellos que son siervos de los vicios y del pecado, o tan humildes, que son contados como siervos por los hombres, inflados por una dignidad súbita del diablo, recorren las vías públicas en caballos: y cualquier noble y prudente, oprimido por la pobreza, camina en el camino y oficio de los siervos. El hebreo expuso al poderoso y al príncipe, de cuya presencia parece salir la ignorancia, como Dios, porque los hombres piensan que en esta desigualdad de las cosas, él no juzga justamente, y como es justo. Pero otros piensan que debe unirse con los versos anteriores: Para que él sea el poderoso, del cual se dice antes de estos versos: Si el espíritu del que tiene poder sube sobre ti, no dejes tu lugar. No estemos tristes, si en este mundo parecemos ser humildes, sabiendo que de la presencia del diablo se elevan los insensatos, y se derriban los ricos: los siervos tienen las insignias de los señores, y los príncipes caminan en vileza de siervos. Se debe notar, sin embargo, que aquí el caballo se toma en buena parte, como allí: Y tu cabalgadura es salvación.

Quien cava una fosa, en ella caerá, y quien derriba un seto, lo morderá una serpiente. Hay un entendimiento tanto simple como místico en esto. En otro lugar, el mismo Salomón dice: "Quien pone una trampa, caerá en ella" (Eclesiástico XXVII, 29). Y en el salmo séptimo: "Abrió un pozo y lo cavó, y cayó en la fosa que hizo". La destrucción de setos y muros son los dogmas eclesiásticos y la institución fundada por los Apóstoles y Profetas, que quien los disuelva y quiera pasarlos por alto, será mordido por la serpiente en aquello mismo que descuida. De esta serpiente también está escrito en Amós: "Si descendiere al infierno, mandaré a la serpiente, y lo morderá" (Amós IX, 3).

Quien quita piedras, sufrirá por ellas: y quien corta leña, se pondrá en peligro por ellas (Zacarías IX, 16). También en Zacarías las piedras santas ruedan sobre la tierra. No permanecen firmes en esa posición: sino que pasan, y siempre aspirando a lo más alto, se apresuran a irse de aquí. De estas piedras vivas se construye la ciudad del Salvador en el Apocalipsis (Cap. XXI, 18 y ss.), y el Apóstol no calla que la Iglesia se edifica. Si alguien, por arte herética, pervierte y quita estas piedras del edificio de la Iglesia (por lo cual Aquila y Símaco, en lugar de lo que nosotros hemos puesto, "quien quita piedras, sufrirá por ellas", dijeron: "Quien traslada piedras, será desgarrado por ellas"), después sufrirá tormentos. Porque la Escritura dice absolutamente: "Quien quita piedras", o "quien traslada piedras", y no añade si son buenas o malas; por eso también se debe entender al contrario, que el hombre eclesiástico, es decir, el obispo o el presbítero, si según el mandato del Levítico (Cap. XIV, 45), quita una piedra de la casa leprosa para ser reducida a ceniza y polvo, sufrirá en aquello mismo, porque se ve obligado a quitar una piedra de la Iglesia de Cristo, diciendo según el Apóstol: "Llorar con los que lloran, lamentarse con los que se lamentan" (Rom. XII, 15); y, "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó?" (II Cor. XI, 29). También quien corta leña, se pondrá en peligro por ellas. Los herejes son leña infructuosa, y bosques sin utilidad de frutos. Por eso en el templo de Dios se prohíbe plantar un bosque, y se desprecian las sombras vanas de las hojas, es decir, de palabras que solo suenan. Aunque sea un hombre prudente y docto, quien con la espada de su palabra corte esta leña, se pondrá en peligro por ellas, a menos que preste atención diligente; especialmente si le ocurre lo que sigue: "Si el hierro se embota, y su filo se turba", es decir, si su disputa se encuentra más débil, y no tiene el filo para cortar lo contrario: pero el principal de su corazón se embota; pasará al lado adverso, y lo confirmará una fuerza perversa. Esto es lo que los Setenta Intérpretes tradujeron: "Y con fuerza se fortalecerá"; y fortalecido con sabiduría superflua, comenzará, dice, a tener fuerza y sabiduría, que es superflua y no ayuda al poseedor.

Si el hierro se embota; y esto no como antes, sino que se turba, se fortalecerá con virtudes: y el resto de la fuerza es la sabiduría. Si alguien, dice, se ve a sí mismo por negligencia haber perdido el conocimiento de las Escrituras, y su agudeza de ingenio se ha embotado: y turbado no permanece como había comenzado a ser: Sucede a veces que cuando alguien tiene un poco de conocimiento, elevado en soberbia, deja de aprender y leer, y poco a poco de lo que no se le añade, se le quita, y su pecho queda vacío de disciplinas, y el hierro que era agudo se embota: el ocio y la desidia son como una especie de herrumbre de la sabiduría. Si alguien ha sufrido esto, no debe desesperar del remedio de la salud, sino ir al maestro, y ser instruido de nuevo por él, y después de trabajo e industria, y mucho sudor, podrá recuperar la sabiduría que había perdido. Esto es lo que en hebreo se dice más significativamente: "Y se fortalecerá con fuerzas", es decir, con trabajo y sudor, e industria, y lectura diaria, conseguirá la sabiduría, y su fuerza tendrá este fin, que reciba sabiduría.

Si la serpiente muere en silencio, no hay más para el que tiene lengua. El sentido aquí es simple: La serpiente y el detractor son iguales. Así como aquel mordiendo ocultamente

inserta veneno; así este, calumniando en secreto, vierte el veneno de su corazón en su hermano, y no tiene más que la serpiente. Pues cuando la lengua del hombre ha sido creada para bendecir y para la edificación del prójimo, él la hace igual a la serpiente, mientras abusa perversamente de sus virtudes. De otro modo: Si la serpiente diablo ha mordido ocultamente a alguien, y sin que nadie lo sepa, lo ha infectado con el veneno del pecado; si el que ha sido herido calla, y no hace penitencia, ni quiere confesar su herida a su hermano y maestro, el maestro y el hermano, que tienen lengua para curar, no podrán fácilmente ayudarlo. Pues si el enfermo se avergüenza de confesar su herida al médico, lo que ignora la medicina no cura.

Las palabras de la boca del sabio son gracia, y los labios del insensato lo precipitarán. La insensatez, si se contentara con su propia rusticidad, tendría menos mal. Pero ahora lucha contra la sabiduría, y cualquier cosa de prudencia que vea en el hombre docto, estimulada por el celo no la recibe. Pues el hombre sabio habla palabras de ciencia, y palabras de gracia, que pueden proporcionar utilidad a los oyentes, y los oídos del insensato no reciben lo que se dice como se ha dicho; sino que al contrario intentan suplantar al hombre prudente, y hacerlo caer a su semejanza. Y en verdad el hombre sabio se precipita, cuando habla al oído del imprudente, y sus palabras perecen en el profundo, por así decirlo, abismo. Por eso es bienaventurado, quien habla al oído del que escucha.

El principio de sus palabras es insensatez, y el final de su boca es el peor error. Y el insensato multiplica las palabras. El hombre ignora lo que es, lo que ha sido hecho: y lo que será después de él, ¿quién se lo anunciará? Aún se trata del insensato, cuyos labios precipitan al sabio, o según otra interpretación, hacen caer al mismo insensato. Pues el principio de su discurso, y el fin es insensatez y el peor error; o como tradujo Símaco, tumulto, y una cierta inconstancia de palabras; mientras no permanece en su sentencia, sino que piensa que en la multiplicación de palabras puede escapar del pecado. Pues cuando no recuerda lo pasado, ni conoce lo futuro, y se revuelca en la ignorancia y las tinieblas, prometiéndose a sí mismo una falsa ciencia; se cree docto, se cree sabio, si multiplica las palabras. Esto también puede entenderse de los herejes, que no captan las palabras de los hombres prudentes; sino que se preparan para disputas contrarias, y el principio y el fin de su discurso lo envuelven en vanidad, tumulto, error: y aunque no saben nada, hablan más de lo que conocen.

El trabajo de los insensatos los afligirá, que no saben ir a la ciudad. Une también estos versículos con los anteriores: o habla en general de todos los insensatos, que ignoran a Dios, o en particular de los herejes. Lee a Platón; revisa las sutilezas de Aristóteles, observa más detenidamente a Zenón y a Carnéades, y comprobarás que es verdad lo que se dice: "El trabajo de los insensatos los afligirá". Ellos buscaron la verdad con todo empeño; pero como no tuvieron guía, ni un precursor del camino, y pensaron que con sentidos humanos podían comprender la sabiduría, no llegaron a la ciudad, de la cual se dice en el salmo: "Señor, en tu ciudad destruirás su imagen" (Salmo LXXII, 20). Pues todas las sombras y diversas imágenes y personas, que se pusieron en varios dogmas, el Señor las destruirá en su ciudad. De la cual también se escribe en otro lugar: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Salmo XLVI, 5). Y en el Evangelio: "No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte" (Mateo V, 14). Y en Isaías: "Yo soy una ciudad fuerte, una ciudad que es atacada" (Isaías XXVII, 30, según los LXX). Pues esta ciudad de la verdad y la sabiduría, aunque es fuerte y robusta, todos los sabios del mundo y los herejes intentan atacarla. Y lo que dijimos de los filósofos, lo mismo debe pensarse de los herejes, que en vano trabajan y se afligen en el estudio de las Escrituras, pues caminan en el desierto, y no pueden encontrar la ciudad. De cuyo error también el salmista recuerda, diciendo: "Erraron en el desierto y en el lugar sin agua, no encontraron el camino de la ciudad y su habitación" (Salmo CVI, 4).

¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es joven, y cuyos príncipes comen por la mañana! Bienaventurada la tierra, cuyo rey es hijo de nobles, y cuyos príncipes comen a su debido tiempo, con fortaleza, y no con confusión. Parece ciertamente reprobar el gobierno de los jóvenes, y condenar a los jueces lujuriosos, porque en uno por la edad hay sabiduría débil, en otros incluso la edad madura se debilita por los placeres. Y al contrario, alabar al príncipe de buenas costumbres, y educado liberalmente; y elogiar a esos jueces que de ninguna manera prefieren el placer a los negocios de los ciudadanos: sino que después de mucho trabajo y administración de la república, toman alimento como si se vieran obligados por necesidad. Pero me parece que algo más sagrado se oculta en la letra, que se llaman jóvenes en la Escritura a los que se apartan de la antigua autoridad, y desprecian los preceptos canosos de los padres: que descuidando el mandato de Dios, desean establecer tradiciones humanas. De los cuales también en Isaías (Cap. VIII) el Señor amenaza a Israel, porque no quiso el agua de Siloé, que va en silencio, y desvió la antigua piscina, eligiendo para sí los ríos de Samaria, y los torrentes de Damasco. Y daré, dice, jóvenes como príncipes de ellos, y los burladores los dominarán (Isaías III, 4). Lee a Daniel, y encontrarás a Dios como el anciano de días (Daniel VII). Lee el Apocalipsis de Juan, y encontrarás la cabeza del Salvador blanca como la nieve, y como lana blanca (Apocalipsis I). También Jeremías, porque era sabio, y sus canas se consideraban en sabiduría, se le prohíbe decir que es joven (Jeremías I). ¡Ay, pues, de la tierra cuyo rey es el diablo, que siempre ávido de cosas nuevas incluso en Absalón se rebela contra el padre: que tiene jueces y príncipes que aman los placeres de este mundo, que antes de que llegue el día de la muerte, dicen: "Comamos y bebamos; porque mañana moriremos" (Isaías XXII, 13). Al contrario, bienaventurada la tierra de la Iglesia, cuyo rey es Cristo Hijo de nobles: descendiente de Abraham, Isaac, y Jacob, y de la estirpe de los profetas y de todos los santos, sobre los cuales el pecado no ha dominado; y por eso fueron verdaderamente libres. De los cuales nació la Virgen más libre, santa María, no teniendo ningún brote, ningún germen de su lado: sino que todo su fruto brotó en una flor, hablando en el Cantar de los Cantares: "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles" (Cantar II, 1). También sus príncipes son los Apóstoles y todos los santos, que tienen un rey hijo de nobles, hijo de la libre: no de la esclava Agar, sino engendrado de la libertad de Sara. Y no comen por la mañana, ni rápidamente. Pues no buscan en este mundo presente el placer, sino que comerán a su debido tiempo, cuando llegue el tiempo de la retribución, y comerán con fortaleza, y no con confusión. Todo bien de este mundo presente es confusión, del futuro es fortaleza perpetua. Algo así también se dice en Isaías: "He aquí que mis siervos comerán: pero vosotros tendréis hambre: Y de nuevo: He aquí que mis siervos se alegrarán: pero vosotros os avergonzaréis" (Isaías LXV, 13 y 14).

En la pereza se humillará la techumbre, y en la debilidad de las manos goteará la casa. Nuestra casa, que se erige con el estado del hombre, y la morada que tenemos en los cielos, si somos perezosos, y más lentos para las buenas obras, se humillará. Y toda techumbre que debe llevar el techo a lo alto, cayendo a tierra, oprimirá a su habitante. Y cuando la ayuda de las manos y las virtudes se adormezca, todas las tempestades de arriba, y el torbellino de las nubes se precipitará sobre nosotros. Lo que hemos interpretado en un solo hombre, mejor puede aplicarse a la Iglesia: que por la negligencia de los príncipes toda su altura se derrumbe: y allí estén las seducciones de los vicios, donde se pensaba que estaba la cobertura de las virtudes.

En la risa hacen pan y vino, para que se banqueteen los vivientes. Y al dinero obedecen todas las cosas. Creo que lo que sigue depende de lo anterior. Pues en la pereza y en la negligencia de los maestros se humilla la Iglesia, y su techo se derrumba, y las vigas se desmoronan, como hemos expuesto. Ahora, pues, habla de esos mismos maestros. Y porque parecía

haberlos acusado, ¿por qué callaban, y no usaban el oficio de maestros, y los obispos y presbíteros establecidos en la Iglesia no trabajaban en la palabra y la doctrina, lo que también se exhorta a Tito a hacer (Tito I, 5), y se ordena a Timoteo, que no descuide la gracia que recibió por la imposición de manos (I Tim. IV, 14); sino que en eso se consideren presbíteros y obispos, para que reciban cosas saludables, y busquen el honor doble que se debe a los que trabajan en doctrina y palabra (I Tim. V, 17); ahora al contrario acusa a los que hablan en la Iglesia, y enseñan al pueblo, pero enseñan lo que al pueblo le agrada oír, lo que halaga a los pecadores en el vicio, y provoca el ruido de los oyentes. ¿No te parece que cuando en la Iglesia el orador se entrega a la lascivia, y promete a la multitud bienaventuranza y reinos celestiales, está haciendo pan en la risa, y mezclando vino para la alegría de los vivientes? O bien que los mismos que enseñan, buscan riquezas, y alimentos, y bienes a través de promesas agradables: o bien que hacen el pan de la Iglesia, que es pan de los que lloran, y no de los que ríen (bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán) en alegría y gozo. Pero lo que sigue: "Al dinero o al dinero obedecen todas las cosas", debe entenderse de dos maneras. O que los mismos doctores, después de enriquecerse con la adulación, ejercen dominio sobre el pueblo: o ciertamente, porque el dinero se toma siempre por la palabra: "Las palabras del Señor, palabras puras: plata probada en el fuego de la tierra, purificada siete veces" (Salmo XII, 7): esto asegura, que a la elocuencia, y al discurso, que está compuesto de la fronda de las palabras, fácilmente cede el vulgo innoble. De otro modo: Los que tienen consigo al esposo, y por eso se les prohíbe llorar y ayunar, hacen pan en la risa. De donde Isaac también tomó su nombre, y en la alegría de los que beben preparan vino. Todo hombre santo que, como Cristo mandó, es maestro de la Iglesia, hace pan en la risa y alegría, y ministra copas de vino en gozo. También el dinero, al que obedecen todas las cosas, son aquellos cinco talentos del Evangelio, y dos, y uno del padre de familia, y las diez minas, que se confían a los siervos para negociar (Mateo XXV, 15 y ss).

En tu mente no maldigas al rey, y en el secreto de tu alcoba, no maldigas al rico: porque el ave del cielo llevará la voz, y el que tiene alas anunciará la palabra. Y el simple precepto edifica a los oyentes: que no superados por la ira y el furor, nos precipitemos en la maldición y la detracción de los reyes y príncipes: porque contra la esperanza a veces sucede, que a aquellos a quienes maldecimos, se les anuncia, y caemos en peligro por la immoderación de la lengua. Pero lo que dice: "El ave del cielo llevará la voz, y el que tiene alas anunciará la palabra", debe entenderse hiperbólicamente, como solemos decir, incluso las paredes mismas, que son testigos de lo que decimos, no ocultarán lo que han oído. Pero es mejor escuchar el precepto así, para que sepamos que se nos ha mandado, no solo no hablar temerariamente contra Cristo, sino también en los secretos del corazón, aunque estemos constreñidos por varias tribulaciones, no sentir nada blasfemo, nada impío. Y porque el amor que mostramos a Cristo, también debemos mostrarlo al prójimo: "Amarás al Señor tu Dios, pero también a tu prójimo como a ti mismo", también ahora se nos ordena, que después del rey no hablemos fácilmente mal de los Santos: y a aquellos que veamos enriquecidos con sabiduría, ciencia, y virtudes, no los mordamos con la mordacidad de la lengua: porque los Ángeles que recorren la tierra, y son espíritus ministradores, y en Zacarías dicen: "Hemos recorrido la tierra, y he aquí que toda la tierra está habitada, y está en silencio" (Zacarías I, 11): a semejanza de las aves, llevan nuestras palabras y pensamientos al cielo: y lo que pensamos en secreto, no escapa al conocimiento de Dios.

(Cap. XI.) Envía tu pan sobre la faz del agua: porque en la multitud de los días lo encontrarás. Exhorta a la limosna, que a todo el que pida se le dé, y se haga el bien indiscriminadamente. Pues así como quien siembra sobre tierras de riego, espera el fruto de la siembra: así quien da a los necesitados, no siembra el grano de la semilla, sino el mismo pan, esperando una

multiplicación de él como un interés: y cuando llegue el día del juicio, recibirá mucho más de lo que dio. De otro modo: en cualquier hombre que veas esa agua, de la cual se dice: "De su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38), no te niegues a dar el pan de la sabiduría, el pan razonable, el pan del discurso. Pues si haces esto frecuentemente, encontrarás que no has sembrado en vano la semilla de las doctrinas. Algo así también se dice en Isaías: "Bienaventurado el que siembra sobre el agua, donde el buey y el asno pisan" (Isaías XXXII, 20). Que ese maestro sea considerado digno de bienaventuranza, que siembra sobre el pecho irrigado de los oyentes, tanto del pueblo judío como del pueblo de las naciones congregado.

Da parte siete, y también ocho: porque no sabes qué mal vendrá sobre la tierra. Y en Ezequiel se leen siete y ocho escalones para ascender al templo (Ezequiel 40, 26, 31). Y después de aquel salmo ético, es decir, el centésimo decimoctavo, hay quince salmos de grados, por los cuales primero somos instruidos en la ley, y una vez completado el número siete, después ascendemos al Evangelio por la ogdóada. Se ordena, por tanto, que creamos con igual veneración en ambos instrumentos, tanto el viejo como el nuevo. Los judíos dieron parte siete, creyendo en el sábado: pero no dieron ocho, negando la resurrección del día del Señor. Por el contrario, los herejes, Marción y Maniqueo, y todos los que con rabia desgarran la Ley antigua, dan parte ocho, aceptando el Evangelio: pero no le atribuyen el número siete, rechazando la Ley antigua. Nosotros, por tanto, creamos en ambos Instrumentos. Pues no podemos comprender con la mente los castigos dignos y la pena que ya está reservada para aquellos que habitan en la tierra, judíos y herejes, que niegan uno de los dos. Los hebreos entienden este lugar así: Guarda el sábado y la circuncisión: no sea que si acaso no lo haces, te sobrevenga un mal inesperado.

Si las nubes están llenas, derramarán lluvia sobre la tierra. Y si un árbol cae hacia el sur o hacia el norte: en el lugar donde caiga el árbol, allí quedará. Guarda los mandamientos que te han sido ordenados anteriormente, para que las nubes derramen su lluvia sobre ti. Pues dondequiera que te prepares un lugar y una futura morada, ya sea al sur o al norte: allí permanecerás cuando mueras. De otra manera: Por eso dijimos antes: Envía tu pan sobre la faz del agua, y da a todo el que te pida: porque también las nubes cuando están llenas, otorgan sus riquezas a los mortales, y tú como un árbol, aunque seas longevo, no serás para siempre, sino que de repente, como por una tempestad de vientos, serás derribado por la tempestad de la muerte, y dondequiera que caigas, allí permanecerás para siempre, ya sea que el último tiempo te encuentre rígido y cruel, o clemente y misericordioso. De otra manera: Se dice en los Salmos a Dios: Tu verdad hasta las nubes (Salmo 35, 6). Y en Isaías, Dios amenaza a la viña pecadora: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella (Isaías 5, 6). Las nubes, por tanto, son los Profetas, y todo hombre santo, que cuando ha reunido muchas disciplinas en su corazón, entonces puede llover los preceptos de las doctrinas, y decir: Espere como la lluvia mi palabra, y derramarán lluvia sobre la tierra (Deuteronomio 32, 2): a la cual se le ha dicho: Oiga la tierra las palabras de mi boca. Pero lo que sigue: Y si un árbol cae hacia el sur o hacia el norte: en el lugar donde caiga el árbol, allí quedará: tomemos el ejemplo de Habacuc, en el que está escrito: Dios vendrá de Temán (Habacuc 3, 3), que otros intérpretes han traducido, Dios vendrá del sur. Y según estimo, siempre se toma el sur en buen sentido. Por eso en el Cantar de los Cantares se dice: Levántate, Aquilón (Cantar 4, 16), es decir, retírate, y ven, austro. Por tanto, el árbol que en esta vida caiga, y sea cortado por la condición de la mortalidad, o pecó antes mientras estaba en pie, y después se coloca en la parte del norte: o si ha llevado frutos dignos del sur, yacerá en la región austral. Y no hay árbol que no esté o al norte o al sur. Esto mismo significa, y aquello que está escrito en Isaías: Diré al norte, da, y al sur, no retengas (Isaías 43, 6). Pues nunca se ordena al austro y al viento oriental que traigan: porque deben estar en otras regiones aquellos que después serán

llevados al oriente y al sur. Por tanto, el Aquilón lleva al sur, y el Africo al oriente a sus habitantes. Pues no pueden progresar si permanecen en sus antiguas moradas.

El que observa el viento, no sembrará; y el que mira las nubes, no segará. El que considera a quién hacer el bien, y no da a todo el que pide, a menudo pasa por alto al que merece recibir (Lucas 6, 30). De otra manera: El que solo predica la palabra de Dios en el tiempo en que el pueblo escucha de buen grado, y sopla un viento favorable de rumor, es un sembrador negligente y un agricultor perezoso. Pues en las mismas cosas prósperas, mientras no sabemos, surgen adversidades. Pero oportunamente, inoportunamente, con su propio curso, la palabra de Dios debe ser predicada (II Timoteo 4, 2): ni debe considerarse la tempestad de las nubes adversas en el tiempo de la fe. De la cual se dice en los Proverbios: Como lluvia vehemente e inútil: así son los que abandonan la sabiduría, y alaban la impiedad (Proverbios 28, 3 y 4). Por tanto, sin consideración de las nubes y sin temor a los vientos, se debe sembrar en medio de las tempestades. Ni se debe decir: ese tiempo es conveniente, este es inútil, cuando ignoramos cuál es el camino, y cuál es la voluntad del espíritu que todo lo dispone.

Como no conoces tú cuál es el camino del espíritu, y como los huesos en el vientre de la embarazada: así no conoces las obras de Dios, que hace todas las cosas. Así como no conoces el camino del espíritu y del alma que entra en el pequeño, e ignoras las variedades de los huesos y las venas en el vientre de la embarazada: cómo de un elemento vil el cuerpo del hombre se varía en diferentes formas y miembros, y de la misma semilla, una parte se ablanda en carnes, otra se endurece en huesos, otra palpita en venas, y otra se liga en nervios: así no podrás conocer las obras de Dios, que es el hacedor de todo. De lo cual enseña que no se deben temer las cosas contrarias, ni juzgar temerariamente sobre los vientos y las nubes, que mencionamos antes, ya que el sembrador debe avanzar con su propio curso y ritmo, y reservar el resultado al juicio del Señor. Pues no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos 9, 16).

Por la mañana siembra tu semilla, y por la tarde no dejes reposar tu mano: porque no sabes qué es lo que agraderá, esto o aquello. Y si ambos, como uno, es bueno. Y dulce es la luz, y bueno es a los ojos ver el sol: porque si el hombre vive muchos años, en todos ellos se alegrará, y recordará los días de oscuridad, porque serán muchos. Todo lo que vendrá es vanidad. No elijas a quién hacer el bien: sino que incluso cuando hayas hecho el bien, nunca desistas de la buena obra. Que la justicia matutina te encuentre en la tarde. Y que la misericordia de la tarde se acumule con el amanecer. Pues es incierto qué obra agraderá más a Dios, y de cuál se te preparará el fruto de la justicia. Pero puede suceder que no uno, sino ambos agraden a Dios. De otra manera: Y en la juventud, y en la vejez, que tu trabajo sea equitativo. Ni digas: mientras pude, trabajé: debo descansar en la vejez. Pues no sabes si en la juventud, o en la edad avanzada agraderás a Dios. Ni aprovecha la frugalidad de la juventud, si la vejez se lleva en el lujo. Pues en cualquier día que el justo se desvíe, las antiguas justicias no podrán librarlo de la muerte. Pero si según ambas interpretaciones siempre has hecho el bien, y en toda edad has tenido un curso igual, verás a Dios Padre, la luz dulcísima; verás a Cristo, el sol de justicia. Además, si has vivido muchos años, y has tenido todas las cosas buenas, o has realizado buenas obras, y sabes que siempre has de morir, y ante tus ojos siempre se presenta la llegada de las tinieblas: despreciarás las cosas presentes como fugaces, frágiles y caducas. Símaco ha interpretado el final de esta sentencia así: Si el hombre ha vivido muchos años, y en todos ellos se ha alegrado, debe recordar también los días de oscuridad: porque serán muchos, y en los cuales todo lo que venga dejará de ser. De otra manera: Promete en otro lugar de la Escritura, Dios diciendo: Os daré la lluvia temprana y tardía (Deuteronomio 11, 14), es decir, el Antiguo Testamento, y el nuevo, y con ambos os regaré con lluvia. Por lo cual ahora también se nos advierte, que leamos la Ley antigua de tal

manera que no despreciemos el Evangelio: así busquemos la inteligencia espiritual en el Antiguo Instrumento, para que no pensemos que en los Evangelistas y Apóstoles solo suena lo que se lee. Pues ignoramos en qué más se nos otorga la ciencia y la gracia de Dios, y feliz es aquel que ha unido ambos en común, y como un solo cuerpo ha hecho. El que haya conseguido esto, verá la luz, verá a Cristo, el sol de justicia. Y si ha vivido muchos años, estará en suma alegría y deleite, teniendo el conocimiento de las Escrituras, y será más impulsado a este trabajo por la memoria del juicio futuro: porque vendrá un tiempo perpetuo de tinieblas, y se prepararán penas eternas para aquellos que no hayan sembrado por la mañana y por la tarde, y de ninguna manera hayan unido ambos: ni hayan visto la luz, ni el sol, de donde sale la misma luz.

(Cap. XII.) Alégrate, joven, en tu juventud, y que tu corazón esté en el bien en los días de tu juventud, y camina en los caminos de tu corazón, y en la vista de tus ojos. Y sabe esto, que sobre todas estas cosas te llevará Dios a juicio. Y aparta la ira de tu corazón, y quita la maldad de tu carne: porque la juventud y la insensatez son vanidad. Y recuerda a tu Creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días de maldad, y se acerquen los años en los que dirás: No tengo en ellos voluntad. En este capítulo, ha habido una diversa explicación de todos, y casi tantas sentencias como hombres. Por lo cual, ya que es largo enumerar las opiniones de todos, y explicar los argumentos con los que quisieron aprobar sus sentencias, es casi cosa de un solo volumen: basta con significar a los prudentes lo que han sentido, y como en una breve tabla, pintar los sitios de las tierras, y mostrar la vastedad de todo el orbe y el ámbito del Océano, en un estrecho compendio.

Los hebreos estiman que el mandato pertenece a Israel, al que se le ordena que disfrute de sus riquezas, antes de que le llegue el tiempo de la cautividad, y cambie la juventud por la vejez: que todo lo que aparezca deleitable o agradable, tanto al corazón como a los ojos, lo use mientras esté a su alcance: pero que sepa que será juzgado en todo: y que evite tanto los malos pensamientos como las lujurias, sabiendo que la insensatez está unida a la juventud: y que siempre recuerde a su Creador, antes de que vengan los días de la cautividad babilónica y romana, en los cuales no podrá tener voluntad. Y todo este lugar, desde lo que dice: Antes de que se oscurezca el sol, y la luna, y las estrellas, hasta el lugar en el que la Escritura menciona: Y el polvo volverá a la tierra como era, y el espíritu volverá a Dios, que lo dio: lo explican sobre el estado de su condición. Lo cual, como dijimos antes, es extenso y prolijo, será tocado por nosotros brevemente y de manera concisa. Alégrate, pues, en tu juventud, oh Israel, y haz esto o aquello, de lo que ya se ha dicho, antes de que llegue la cautividad, y tu honor y gloria se aparten de ti: y tus jueces, y tus santos (que quieren que se entiendan en el sol, y la luna, y las estrellas) sean quitados. Antes de que venga Nabucodonosor, o Tito, hijo de Vespasiano, llamado por los profetas, y se cumplan sus profecías. En el día en que los ángeles guardianes del templo se retiren, y se turben los más fuertes en tu ejército, y las palabras de los maestros queden inactivas, y los profetas, que solían recibir la luz de sus visiones del cielo, se oscurezcan: cuando se cierren las puertas del templo, y Jerusalén sea humillada, y el caldeo venga, como el canto de un pájaro, así llamado por las voces de Jeremías (Jeremías 9), y callen las hijas del canto, los coros de los que cantan en el templo. En ese tiempo, cuando los que vienen a Jerusalén, incluso los enemigos de Dios, temerán la grandeza, y en el camino, dudosos, temerán la destrucción de Senaquerib. Pues esto creen que se dice: Y desde lo alto temerán, y en el camino temerán (Isaías 37). En esos días florecerá el almendro, aquel bastón, y la vara que Jeremías vio al principio de su profecía, y se engordará la langosta, Nabucodonosor con su ejército, y se disipará la alcaparra (Jeremías 1), la amistad de Dios con Israel. Pero qué significa la alcaparra, cuando comencemos a hablar de cada uno, se explicará más plenamente. Pero todo esto sucederá a Israel: porque el hombre irá a la casa

de su eternidad, y regresará del amparo de Dios a las cosas celestiales, y al irse a su tabernáculo, rodearán en la plaza llorando y lamentándose, y sitiados por el enemigo. Alégrate, pues, Israel, en tu juventud, antes de que se rompa el cordón de plata, es decir, mientras tu gloria esté contigo, antes de que se recurra la cinta de oro, es decir, antes de que se lleve el arca del testamento: antes de que se rompa la jarra en la fuente, y se enrolle la rueda sobre el pozo, es decir, mientras dentro del santo de los santos estén los preceptos de la ley, y la gracia del Espíritu Santo, y antes de que regreses a Babilonia, de donde saliste en los lomos de Abraham, y comiences a ser triturado en Mesopotamia, de donde una vez partiste: y toda la gracia de la profecía, con la que una vez fuiste inspirado, regrese a su dador. Esto es lo que los judíos hasta hoy discuten, y llevan la inteligencia de este capítulo a su persona.

Nosotros, sin embargo, volviendo al orden de la discusión anterior, intentaremos explicar cada cosa. Alégrate, joven, en tu juventud, y que tu corazón esté en el bien en los días de tu juventud, y camina en los caminos de tu corazón, y en la vista de tus ojos. Y sabe sobre todas estas cosas: que Dios te llevará a juicio. Había dicho que la luz de este mundo es dulcísima, y que el hombre debe alegrarse en los días de su vida, y con todo esfuerzo disfrutar del placer: pues se avecina la noche de la muerte eterna, cuando no se podrá disfrutar de lo reunido, y como una sombra, todo lo que tuvimos pasará. Ahora, por tanto, exhorta al hombre, y dice: Oh joven, antes de que te sobrevenga la vejez, y la muerte, alégrate en tu juventud, y todo lo que te parezca bueno al corazón, agradable a la vista, tómallo, disfrútalo, como quieras, de las cosas del mundo. Nuevamente, para que no se piense que diciendo esto, provoca al hombre a la lujuria, y cae en el dogma de Epicuro, quitó esta sospecha, añadiendo: Y sabe, que sobre todas estas cosas te llevará Dios a juicio. Así, dice, usa las cosas del mundo, que sepas que al final serás juzgado. Y aparta la ira de tu corazón, y quita la maldad de tu carne: porque la juventud y la insensatez son vanidad. En la ira, comprende todas las perturbaciones del alma. En la maldad de la carne, significa todas las voluptuosidades del cuerpo. Así, pues, dice, disfruta de los bienes de este siglo, que no peques ni por deseo, ni por carne. Deja los antiguos vicios, a los que en tu juventud serviste a la vanidad y la insensatez: porque la juventud está unida a la insensatez. Y recuerda a tu Creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días de maldad, y se acerquen los años en los que dirás: No tengo voluntad en ellos. Siempre recuerda a tu creador, y así camina en el camino de tu juventud, que recuerdes el final de la muerte: antes de que te llegue el tiempo, en el que sucedan todas las cosas tristes.

Antes de que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna, y las estrellas, y regresen las nubes después de la lluvia. Si lo tomamos de la consumación general del mundo, este capítulo concuerda con las palabras del Señor, en las que dice: Habrá tribulación y angustia, cual no ha habido desde el principio de la creación, ni tampoco habrá. Pues el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmoverán (Mateo 24), que son los guardianes de la casa: de modo que la casa se entienda aquí como el mundo, y los hombres fuertes, engañados por el error, y las fortitudes contrarias que deben ser disipadas. Pero si se refiere a la consumación especial de cada uno, al final de esta vida: tanto el sol, como la luna, y las estrellas, y las nubes, y las lluvias cesarán para aquel que haya muerto. De otra manera: Alégrate, joven, oh pueblo cristiano, y disfruta de los bienes que te han sido concedidos por Dios, y en todos ellos sabe que serás juzgado por el Señor. Ni pienses, porque las ramas anteriores fueron quebradas, y tú has sido injertado en la raíz del buen olivo, por eso estás seguro: sino aparta la ira de tu corazón, y las voluptuosidades del cuerpo, y dejando los demás vicios, recuerda a tu creador, antes de que te llegue el día de la maldad, e incurable, en la que se preparan penas para los pecadores: no sea que cuando hayas pecado, el sol de justicia se ponga para ti al mediodía, y la luz de la ciencia perezca, y el

esplendor de la luna, es decir, de la Iglesia, se retire, y las estrellas caigan, de las cuales está escrito: En las cuales resplandecéis como luminarias en el mundo teniendo razón de vida (Filipenses 2, 15). Y en otro lugar: Una estrella difiere de otra en gloria (I Corintios 15, 1). Antes de que regresen las nubes después de la lluvia, no sea que los Profetas que riegan los corazones de los creyentes con su palabra y sus lluvias, después de ver que eres indigno de su lluvia, regresen a su sede: a aquel, por supuesto, de quien fueron enviados.

En el día en que se muevan los guardianes de la casa, y perezcan los hombres de fortaleza. Los guardianes de la casa, o se entiende el sol y la luna, y el resto del coro de estrellas, o los Ángeles que presiden este mundo. Los hombres de fortaleza, o los fuertes, como lo interpretó Símaco, que perecerán, o como Aquila tradujo errarán, se entienden los demonios, que también ellos han obtenido el nombre de fuertes del fuerte diablo. A quien el Señor superando y atando, según la parábola del Evangelio, devasta su casa (Lucas 11). De otra manera: Los guardianes de la casa, que refieren todo lo que está escrito al cuerpo del hombre, creen que se significan las costillas, porque por ellas se protegen los intestinos, y se guarda toda la blandura del vientre. Los hombres fuertes, consideran que son las piernas: el sol, y la luna, y las estrellas, los adaptan a los ojos, oídos, narices, y los sentidos de toda la cabeza. Esto, sin embargo, porque más abajo se ven obligados por necesidad, no a entender sobre ángeles y demonios, sol, y luna, y estrellas, sino sobre los miembros del hombre lo que sigue.

Y cesarán las que muelen: porque han disminuido: y se oscurecerán las que ven en los agujeros. Al final del mundo, cuando se enfríe la caridad de muchos, y se hayan disminuido las almas de los maestros, que pueden ofrecer alimento celestial a los creyentes, y sean trasladadas a lo celestial: entonces comenzarán aquellos que en parte miraban en este mundo la luz del conocimiento, a envolverse en tinieblas. Pues si a Moisés se le dice: Te pondré en la hendidura de la roca: y así verás mis espaldas (Éxodo XXXIII, 22): ¡cuánto más cada alma mira la verdad a través de un agujero y ciertas cavernas oscuras! De otra manera: Dos mujeres estarán moliendo, de las cuales una será tomada, y la otra dejada, el Evangelio no lo calla (Mateo XXIV, 41). Cuando estas hayan disminuido y cesado, es necesario que toda luz del conocimiento sea quitada de los ojos. De otra manera: Creen que cesar las que muelen, porque han disminuido, se dice de los dientes. Que cuando llega la extrema vejez, los dientes también se desgastan o caen: con los cuales los alimentos molidos se transmiten al estómago. Y que se oscurezcan los que ven en los agujeros, lo interpretan como los ojos: que en los ancianos la vista se nubla y la mirada se oscurece.

Y se cerrarán las puertas en la calle con la humildad de la voz de la que muele: y se levantará al canto del ave; y enmudecerán todas las hijas del canto. Cuando la voz de la que muele se haya debilitado, y la doctrina de los maestros haya cesado, consecuentemente cesará todo: entre lo cual, también se cerrarán las puertas en la calle, para que, como las vírgenes necias del Evangelio (Mateo XXV), cada uno tenga cerradas las puertas de su calle, y aquellas no puedan comprar aceite. O ciertamente, mientras las vírgenes necias andan por la calle, se cerrará la habitación del esposo para aquellas que hayan entrado con él. Pues si estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida, y ancho y espacioso el que lleva a la muerte (Mateo VII): con razón, al enfriarse la caridad de muchos, se cierra la puerta de las doctrinas en las calles. En el siguiente versículo, en lo que dice: Y se levantará al canto del ave, o del gorrión, lo usaremos en su momento, si alguna vez vemos al pecador levantarse al canto del obispo, o del presbítero por penitencia. También puede tomarse extraordinariamente, aunque no sigamos el contexto del capítulo, sobre la última resurrección, cuando al canto del arcángel resucitarán los muertos. Y no es de extrañar, si comparamos la trompeta del ángel con el gorrión, ya que toda voz comparada con Cristo es tenue. Y hasta donde puedo recordar,

nunca he leído que el gorrión se mencione en un mal sentido. Habla en el décimo salmo el justo: En el Señor confío: ¿cómo decís a mi alma, huye al monte como gorrión? Y en otro lugar: He velado, y he sido como un gorrión solitario en el tejado (Salmo CI, 8). Y también en otro lugar: Aun el gorrión ha encontrado casa para sí (Salmo LXXXIII, 4). De otra manera: Las puertas cerradas en las calles, quieren que se interprete como los pasos débiles del anciano: que siempre está sentado, y no puede caminar. La humildad de la voz de la que muele, la interpretan de las mandíbulas, que no pueden triturar el alimento, y apenas con el aliento restringido, su voz se escucha tenue. Además, levantarse al canto del ave, muestra que, al enfriarse ya la sangre, y secarse el humor, con los cuales se alimenta el sueño, se despierta al menor sonido, y en medio de la noche, cuando canta el gallo, se levanta apresurado: sin poder girar su cuerpo en la cama repetidamente. También enmudecer, o como mejor se dice en hebreo, ensordecer las hijas del canto, significa los oídos, que el oído de los ancianos se vuelve más pesado, y no pueden distinguir entre las voces, ni deleitarse con los cantos. Esto mismo lo dice Berzellai a David, no queriendo cruzar el Jordán.

Y temerán de lo alto y tendrán miedo en el camino. Es decir, no podrán entrar en lo arduo, y con las rodillas cansadas, y el paso tembloroso, incluso en un camino llano, temerán tropezar.

Y florecerá el almendro, y se engordará la langosta, y se disipará la alcaparra: porque el hombre irá a la casa de su eternidad: y los que lloran andarán por la calle. Por metáfora, también ahora el discurso del Eclesiastés es sobre los miembros del hombre: que cuando llega la vejez, el cabello se encanece, los pies se hinchán, la libido se enfría, y el hombre es disuelto por la muerte: entonces regresará a su tierra y a la casa de su eternidad, la tumba: y con los funerales debidamente celebrados, la multitud de los que lloran precederá al cortejo fúnebre. Sin embargo, el florecimiento del almendro, que nosotros hemos puesto por las canas, algunos interpretan como la espina sagrada, que, al disminuir la carne de las nalgas, la espina crece y florece. Además, lo que dice: Se engordará la langosta, se debe saber que donde en nuestros códigos se lee, langosta, en hebreo está escrito, AAGAB (): que es una palabra ambigua para ellos. Puede significar tanto talón como langosta. Así como al principio de Jeremías, la palabra SOCED (), si se varía el acento, significa tanto nuez como vigiliat; y se le dice: ¿Qué ves, Jeremías? Y respondió: Una vara de almendro. Y el Señor le dijo: Bien has visto: porque yo vigilaré sobre mi palabra, para cumplirla (Jeremías I, 11), o aquello: y tiene la etimología de nuez, que Dios vigilará y retribuirá al pueblo lo que merece, y eso es ocasión del discurso. Así también ahora la ambigüedad de la palabra por su etimología, indica las piernas hinchadas de los ancianos, y cargadas por los humores de la gota. No que a todos los ancianos les suceda esto, sino que generalmente ocurre, συνεκδοχικῶς se llama a la parte por el todo. En lo que nosotros tenemos, alcaparras, en hebreo está ABIONA (): que también es ambiguo, y se interpreta como amor, deseo, concupiscencia o, alcaparra. Y se significa, como dijimos antes, que la libido de los ancianos se enfría, y los órganos del coito se disipan. Esto, porque estas palabras ambiguas, aunque en sus vocablos suenan como almendro, langosta, y alcaparras, significan otra cosa derivada, y por figura se derivan a los sentidos que convienen al anciano. También se debe saber, que donde ahora los Setenta Intérpretes han puesto almendro, la misma palabra es SOCED (), que al principio de Jeremías es: pero allí se traduce como nuez, aquí como almendro. Symmachus, no sé qué entendiendo en este lugar, lo interpretó de manera muy diferente. Dice: Además, desde lo alto verán, y habrá terror en el camino, y el vigilante dormirá, y se disolverá el espíritu de fortaleza. Porque el hombre irá a la casa de su eternidad, y los que lloran andarán por la calle. Cuyo interpretación seguido por Laodiceo, no puede agrandar ni a judíos ni a cristianos: ya que está lejos de los hebreos, y se niega a seguir a los Setenta Intérpretes.

Antes de que se rompa el cordón de plata, y se rompa la cinta de oro, y se rompa la vasija sobre la fuente, y se rompa la rueda sobre el pozo. Y vuelva el polvo a la tierra como era, y el espíritu vuelva a Dios, que lo dio. Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés, todo es vanidad. Vuelve a lo anterior, y después de un gran hipérbaton (que intercaló desde el lugar donde dijo: Y recuerda a tu creador, en los días de tu juventud: antes de que vengan los días de maldad, y antes de que se oscurezcan el sol y la luna, y lo demás, en el día en que se moverán los guardianes de la casa) ahora concluye la sentencia comenzada con un final similar, diciendo: Antes de que se rompa el cordón de plata, y aquello o aquello suceda. El cordón de plata, muestra esta vida blanca, y el aliento que se nos da del cielo. El regreso también de la cinta de oro significa el alma, que regresa allí de donde descendió. Además, las dos cosas restantes que siguen, la rotura de la vasija sobre la fuente, y la rotura de la rueda sobre el pozo, son metáforas, enigmas de la muerte. Pues así como la vasija que se rompe, cesa de sacar agua, y la rueda por la cual se levantan las aguas de los pozos y cisternas, si se rompe: o como los Setenta [otros] Intérpretes quisieron, enrollada en su cuerda, se interrumpe el uso del agua: así también cuando el cordón de plata se haya roto, y el río del alma regrese a la fuente, el hombre perecerá. Y como sigue más claramente: El polvo volverá a su tierra, de donde fue tomado: y el espíritu volverá al Señor, que lo dio. De lo cual es bastante risible, quienes piensan que las almas se siembran con los cuerpos, y no de Dios, sino de los padres de los cuerpos se generan. Pues cuando la carne vuelve a la tierra, y el espíritu regresa a Dios, que lo dio; es evidente que Dios es el padre de las almas, no los hombres. Después de la descripción de la muerte humana, repitiendo bellamente el comienzo de su libro, dice: Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés, todo es vanidad. Pues cuando todo el trabajo de los mortales, del cual se ha discutido en todo el volumen, llega a esto, que el polvo vuelva a su tierra, y el alma regrese allí de donde fue tomada, es de gran vanidad trabajar en este mundo y buscar lo que no será de provecho.

Y además, porque el Eclesiastés se hizo sabio: aún enseñó al pueblo la ciencia, y los hizo escuchar: y buscando compuso proverbios. Mucho buscó el Eclesiastés, para encontrar palabras de voluntad, y escribir correctamente palabras de verdad. La sabiduría con la que Salomón superó a todo el género humano, ahora también al final de su obra profesa, que no se contentó con la institución de la antigua Ley: sino que se sumergió voluntariamente en profundas cuestiones, y para enseñar al pueblo, compuso proverbios y parábolas, que tienen algo en la médula, prometiendo otra cosa en la superficie. Pues se nos enseña en los Evangelios que los proverbios no significan lo que está escrito (Mateo XIII, y XV): que el Señor habló al pueblo en parábolas y proverbios: pero en secreto las desveló a los Apóstoles. De lo cual es evidente, que el libro de los Proverbios no tiene preceptos evidentes, como piensan los simples: sino que, así como se busca el oro en la tierra, el núcleo en la nuez, el fruto escondido en las cáscaras espinosas de las castañas: así en ellos se debe buscar más profundamente el sentido divino. Además, añadió que quiso conocer las causas y naturalezas de las cosas, y la disposición y prudencia de Dios: por qué y cómo fue hecho cada cosa, quiso saber: para que lo que David espera ver después de la disolución del cuerpo y el alma, el regreso a los cielos, diciendo: Veré los cielos, obra de tus dedos (Salmo VIII, 4): esto mismo Salomón intentó encontrar ahora en el presente, para que la mente humana, rodeada por el cuerpo, comprendiera la verdad conocida solo por Dios.

Las palabras de los sabios, como aguijones, y como clavos profundamente fijados, dadas por un solo pastor. Para que no pareciera que después de la ley de Dios un maestro temerario surgiera de repente, y reclamara para sí la doctrina, que Moisés no recibió tanto por su propia voluntad, como por la ira de Dios primero, y luego por inspiración: dice que sus palabras son palabras de sabios, que corrigen a los que delinquen, y mueven los pasos perezosos de los

mortales con un aguijón punzante: y así sean firmes como clavos profundamente y sólidamente fijados: y no por la autoridad de uno, sino por el consejo y consenso de todos los maestros. Y para que no se desprecie la sabiduría humana, dice que fue concedida por un solo pastor: es decir, aunque muchos enseñen, sin embargo, el autor de la doctrina es uno, el Señor. Este lugar es contrario a aquellos que piensan que hay un Dios de la Ley antigua y otro del Evangelio, ya que un solo pastor instruyó el consejo de los prudentes. Los prudentes son tanto los Profetas como los apóstoles. También se debe notar que se dice que las palabras de los sabios punzan, no acarician, ni tocan con mano suave la lascivia: sino que infligen dolores de penitencia y herida a los errantes y (como dijimos antes) a los lentos. Si, por tanto, el discurso de alguien no punza, sino que es un deleite para los oyentes, ese no es el discurso de un sabio. Pues las palabras de los sabios son como aguijones. Que porque provocan a la conversión al que delinque, son firmes, y dadas por el consejo de los santos, y concedidas por un solo pastor, y están fundadas en una raíz sólida. Este aguijón, creo que Saulo, aún no Pablo, escuchó en el camino del error: Duro te es dar coces contra el aguijón (Hechos IX, 5).

Y además de esto, hijo mío, ten cuidado. No hay fin para hacer muchos libros: y mucha meditación es trabajo de la carne. Excepto estas palabras que son dadas por un solo pastor, y aprobadas por el consejo y consenso de los sabios, no hagas nada, no te atribuyas nada: sigue las huellas de los mayores, y no te apartes de su autoridad. De lo contrario, al buscar mucho, te encontrarás con un número infinito de libros: que te arrastrarán al error, y harán que trabajes en vano al leer. O ciertamente enseña que se debe buscar la brevedad, y que se deben seguir más los sentidos que las palabras, contra los filósofos y los doctores de este siglo, que intentan afirmar las falsedades de sus dogmas con vanidad y multiplicación de palabras. En cambio, la Escritura divina está comprimida en un breve círculo, y cuanto más se expande en los sentidos, tanto más se restringe en el discurso. Porque Dios hizo un discurso completo y abreviado sobre la tierra, y su palabra está cerca de nosotros, en nuestra boca y en nuestro corazón (Romanos X, 8; Deuteronomio XXX, 14). De otra manera: La lectura frecuente y la meditación diaria suelen ser más trabajo del alma que de la carne. Pues así como todo lo que se hace con la mano y el cuerpo, se completa con el trabajo de la mano y el cuerpo: así lo que se refiere a la lectura, es más trabajo de la mente. Por lo cual me parece que los anteriores sobre la multitud de libros deben entenderse de manera diferente a como muchos piensan. Es costumbre de las Escrituras, aunque haya varios libros, si no discrepan entre sí, y se escriben sobre la misma cosa, llamar a un volumen. Pues tanto el Evangelio, como la Ley del Señor inmaculada, que convierte las almas (Salmo XVIII, 8), se llaman en singular, aunque haya varios Evangelios, y muchos mandamientos de la ley. Así también el volumen en el discurso de Isaías sellado, es toda la Escritura divina (Isaías XXIX), y Ezequiel y Juan se alimentan de un solo capítulo del libro (Ezequiel VIII; Apocalipsis X). También el Salvador profetizado por todas las voces de los santos anteriores, dice: En el volumen del libro está escrito de mí (Salmo XXXIX, 9). Según este sentido, creo que ahora se da el precepto, para que no se hagan muchos libros. Pues todo lo que digas, si se refiere a aquel que en el principio estaba con Dios, y Dios Verbo (Juan I, 2), es un volumen: y los innumerables libros se llaman una Ley, un Evangelio. Pero si discutes cosas diversas y discrepantes, y con demasiada curiosidad llevas el ánimo aquí y allá, incluso en un solo libro, hay muchos libros. Por lo cual se ha dicho: En la multitud de palabras no escaparás del pecado (Proverbios X, 19). A tales libros no hay fin. Pues todo bien, y la verdad se concluyen con un fin cierto: pero la malicia y la mentira son sin fin. Y cuanto más se buscan, tanto mayor es su serie. Sobre esto, el estudio y la meditación, es trabajo de la carne. De la carne, digo, no del espíritu. Pues también el espíritu tiene su trabajo, según lo que dice el Apóstol: Pero he trabajado más que todos ellos: no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo (I Corintios XV, 10). Y el Salvador: He trabajado clamando (Salmo LXVIII, 4).

El fin del discurso de la palabra es muy fácil de escuchar: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos. Porque esto es todo el hombre, porque Dios traerá a juicio toda obra, sobre todo lo oculto, sea bueno o malo. Dicen los hebreos que entre otros escritos de Salomón que han sido olvidados, y no permanecieron en la memoria, y este libro parecía que debía ser borrado, porque afirmaba que las criaturas de Dios eran vanas, y pensaba que todo era en vano, y prefería la comida, la bebida, y los placeres pasajeros a todo, por este único capítulo mereció autoridad, para ser puesto en el número de los Libros divinos, porque toda su discusión, y todo su catálogo lo ha resumido con esta recapitulación, y ha dicho que el fin de sus discursos es muy fácil de escuchar, y no tiene nada difícil en sí, para que temamos a Dios, y hagamos sus mandamientos. Pues para esto ha nacido el hombre, para que entendiendo a su creador, lo venere con temor, y honor, y obra de mandamientos. Pues cuando llegue el tiempo del juicio, todo lo que hemos hecho, estará bajo juicio, y esperará largo tiempo una sentencia incierta, y cada uno recibirá según su obra, ya sea que haya hecho algo malo, o bueno. Por lo que nosotros hemos puesto: Sobre todo lo oculto, sea bueno o malo, Symmachus y los Setenta han interpretado, sobre todo lo despreciado, o ciertamente sobre todo lo ignorado, que incluso de la palabra ociosa, y no dicha por voluntad, sino por ignorancia, daremos cuenta en el día del juicio. De otra manera: Porque el temor es de los siervos, y el amor perfecto echa fuera el temor (I Juan IV, 18), y en la Escritura divina tanto de los principiantes, como de los perfectos se ha llamado doble temor: ahora creo que se dice del temor consumado en virtudes, según aquello: Nada falta a los que le temen (Salmo XXXIII, 10). O ciertamente, porque aún es hombre, y no ha recibido el nombre de Dios, tiene esta razón de su sustancia, para que en el cuerpo puesto tema a Dios. Porque toda obra, es decir, todos los hombres Dios los traerá a juicio sobre todo lo que han sentido de manera diferente a como fue dispuesto y dicho por él, ya sea en esta parte, o en aquella. ¡Ay de aquellos que llaman al mal bien, y al bien mal (Isaías V, 20).